



ÍNDICE

LA MADRE DE LOS NIÑOS DEL HOLOCAUSTO

DEDICATORIA

PRÓLOGO

PRÓLOGO DE LA AUTORA

1. ¿Qué pasó en Uniontown?
2. Raíces, infancia, hogar
3. Estudios universitarios en Varsovia
4. Septiembre de 1939
5. La ocupación
6. En el recuerdo
7. La "gran acción"
8. Y lo vi con mis propios ojos!
9. Por qué se creó Zegota
10. La salvación de los niños
11. Los escondites de los niños
12. El levantamiento del gueto
13. La detención
14. En Pawiak
15. Entre Abril y Agosto de 1944
16. El levantamiento de Varsovia
17. La liberación de Varsovia
18. La posguerra de los niños salvados
19. La cucharilla de plata de Elzbieta Ficowska
20. La posguerra
21. Agradecido recuerdo
22. ¿Si nos acordamos? ¡Nos acordaremos!
23. Identidades divididas
24. La vida familiar después de la guerra

25. Voces de los niños salvados

EPÍLOGO

APÉNDICE

NOTAS

ÁLBUM FOTOGRAFICO

AGRADECIMIENTOS

LA MADRE DE LOS NIÑOS DEL HOLOCAUSTO

ANNA MIESZKOWSKA

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a la memoria de todos mis colaboradores,
que me ayudaron a salvar a los niños del gueto.

Irena Sendler. Nombre en clave: Jolanta.

PRÓLOGO

Este es el primer libro acerca de Irena Sendler. En realidad es mucho más. A pesar de que no se trata sólo de una larga entrevista, se podría decir que lo ha escrito ella. Anna Mieszkowska le da la palabra a su heroína, expone su opinión, la cita. Durante años, pocas personas han conocido sus actos: aquellas a las que había salvado la vida, su círculo de amigos y conocidos, y algunos historiadores que investigaban la Segunda Guerra Mundial, sobre todo el exterminio. Se podría llegar a creer que no éramos conscientes o que, más bien, no queríamos ser conscientes, de que entre nosotros vive una mujer extraordinaria, humilde, generosa y volcada en los que sufren. Una mujer que contagia su alegría nada más conocerla.

Son muchos los motivos por los que esta gran personalidad ha quedado al margen, entre ellos la negación repetida de la historia reciente en la Polonia comunista. En la lista de héroes no cabía una mujer comprometida, procedente de la izquierda, pero que se hallaba lejos de la utopía ideológica del comunismo, que formaba parte de un movimiento político con gran tradición en Polonia. Por otra parte, desde los primeros años de la posguerra en la República Popular de Polonia todo lo que tuviera relación con los judíos se consideraba un tema delicado, problemático y peligroso, y más valía callar. Este fenómeno se agudizó en la segunda mitad de los años sesenta, con el renacimiento del antisemitismo oficial, que conjugaba ecos del fascismo y del estalinismo, las dos peores formas de totalitarismo del siglo XX. En un mundo en el que esta clase de ideología aspiraba al dominio del espíritu, no había lugar para Irena Sendler. Dadas las circunstancias, no es casualidad que obtuviera reconocimiento público por primera vez tras la caída del muro de Berlín. La Polonia democrática ha sabido apreciarla, lo que demuestran distinciones como la Orden del Águila Blanca o el premio Jan Karski, que debe su nombre a otra destacada personalidad que marcó la historia de Polonia en el siglo XX. También en el extranjero, sobre todo en los Estados Unidos, pero también en Suecia, Alemania y otros muchos países, se reconoció el significado de Irena Sendler. La expresión «La lista de Sendler» se ha incorporado al lenguaje corriente y tal vez llegue a ser más conocida que «La lista de Schindler». Al fin y al cabo la polaca Irena Sendler salvó a muchos más judíos que el industrial alemán Oskar Schindler.

El libro de Anna Mieszkowska cuenta su historia de forma precisa y detallada, describe sus hazañas, su trabajo y su vida cotidiana, nos descubre su grandeza moral. Hay que ser de una casta especial para salvar a dos mil quinientos niños judíos durante el exterminio, y a muchos adultos. Hace falta tener madera de héroe para hacer algo tan extraordinario y valiente, en una situación en la que ayudar a un judío se pagaba con la vida. Ni la necesidad de hacer el bien ni la determinación bastaban; todo el que se consagraba a esa tarea debía tener coraje: ponía en juego su vida constantemente, y no sólo cuando llevaba a cabo una hazaña. En cierto modo, podría hablarse de sacrificio.

Irena Sendler lo arriesgó todo. Para llevar a cabo algo tan grande hacía falta algo más que valentía y fortaleza de carácter. A esas virtudes se unían una energía fuera de lo común, que la impulsó a sacar a los niños del gueto y esconderlos en lugares que les daban una oportunidad de sobrevivir. Irena Sendler sabía que la vida de aquellos hombres no valía nada, por la simple razón de que la «sangre aria» no corría por sus venas. Demostró entereza, ingenio, y una asombrosa capacidad de organización. Nadie habría podido salvar a tantos niños en solitario. El libro de Anna Mieszkowska es un homenaje indirecto a las colaboradoras de Irena Sendler, mujeres admirables, abnegadas y valientes.

No me canso de repetir que, en los últimos tiempos, Irena Sendler se ha convertido en una personalidad de la que hablan los periódicos, la radio, que es objeto de películas

documentales. Irena Sendler encarna un símbolo del heroísmo y del sacrificio, y podría convertirse en un símbolo de las buenas relaciones entre judíos y polacos.

Michał Glowinski

Michał Glowicki, nacido en 1934, es escritor y profesor en el Instituto de Investigación Literaria de la Academia Polaca de las Ciencias. Es uno de los niños que salvó Irena Sendler

PRÓLOGO DE LA AUTORA

Conocía la historia de Irena Sendler por la prensa y la televisión. En 2001, cuatro adolescentes de una escuela estadounidense de Uniontown, Texas, visitaron en Varsovia a la heroína de la obra teatral que habían escrito, *Holocausto. La vida en un tarro*. Los medios de comunicación recordaron entonces a Irena Sendler, de noventa y un años, y evocaron sus extraordinarias hazañas durante la Segunda Guerra Mundial. Es la «madre» de dos mil quinientos niños que sobrevivieron al gueto de Varsovia. Utilizó precisamente la palabra «madre» y no «tutora», pues les devolvió la vida. «»

En abril de 2003, Lili Pohlman¹ viajó de Londres a Varsovia para conmemorar el sesenta aniversario del levantamiento del gueto. Visitó a Irena Sendler en el asilo del convento de los hermanos del Sagrado Corazón en el distrito de Nowe Miasto. Conocerla la emocionó. Le resultaba incomprensible que nadie se interesara por rendir homenaje a aquella mujer humilde, que no consentía que se la tratara como a una heroína, y que se hablara de los niños que había salvado como «héroes con el corazón de su madre». Lili Pohlman me dijo: «Tienes que conocer a Irena Sendler y escribir sobre ella». Fui a visitarla. Una anciana risueña, vestida de negro, me hablaba sentada en un cómodo sillón escogiendo las palabras con un lenguaje casi literario. De las paredes de su pequeña habitación colgaban diplomas y galardones enmarcados con sumo cuidado. Junto a ella, sobre la mesa, retratos de su madre, de sus padres siendo novios, de sus hijos y de su nieta. Y una foto de las cuatro escolares estadounidenses de Uniontown. Ellas recordaron la historia de la valiente polaca con su obra teatral, y en sólo diez minutos pasaron revista a cinco años de crímenes de guerra.

—Las muchachas estadounidenses te dieron a conocer al mundo y a... Polonia —dice la amiga de Sendler, Jolanta Migdalska-Baranska.

—Sí, es cierto. Sucedió después de años de trabas, humillaciones, persecuciones —responde con tristeza Irena Sendler.

Es filóloga, y se sintió atraída por las labores sociales en el más amplio y hermoso sentido de la palabra. Mi primera visita dura una hora y cuarto. Me cuenta, entre otras cosas: «Mi padre murió cuando yo tenía siete años. Nunca olvidaré sus palabras: las personas se dividen en buenas y malas. La nacionalidad, la raza, la religión, carecen de significado. Lo único importante es la persona. El segundo principio que me inculcó en mi infancia fue la obligación de tender la mano a los que se ahogaban, a cualquiera que estuviera necesitado. Tengo noventa y tres años —dice Irena Sendler—, padezco treinta enfermedades y ahora echo la vista atrás, a los sesenta años. Hace más de cincuenta años que estoy en silla de ruedas. No me gustan los periodistas, suelen tergiversar lo que se les dice. Dan información equivocada sobre mí en entrevistas o en las noticias, y dicen que saqué del gueto a niños enfermos de tifus. Eso prueba lo poco que se conocen las condiciones de vida de entonces. Los enfermos de tifus, independientemente de si eran niños o no, no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir. No siempre se cuenta la verdad. La mayoría de las veces tengo por principio no hablar con nadie acerca del gueto que no haya estado allí, y ni sobre la época que pasé en la cárcel de Pawiak, a menos que haya sido prisionero, ni sobre el levantamiento de Varsovia, a menos que lo haya vivido.

Me cuesta un gran esfuerzo hablar de mis experiencias. Me asaltan recuerdos y pesadillas. Aún hoy sueño que pido permiso a padres para llevarme a sus hijos, y cuando me preguntan qué garantías hay de que sobrevivan, sólo puedo responderles que ninguna. Estos sueños me persiguen. La emoción me agota. No lo he tenido fácil. He vivido mucho, muchas desgracias personales... Tengo una hija, una nuera y una nieta. Y muchos, muchos amigos... Me visitan personas a las que he salvado, sus familiares...»

Irena Sendler está al corriente de la actualidad y se interesa por todo. Le gusta la

gente. Siempre tiene unas palabras de ánimo para los que le han pedido ayuda en situaciones difíciles. En ocasiones, en su pequeña habitación no cabe ni un alfiler. Recibe visitas multitudinarias. Se cansa, pero es incapaz de no prestar ayuda a quien la necesita. Está muy informada de lo que pasa en el mundo y en Polonia. Le preocupa la guerra de Irak, los innumerables peligros de la amenaza terrorista. «Defiendo la paz —puntualiza—. He vivido dos guerras mundiales, dos levantamientos en Varsovia. No puedo cruzarme de brazos cuando veo morir a inocentes. Los niños son los que pagan por ello, los que más sufren».

Se alegra cuando le propongo escribir juntas un libro sobre su extraordinaria vida. Pone a mi disposición todos los documentos que posee: lo que han escrito sobre ella, sus apuntes, que había guardado no con vistas a publicarlos sino como testimonio para generaciones futuras. «Los jóvenes no saben que durante la ocupación alemana, las familias no tenían noticias de sus allegados», cuenta a quienes la visitan.

«Se ha dicho tanto acerca de la guerra, la ocupación, el exterminio» escribe con ocasión de un encuentro con los niños del Holocausto². «Pero no he visto que nadie hablara del inmenso dolor de las madres al alejarse de sus hijos. Mujeres desgraciadas que intuían la muerte y debían enfrentarse a la oposición de sus familias. Las abuelas, que recordaban el comportamiento de los alemanes en la Primera Guerra Mundial, no los veían como asesinos y se negaban a separarse de los niños; las madres sabían lo que había que hacer...»³

«Uno de los motivos que me impulsaron a compartir mis vivencias con otras personas —escribía Irena Sendler en 1981—, fue el deseo de transmitir a las nuevas generaciones de judíos dispersos por todo el mundo que se equivocaban al afirmar que sus hermanos polacos no habían reaccionado al sufrimiento. Que no habían luchado, entregándose a la muerte con pasividad. ¡No es cierto! ¡Os equivocáis amigos! Si hubierais visto cómo se esforzaban por sobrevivir los muchachos de entonces, cuando la desgracia acechaba en cada casa, en cada esquina. No se rendían, luchaban por un mendrugo de pan, por las medicinas para los moribundos, por un libro para distraerse... Si los hubierais visto, cambiaríais de opinión.

Habríais visto chicas y chicos maravillosos que soportaban con dignidad las torturas y dramas cotidianos. Los mártires del gueto de Varsovia murieron combatiendo, cada hora, cada día, cada minuto de su vida, en aquel infierno.

Y cuando al fin se convencieron de que no había salvación, recurrieron a las armas. El período de lucha consistió en una serie de acciones para defender juntos la vida, a la que siguieron actos de desesperación para sobrevivir con dignidad. Nunca nos cansaremos de recordar que, entre todas las formas de conspiración en la Polonia ocupada por la Alemania de Hitler, la ayuda a los judíos era una de las más difíciles y peligrosas. Desde otoño de 1939, el menor gesto de compasión hacia los perseguidos se pagaba con la pena de muerte. La pena de muerte no pesaba sólo sobre los que ocultaban a personas de origen judío, o les proporcionaban documentos «arios»: bastaba con venderles algo, darles limosna o mostrarles un camino para escapar.

«Quien daba de beber o de comer a un judío lo pagaba con la vida», cuenta Irena Sendler en nuestra primera conversación.

Entonces comprendí a qué se refería la historiadora y escritora Ruta Sakowska al decir que «todos los que conocen a Irena Sendler quedan impresionados por su personalidad, su intelecto y su grandeza de espíritu, fortaleza de carácter, sensibilidad ante el dolor de los demás, extraordinaria capacidad de sacrificio. Son cualidades que la marcan hoy en día».

Cuando en los años sesenta la familia pasó por una mala época, su hija, Janina Zgrzemska, le preguntó: «Madre, ¿qué has hecho para que suframos tanto?»

Veinte años más tarde, su nieta Agnieszka, sorprendida por la visita de una televisión extranjera, le preguntó lo mismo con otro matiz: «Abuela, ¿qué has hecho para ser tan

conocida?»

La hija de Irena Sendler recuerda tocar el árbol de su madre en la Avenida de los Justos en Israel, en 1988. «Mi madre pasó años sin hablarme de su oficio, y allí el apellido Sendler me abría todas las puertas. Entonces comprendí lo que había conseguido».

Norman Conard, profesor de historia en Uniontown, tardó en creer lo que sus alumnas habían leído acerca de una desconocida polaca en un periódico local: «Debe de ser un error, comprobadlo. Oskar Schindler, al que Spielberg inmortalizó en el cine, salvó a más de mil cien judíos».

¿Cómo podía haber ayudado aquella mujer al doble de personas, la mayoría niños?

El libro es un intento de responder a estas preguntas. Y se plantea una pregunta más: ¿quién era Irena Sendler antes de hacer realidad el milagro? ¿Antes de los días, meses y años de la tragedia de la Segunda Guerra Mundial? ¿Antes de ser la hermana Jolanta?

¿Qué había vivido en su infancia y adolescencia para tener un carácter tan fuerte con apenas treinta años? ¿No tenía miedo? Si todo de lo que hablaba y escribía no hubiera sucedido en realidad, podríamos pensar que su vida se trata de un emocionante guión cinematográfico, una conmovedora aventura en la que sufrió la crueldad de las tropas y la dureza de ciertos campesinos alemanes. Es importante subrayar que la actitud de Irena Sendler no sólo representa un símbolo de lucha, valentía y compasión, sino una prueba de la soledad a la que tuvo que enfrentarse con su decisión.

¿Cómo continuó su vida tras la guerra? ¿Qué hizo durante más de cincuenta años de profesión en activo? ¿Por qué la acecha su pasado y no le permite olvidar?

Irena Sendler es el recuerdo vivo de la historia, el recuerdo vivo de la memoria. De una memoria difícil. Difícil para su generación, pero también para los más jóvenes, que a partir de sus libros aprenden lo que sucedió en realidad.

El círculo de la historia ha tardado sesenta años en cerrarse. La noche del 20 al 21 de octubre de 1943, coincidiendo con su santo, una valerosa mujer de treinta y tres años se enfrentaba a un futuro incierto, una mujer que siguió siempre el consejo de su padre de tender la mano a los necesitados, y que puso en juego su vida y la de su familia. En julio de 2003 fue galardonada con el premio Jan Karski. La ceremonia de entrega tuvo lugar el 23 de octubre de 2003 en la Universidad de Georgetown, en Washington. Entre los invitados se encontraba Elzbieta Ficowska, la menor de los niños salvados por Irena, presidenta de la asociación polaca de los niños del Holocausto. Recogió el galardón en su nombre.

Este libro no podría haber sido escrito sin Irena Sendler, pues hay hechos y acontecimientos que ni historiadores ni documentalistas podrían descubrir tras años de ardua investigación. Se encuentran presentes únicamente en la memoria de sus héroes.

He ahondado en el inabarcable archivo de Irena Sendler, en su saber y experiencias. El capítulo «Voces de los niños salvados» surgió por idea suya. Quiso que la historia comenzara con el encuentro entre ella y las estudiantes americanas, que le devolvieron la fe en su difícil existencia y le empujaron a hacer frente a las contrariedades del destino. Dieron a conocer su nombre y sus hazañas en todo el mundo.

Consideré que tenía obligación de permitir que se escuchara la voz de la heroína. Es una mujer muy modesta que recuerda con gran humildad a todos los que la ayudaron a salvar al pueblo judío. Por esta razón se citan también en el libro entrevistas que concedió a periodistas extranjeros y apuntes personales. Muchos han sido actualizados y corregidos hoy en día, años después de su creación.

Después de haber pasado diez meses trabajando en el libro, Irena Sendler me dio dos viejos poemas para que los leyera. La joven poeta Agata Barańska se había inspirado en la amistad que mantenía su madre, Jolanta Migdalska-Barańska, con la señora

Sendler. Los abuelos de Jolanta Migdalska-Barañska habían trabajado en Otwock para el padre de Irena, el doctor Stanislaw Kryzanowski, sin pedirle nada a cambio. La historia volvió a cobrar vida entonces, trayendo a la memoria los recuerdos despreocupados y felices de la infancia. «Fue hace mucho tiempo —dice Irena Sendler, conmovida, cuando le pregunto qué parte de su vida recuerda con más claridad—. Tenía siete años cuando, tras la muerte de mi padre, perdí la sensación de seguridad, me hice adulta antes de tiempo y comprendí que la vida se compone de alegrías, desgracias y tragedias. Aquello marcó mi futuro. Pero he tenido la suerte de estar siempre acompañada por personas que me han apoyado, en los buenos y en los malos momentos. Personas que estaban cerca de mí, otras que no tanto, pero siempre había alguien inesperado a mi lado. Nunca me han interesado los bienes materiales. Siempre me he esforzado por ver el alma de los demás. Nunca he juzgado a las personas por sus posesiones. Por experiencia propia siempre he sabido que puede perderse todo en la vida. Lo más valioso está dentro de nosotros. En el corazón. Siempre he preferido regalar a que me regalaran. ¿Existe algo más bonito que la alegría en los ojos del que recibe?»

«¿Existe algo más bonito que regalar vidas?», me pregunto yo. Irena Sendler, que salvó a tantos niños judíos durante la Segunda Guerra Mundial, ha ganado su lucha personal contra el mal, contra la crueldad de entonces. Se ha convertido en un símbolo de bondad, amor y tolerancia.

1. ¿Qué pasó en Uniontown?

¿Cómo surgió el interés repentino por la valiente polaca de Varsovia en el año 2003, tras décadas de silencio? La respuesta se halla al otro lado del océano.

En septiembre de 1999, cuatro estudiantes de Uniontown, un pueblo de cuatrocientos habitantes a 150 km. de Kansas, buscaban un tema para un concurso de clase de historia. Megan Stewart y Elizabeth Cambers, de 14 años, Sabrina Coons, de 16 años, y Gabrielle Bradbury, de 13 años, conocidas en el futuro como «el Cuarteto Sendler», no salían de su asombro tras leer un artículo del periódico U.S News and World Report poco después del estreno de La lista de Schindler de Steven Spielberg. Trataba de personas que habían salvado a judíos durante la Segunda Guerra Mundial pero que no habían alcanzado la fama de Oskar Schindler. Entre ellas figuraba el nombre de la polaca Irena Sendler, y se decía que había rescatado a dos mil quinientos niños. Norman Conard, el director de la escuela, no acababa de creerlas: «¿No será que han puesto un cero de más?». Animó a sus alumnas a investigar la extraordinaria noticia. Fascinadas, se volcaron en aquello durante seis meses. Leyeron libros acerca de la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto. Una de las primeras preguntas que le hicieron al profesor fue: «¿Qué es un gueto?». El respondió: «Seguid buscando». Llamaron a veteranos de guerra, vieron microfilms y documentales. Contagiados por el entusiasmo de las muchachas, todos las apoyaron. En febrero de 2000, las estudiantes escenificaron por primera vez en la clase de historia Holocausto: la vida en un tarro. «Nuestras compañeras ponían muchos reparos. Me decían que debía mostrar mis sentimientos», contaba Elizabeth, que encarnaba a la hermana Jolanta, al periodista polaco Marcin Fabjanski. En aquel entonces todavía no sabían que Irena Sendler vivía en Varsovia. La Fundación Judía para los Justos de Nueva York les dio su dirección. El 10 de febrero de 2008 escribieron por primera vez una tímida carta: «Sus vivencias han significado una gran inspiración para nuestro equipo y para nuestro trabajo. Admiramos su valentía. Es usted una mujer que ha hecho grandes cosas en el pasado siglo. ¿Mantiene contacto con los niños a los que salvó? Nos gustaría conocerla». La respuesta llegó unas semanas más tarde. El 24 de marzo de 2000, Irena Sendler, de noventa años, escribía:

«Queridas muchachas, ¡Os siento tan cerca de mi corazón! Vuestra carta me ha emocionado. Me pregunto por qué habéis escogido este tema. Me gustaría saber si sois una excepción o si en América hay muchas personas interesadas por el Holocausto. Opino que vuestro trabajo es único y que debería darse a conocer en todo el mundo. A pesar de que los judíos han sido perseguidos en la historia de la humanidad, nunca había existido un país que tuviera como objetivo exterminar a todo un pueblo. He hablado con muchas personas que sobrevivieron al Holocausto gracias a Zegota(10). Sólo unas pocas viven en Polonia, la mayoría están desperdigadas por el mundo. No suelen querer hablar de aquellos tiempos terribles, prefieren olvidar (...) Llevo más de diez años enferma. Casi no puedo moverme. Muchas de mis enfermedades son consecuencia de lo sucedido durante la ocupación alemana y de mi estancia en las cárceles de la Gestapo. Soy mutilada de guerra».

El 6 de abril las muchachas escribieron la siguiente carta, porque querían saber cómo salvaba Irena Sendler a los niños judíos. También le enviaron la obra de teatro. Cuando la mujer leyó la traducción al polaco, les explicó y les contó infinidad de detalles que las estudiantes americanas no podían saber. La intuición de las muchachas era asombrosa. «Sois lo bastante sensibles como para intuir que lo que se cuenta del Holocausto no es suficiente. Habéis escogido averiguar la verdad acerca de una época terrible. (...) título La vida en un tarro se acerca a la verdad. Tuvimos que dar lista con los nombres de los niños salvados por el Zegota para que estos pudieran regresar con sus familias al final de la guerra. También sirvió como lista de personas que requerían

ayuda financiera. (...) Vuestra inteligencia e intuiciónos ha hecho adivinar k8 escenas que ocurrieron cuando padres y abuelos desesperados me entregaban a los niños para que los protegiera. A pesar de que han pasado muchos años, todavía hay noches en las que, en mis pesadillas, escucho sollozos, llantos y gritos desgarradores. Como sabéis, salí de la prisión de Pawiak sobornando con dinero a un hombre de la Gestapo, lo que prueba que en vuestras investigaciones habéis encontrado información sobre mí que se corresponde con la verdad».

A pesar de sus obligaciones escolares, las muchachas escenifican la obra, y emocionan a los espectadores de todas las edades, en Uniontowny en lugares lejanos. Las representaciones tienen lugar en casas parroquiales, escuelas, asilos, centros culturales y organizaciones de carácter social. Todos se conmueven al presenciar los cinco minutos que relatan los cincuenta años de atrocidades de la guerra. El escenario es modesto, una puerta de metal con la inscripción —«Gueto de Varsovia»—, y las actrices son casi unas niñas. ¿Será la razón por la cual se conmueve el espectador? Todos los que han visto la obra reaccionan del mismo modo.¹¹ El profesor de historia John Suchart invitó a las actrices a un restaurante después de una representación. Le contaron cómo les había cambiado la vida aquel proyecto. Lo sentían dentro de ellas, y también sus familias y amigos. «¿Tenéis alguna petición que hacer?», preguntó. «Nos gustaría conocer a Irena Sendler», respondió Megan. «La conoceréis», prometió. Sus deseos se hicieron realidad. Con ayuda de sus conocidos judíos, que apoyaron la idea de dar ayuda financiera a las muchachas, se reunió una suma de dinero considerable para que pudieran viajar a Polonia.

En julio de 2003, radiante de alegría, Irena Sendler me contó la historia de su aventura americana: «No me gustan ni las entrevistas ni los periodistas. A pesar de que les proporciono documentos e información fiable, suelen tergiversar los hechos. En invierno de 2000, más o menos en febrero, me llamó un periodista americano para pedirme una entrevista. Recordé mis experiencias negativas y me negué.

Unas horas más tarde, me llamó por teléfono la secretaria de un profesor de la Academia de Medicina diciéndome que su jefe acababa de estar en Estados Unidos. Un colega que trabajaba en el hospital le había contado una interesante historia: cuatro muchachas de 13 y 14 años de una escuela de pueblo habían escrito una obra teatral sobre mí, sobre mi trabajo durante la ocupación alemana, cuando salvé a los niños judíos del gueto de Varsovia. Querían escribirme una carta, pero no sabían adonde enviarla. Me picó la curiosidad y le permití que les diera mi dirección. La primera carta con la obra de la que era protagonista no tardó en llegar. En la siguiente carta supe que alguien, impresionado por su representación, les había proporcionado ayuda financiera (6.500 dólares) para hacer realidad sus planes de viajar a Polonia. Cuando le preguntaron a John Suchart qué podían hacer por él, les respondió: «Salud a Irena Sendler de mi parte e id a Auschwitz». Toda su familia había sido asesinada allí.

Irena Sendler admite que entonces tuvo miedo del encuentro, de la emoción y la responsabilidad. «Llevo una vida aburrida, triste. Llevo quince años en silla de ruedas, y de pronto debía preparar una visita muy importante, organizar un programa para la estancia de las chicas americanas. Quería que visitaran los lugares de Varsovia sobre los que hablaba en mis cartas. Mi programa preveía que llegaran a ver el jardín de la calle Lekar, en el número 9, donde había enterrado un tarro con la lista de los niños que había salvado del gueto, y después la prisión de Pawiak, la placa conmemorativa en la casa en la que se encontraba la central del Zegota, el antiguo edificio de la Gestapo en Aleja Schucha y los conocidos tranvías donde se encerraba a los polacos justo después de ser detenidos, el Monumento a los Pequeños insurrectos en la ciudad vieja, la plaza en la que se hacían los trasbordos,¹² el Monumento a los Héroes del levantamiento del gueto de Varsovia y la placa conmemorativa en honor al Zegota. También quería que visitaran Zelazowa Wola, la ciudad en la que había nacido Chopin,

a cincuenta kilómetros de Varsovia, y que escucharan un concierto del compositor. Preparé todo el programa con una vieja amiga, Zofia Wierzbicka, 13 le pedí que tomara las riendas y que se hiciera cargo de que una de sus amigas acompañara a las chicas y de que lo vieran todo. Incluso visitaron Auschwitz, que les impresionó. Por otra parte, Organicé una reunión con dos de los niños a los que había salvado: Elibieta Ficowska y Michal Giowinski.

Las chicas llegaron a Varsovia el 23 de mayo con su profesora, doña Bonnie, su profesor Norman Conard y la esposa de este, Karen, los abuelos de Elizabeth y la madre de Megan. Su estancia comenzó reuniéndose con los niños de Holocausto, para los que escenificaron su obra teatral. El público lloró de emoción.

Al día siguiente nos reunimos en casa de Zofia Wierzbicka. Me resulta difícil hablar de ello. Estaba nerviosa y emocionada a un tiempo: alguien había escrito una obra de teatro acerca de mí y de mi trabajo durante la guerra, que yo consideraba insignificante. ¡Y tan lejos de Polonia! Me picaba la curiosidad, y me fascinaba que en América, en el estado de Kansas, en la minúscula Uniontown, hubiera chicas de trece y catorce años que se interesaran por un tema tan difícil y tan poco en boga en su país. En un primer momento nadie se atrevió a hablar. Saludé a las muchachas diciéndoles algo así: «Bienvenidas. Habéis llegado a Polonia, el único país que se resistió a la invasión de la Alemania de Hitler y que le plantó cara con sus armas. Habéis llegado a Polonia, el único país de la Europa ocupada en el que prestar ayuda a los judíos se pagaba con la muerte. Habéis llegado a Varsovia, una ciudad que quedó convertida en un mar de sangre y llamas durante sesenta y tres días y que por desgracia fue derrotada!»

A pesar de haber mantenido correspondencia con las chicas durante un año, nos impresionó vernos en persona. Tanto ellas como los abuelos de Elizabeth, la madre de Megan y el profesor Norman Conard, insistían en que yo había cambiando sus vidas».

—La historia de Irena Sendler ha dado fuerza a las chicas —contaba la madre de Megan en una entrevista.

—Este último año han madurado —añadía Norman Conard.

«Hice todo lo que pude para que se sintieran a gusto en Polonia. Los amigos que las acompañaron durante la visita estuvieron encantados con ellas —continuaba Irena—. En las cartas que escribieron al regresar a Polonia no ocultaban su emoción y subrayaban la excelente organización de su visita.

Cuando nos despedimos no estábamos seguras de si volveríamos a vernos —recuerda Irena—. Pero gracias a su decisión y su tesón, las chicas consiguieron que nos reuniéramos de nuevo en julio de 2002. Entonces vivía en el asilo de los hermanos de la caridad. El prior nos cedió la mejor sala para recibir las, pasó todo el tiempo con nosotras y nos colmó de regalos. En aquella ocasión, «demás de las cuatro chicas y su profesor, vinieron a Varsovia dos chicas más del grupo de teatro y su patrocinador, John Shuchart, que había financiado las dos visitas. Ante todo estaban interesadas en conocer a gente con la que había trabajado o había mantenido relación durante la guerra. Pero era verano, vacaciones, así que sólo pudieron conocer a una de mis antiguas compañeras, Anna Marzec, con la que había trabajado en la oficina de Bienestar Social. También se reunieron con el profesor universitario Tomasz Szarota, un destacado historiador y experto en la Polonia contemporánea. Había investigado los documentos de archivo en los que constaba que yo, junto con otras siete personas, había ayudado a salvar a los judíos de forma clandestina: para su sorpresa, había descubierto que mi nombre, junto con el de otras siete personas más, constaba en la lista de proscritos del informe IV, con fecha aproximada de 28 de abril de 1944, relacionado con cuestiones judeo-comunistas. Pertenecía al servicio de noticias de Narodowe Sily Zbrojne, las Fuerzas Armadas Nacionales».

También visitaron a la familia de Elzbieta Ficowska, que habían conocido durante la primera visita a Varsovia. Había ido a Estados Unidos con su hija en 2002 para

participaren la conmemoración del 10 de marzo, declarado «Día de Irena Sendler» en los estados de Kansas y Missouri.

«Nuestro segundo adiós fue muy emotivo. Seguimos escribiéndonos.¹⁴ Las chicas me cuentan cómo les va, sus planes de futuro. Andan por los diecisiete o dieciocho años, han cambiado de escuela y tienen nuevos amigos. Su profesor, Norman Conard, me mantiene informada de las actuaciones del grupo teatral.

Mis muchachas han servido de ejemplo a sus compañeras más jóvenes —concluye Irena Sendler—. Kathleen Meara, de diecisiete años, ha tomado el relevo de Liz, que hacía mi papel», dice orgullosa, mostrándome su primera carta. Entre otras cosas, la estudiante menciona un nuevo guión, más largo.

«Nicholas Thomas, del grupo de teatro nuevo, me envió una carta muy cariñosa, una foto y un poema que había escrito:

En recuerdo de los niños

En recuerdo de los niños
expulsados de las escuelas.

En recuerdo de los niños
asesinados por los criminales.

En recuerdo de los niños
tras el alambre de espino.

En recuerdo de los niños
sin esperanza ni consuelo.

En recuerdo de los niños
perdidos para siempre.

En recuerdo de los niños
del Holocausto.

El 14 de septiembre de 2000, Irena Sendler escribe a las chicas: «Las mujeres que hacían de mediadoras y yo teníamos cuatro caminos para sacar a los niños del ghetto: El primero era subiéndolos a un camión cargado de productos de limpieza. El conductor, Antoni Dabrowski, colaboraba conmigo en las operaciones clandestinas. Nos recogía al niño y a mí o a una de las mediadoras en un lugar del gueto en el que nos habíamos citado. El niño se escondía en el vehículo, dentro de una caja grande o, lo que es peor, en un saco. El pobre niño, muchas veces separado a la fuerza de sus padres o abuelos, estaba tan asustado que gritaba de desesperación. Había que atravesar la puerta, flanqueada por guardas alemanes que podían escuchar los gritos, así que un día Dabrowski me confesó: «Jolanta, no puedo seguir ayudándoos. Algún día los guardas nos descubrirán y nos pegarán un tiro». Le rogué que se esforzara en pensar una alternativa para evitar el peligro. A los pocos días, entusiasmado, me propuso lo siguiente: «Tengo una idea: a partir de ahora llevaré en el coche un perro

fiero. Al pasar por la puerta le pisaré una pata para que el aullido ahogue el grito del niño».

La segunda manera de salir del gueto era por el depósito de tranvías. El marido de una de mis colaboradoras era conductor.¹⁵ Le entregábamos al niño mientras estaba de servicio. Lo escondía en el tranvía vacío y lo pasaba a la zona «aria» acordada. Tenía que llevarlo a uno de los cuatro puntos en los que se encontraban nuestros valientes y amables colaboradores. Pronto fueron diez. Una vez allí, se hacían cargo del niño e intentaban consolarle por haberle alejado de su familia.

La tercera opción: los sótanos de algunas casas del gueto limitaban con viviendas polacas. El método para salvar a los niños se parecía a los anteriores.

La cuarta posibilidad consistía en entrar en el edificio de los juzgados de la calle Leszno, situado en la zona del gueto. Algunas puertas estaban abiertas. Accedíamos al edificio por detrás, es decir, por el lado «ario». Conseguimos infiltrarnos y ponernos en contacto con dos conserjes. Entrábamos en el edificio por la puerta del gueto con una contraseña. Acompañábamos al niño y se lo encomendábamos al valiente portero, que abandonaba el edificio con él por la puerta del lado polaco.

Estos «camino para salir del gueto» estaban pensados para niños pequeños (y en ocasiones bebés). Los mayores, entre doce y dieciocho años, tenían otras alternativas.

En colaboración con la policía judía que, por desgracia, solía tratar con crueldad a sus compatriotas, ¹⁶los alemanes formaban Jugendkreise y vigilantes que salían del gueto por la mañana para trabajar en distintos talleres y regresaban después de diez horas de duro trabajo.¹⁷ La asamblea judía nombraba cada día a un responsable del grupo que se encargaba tanto de que trabajaran como del regreso. Conseguimos localizar a un miembro de la asamblea que quería huir. Estaba a cargo de un grupo en el que se encontraban algunos de nuestros chicos. Nos citamos «en zona aria», en la calle Grójecka. Uno de nosotros esperó allí y llevó a nuestros protegidos a una de las casas de nuestras camaradas de Zegota. Pasados dos o tres días, integrantes de la Guardia Popular los condujeron a los bosques, donde lucharon como partisanos.

Os ruego que no me consideréis una heroína. Me pongo furiosa sólo de pensarlo».

Norman Conard escribe al dorso: «Irena, has cambiado mi vida y llenas el mundo de afecto».

Fragmento de una carta de Norman Conard a Irena Sendler

26 de julio de 2002

«Querida Irena,

Es usted una mujer extraordinaria. Le envío todo nuestro cariño desde América. Transmite usted tanto cariño... Sus palabras aún resuenan en nuestros oídos. Las chicas y John Shuchart hablan sin cesar de nuestro maravilloso viaje a Polonia y de los muchos amigos que tenemos allí. Pero lo más importante es el tiempo que pasamos con usted. Es la luz en la oscuridad, la voz amiga que el mundo necesita. Seguiremos escenificando La vida en un tarro y transmitiendo cómo sería el mundo si todos nos ayudáramos los unos a los otros.

Quisiera mostrarle nuestro afecto y agradecimiento. La tenemos presente en nuestras plegarias y corazones. Mi esposa, Karen, comparte la admiración que sentimos por usted».

Fragmento de la carga de Irena Sendlera Norman Conard

«Querido señor Conard.

No se imagina lo que me alegra recibir sus cartas. Le ruego que me envíe los nombres de las actrices del nuevo grupo de teatro que fundaron mis chicas, y que me hable de ellas.

No puedo evitar emocionarme al recordar su empeño y esfuerzo constante por difundir las ideas de La vida en un tarro. Dice mucho a su favor que dedique tanto trabajo a dar a conocer a miles de personas los valores que encarna. Me enorgullece su afán por convertir el mundo en un lugar mejor donde triunfe el Bien».

A finales de marzo de 2003 tuvo lugar la última representación del grupo de teatro original. La número cien.

El 7 de marzo de 2003, Irena escribe a las muchachas:

«Vuestra labor excepcional, sembrando el amor, el Bien v. y los valores importantes en la vida, como la tolerancia, continúa. Nuestra relación y el afecto que nos profesamos perdurará siempre. A pesar de vuestra juventud, y gracias a vuestro asombroso compromiso y vuestro talento innato para actuar, habéis hecho mucho por todo el mundo, por vuestro país, por Polonia y por mí.

Estoy convencida de que seguiréis este camino, y de que la paz triunfará sobre la guerra.

Nunca os olvidaré».

En junio de 2003, en Nueva York, tuvo lugar la función 101 de La vida en un tarro. La representaba el nuevo grupo de teatro. Algunos de los espectadores viajaron a Polonia, visitaron a Irena Sendler y le contaron que gracias a aquella función en los Estados Unidos (y no sólo allí) la prensa y la televisión hablaban de ella. Los detalles de su historia son objeto de artículos de internet. El «Proyecto Irena Sendler» (www.irenasendler.com) nació por iniciativa de Norman Conard, y cautiva a muchos, sobre todo a los jóvenes de Estados Unidos. El público da fe de que las chicas emocionan en escena.

¿Y la obra de teatro? Es sorprendente, y breve. Y representa una profunda verdad moral.

—En primer lugar, yo no podía sacar a niños del gueto de forma oficial. ¡Y menos enfermos de tifus! Los alemanes los habrían fusilado de inmediato. El argumento de que los salvé con la excusa de que sufrían una enfermedad grave se repite. En segundo lugar, después de haber escapado de la prisión, el vigilante no podía prohibirme entrar en el gueto, ¡porque el gueto ya no existía! En tercer lugar, cuidé de mi madre hasta el último momento, a pesar de que vivía en la clandestinidad. Murió en mis brazos. Y una cosa más: ninguna de mis mediadoras sabía que trabajaba para Zegota. Pero mis queridas niñas no podían adivinarlo cuando escribieron esta obra. Estoy orgullosa de ellas. Aunque son jóvenes, han conseguido atraer la atención de su

país sobre dos temas: la tragedia del pueblo judío durante la Segunda Guerra Mundial y, lo que es más importante, que hay posibilidades de prevenir semejantes atrocidades mediante el amor y la tolerancia hacia los hombres, sin importarse su raza, nacionalidad, origen o religión. Las muchachas estadounidenses no subrayan la trágica verdad del Holocausto como venganza hacia el pueblo alemán. Se trata más bien de una advertencia para que crímenes como este no vuelvan a repetirse en ningún lugar del mundo. Con cada representación aumentan las personas que se emocionan con su mensaje. Despiertan entusiasmo a su alrededor. Cambian, y con ello cambian tu mundo. ¡Transmiten bondad! Demuestran que para tener un mundo mejor debemos actuar con amor y tolerancia hacia los hombres. Conocernos y hacernos amigos nos ha cambiado a todos. Y siento que, a pesar de lo que he pasado y de mis muchas enfermedades, he recuperado la alegría de vivir.

2. Raíces, infancia, hogar

Irena nació en Varsovia el 15 de febrero de 1910. Su abuelo materno, Karol Grzybowski, fue deportado a Siberia por participar en los levantamientos de enero de 1863. Su pequeña finca, a las afueras de la ciudad de Kalisz, albergaba el cuartel general de los rebeldes del lugar. Murió en Siberia después de pasar un año encadenado a una carreta junto a un príncipe georgiano.

<< Los campesinos dieron cobijo a su mujer, mi abuela —apunta Irena Sendler (18)— y su hijo Ksawery, que tenía entonces tres años. Tras varios meses escondidos se dirigieron a Varsovia, donde vivieron en la miseria. Mi abuela remendaba jerséis para ganarse la vida.

Mi abuelo, Ksawery Grzybowski, estudió jardinería y agronomía y se dedicó a administrar grandes propiedades. Por desgracia no consiguió recuperar las tierras arrebatadas a sus padres. A los diecinueve años se casó con una viuda que tenía tres hijos. Tuvo otros tres niños con ella, y una niña: mi madre. A finales del siglo XIX era el administrador de unas propiedades en Tarczyn, donde construyó una casita después de jubilarse. En la Primera Guerra Mundial se trasladó a Ucrania, cerca de Human, donde vivía uno de sus hijos».

El padre de Irena Sendler, Stanislaw Krzyzanowski, era médico por vocación y se comprometió con la causa social. Luchó por la independencia de Polonia, participó en la revolución de 1905 y defendió los intereses de los estudiantes durante las huelgas de la enseñanza, por lo que fue perseguido. Además, fue miembro del Partido Socialista de Polonia (PPS). No pudo terminar sus estudios de medicina en la universidad zarista de Varsovia debido a su compromiso político y a su actitud patriótica. Se marchó a Cracovia, donde también fue expulsado de la facultad. Se licenció en 1908 en la ciudad ucraniana de Charkow.

Conoció a la hija de Ksawery Grzybowski durante una estancia en casa de sus padres en Tarczyn. La boda del joven doctor con Janina Grzybowska se celebró en Pochrebyszcze, cerca de Kiev.

«Mieczyslaw, el hermano mayor de mi madre, era director de una fábrica de azúcar de la localidad —cuenta Irena Sendler—. Otro de sus hermanos, Edmund, se dedicaba a lo mismo en la vecina Ryzwaka. El menor aún iba a la escuela. Toda la familia acudió a la ceremonia.

Un año más tarde, en 1909, el joven matrimonio regresó a Polonia. Stanislaw Krzyzakowski trabajaba como médico adjunto en el hospital del Espíritu Santo. Al año siguiente nació Irena. Poco después, la niña enfermó de tosferina y sufrió graves ataques de asfixia.

Un otorrino amigo de la familia, el doctor Erbrich, opinaba que un cambio de aires era lo único que podía salvar a la niña. La familia se vio obligada a trasladarse a Varsovia.

Al poco tiempo se instalaron en una pequeña estación balnearia, en Otwock. Se establecieron en la cómoda casa del doctor Wladyslaw Wroński, que había fallecido pocos meses antes. Irena no tardó en recuperarse, pero sus padres no estaban en una situación nada favorable. Entonces no había seguridad social ni seguro de enfermedad, y los médicos se ganaban la vida gracias a sus clínicas, así que todo dependía de si había trabajo o no. En aquella época había ya cuatro médicos en Otwock. Quien llegaba nuevo, sin referencias, tenía pocos pacientes y apenas visitas domiciliarias. Solía atender a pobres, habitantes de las aldeas vecinas que no podían permitirse pagar por sus servicios y que muchas veces mendigaban para poder comprarse los medicamentos que necesitaban.

«El primer invierno mi madre tuvo que vender su abrigo para pudiéramos comer —recuerda Irena—. Mi padre no podía deshacerse del suyo, porque iba a ver a los pacientes en carro de caballos y tenía que protegerse del frío. Mi madre salía de casa

por la noche, cuando mi padre volvía de trabajar. Se ponía la zamarra de su marido y salía a la calle. En aquella época difícil, las hermanas y suegro de mi padre, María y Jan Karbowski, acudieron en nuestra ayuda. Él era ingeniero, un hombre inteligente y habilidoso que había hecho fortuna tras algunos años en Rusia, construyendo el ferrocarril. Vino a Polonia con su familia para echarnos una mano. Compraron una casa grande en la calle Chopin, en el centro de un parque, con la idea de abrir un sanatorio. Mi tío le alquiló el terreno a mi padre, que fundó una clínica para enfermos de pulmón. Sus conocimientos, inteligencia y amor al trabajo cambiaron su suerte, y pronto se ganó la confianza de los pacientes. Los métodos curativos modernos no se limitaban a operaciones quirúrgicas especializadas, sino a sacar provecho de las condiciones climáticas particulares del lugar. Los enfermos pasaban mucho tiempo en el exterior, en el mirador, incluso cuando helaba.

Además de ejercer su oficio, mi padre también se comprometió con la caridad. Era presidente de la Asociación por la Patria Polaca de Otwock y vicepresidente del consejo benéfico. La casa de mis padres siempre estaba abierta a los más necesitados. Todo el que acudía a nosotros recibía ayuda. Mi padre no les cobraba a los pobres, fueran polacos o judíos, y hasta les daba medicinas gratis. A pesar de sus muchas obligaciones, continuaba estudiando con libros del extranjero.

Yo era una niña bastante mimada. Mis tías, maestras, le decían siempre a mi padre: «¿Qué haces, Stas? (era el diminutivo), ¿Qué va a ser de tu hija?» Y mi padre replicaba: «Quién sabe qué le tocará vivir. Más vale que nuestro cariño por ella sea uno de sus mejores recuerdos». Cada vez que pienso lo difícil que ha sido mi vida, me doy cuenta de lo profético de sus palabras.

Al estallar la Primera Guerra Mundial nuestra situación empeoró. Los alemanes repartieron cartillas de racionamiento. Escaseaban la comida y los productos de limpieza. Las necesidades materiales fueron mucho más graves de lo que serían en la siguiente guerra. Entonces aprendimos a saltarnos las órdenes de las fuerzas de ocupación, y el mercado negro prosperó. En 1914 todo cambió.

Las malas condiciones higiénicas provocaron una epidemia de tifus que afectó a muchos habitantes de Otwock. Debido al peligro de contagio, de los cuatro médicos que había sólo mi padre se hizo cargo de la situación. No quería negarse a ayudar a nadie. Enfermó, contrajo una fiebre muy alta y falleció en pocos días, el 10 de febrero de 1917. Acababa de cumplir cuarenta años. Pasado el entierro, los enfermos abandonaron la clínica. Regresaron a sus hogares o fueron acogidos en pensiones del lugar. El sanatorio cerró: había que desinfectarlo a fondo. Mi madre y yo nos alojamos con desconocidos. Estábamos totalmente desesperadas. Cuando el sanatorio volvió a abrir, mi madre se hizo cargo de la administración.

Nunca olvidaré la generosidad que demostraron los judíos de Otwock. Tras la muerte de mi padre, dos representantes de la comunidad vinieron a ver a mi madre y se ofrecieron a financiar mi educación. Mi madre se sintió halagada y les dio las gracias, pero no aceptó su ayuda. Tenía 32 años, era joven y podía trabajar y hacerse cargo de la situación. La comunidad judía se había mostrado generosa en vida de mi padre, pues él había atendido a muchos de ellos por caridad. Los niños solían venir a casa a jugar conmigo. Así aprendieron polaco, y yo yiddish.

En 1918 hubo una epidemia de peste. Muchos murieron o sufrieron graves consecuencias. También yo caí enferma. Tuve neumonía y una infección de oídos, que se extendió al cerebro e hizo necesaria una operación. Mi abuelo, que acababa de regresar de Rusia, me llevó a una clínica privada de Varsovia, en Aleja Schucha, donde me efectuaron una trepanación⁹. La operación salió bien, pero me dejó fuertes dolores de cabeza. Mi estado era tan grave que no podía ir a la escuela. Regresé con mi abuelo a Otwock, donde una profesora me daba clases particulares. Los médicos tranquilizaban a mi madre diciéndole que las migrañas desaparecerían con el tiempo,

pero aún hoy las sufro de vez en cuando.

En 1920, la familia de mi tío Karbowski volvió de Rusia. Opinaban que no tenía sentido continuar con el sanatorio tras la muerte de mi padre, así que se cerró. La propiedad se vendió a la comunidad de Otwock, que lo convirtió en hospicio.

Ese mismo año, mi madre y yo nos marchamos de Otwock. Aún hoy recuerdo con cariño aquellos años de mi infancia y, siendo adulta, la historia de la familia que había escrito mi madre mantuvo viva la memoria de entonces. Por desgracia no se ha conservado: cayó pasto de las llamas durante el levantamiento de Varsovia.

En los buenos tiempos, mi madre participaba activamente en la vida cultural de la ciudad. Actuaba en las representaciones del grupo de teatro Spónja, una asociación de la que formaban parte los amigos de la ciudad de Otwock, ciudadanos preocupados por la cultura. Cuando era niña me enorgullecía que mi madre fuera «actriz». Me recuerdo con un traje típico de Cracovia, repartiendo flores con otros niños en la procesión del Corpus. El hijo del doctor Władysław Czaplicki, Jerzy, me daba clases de canto. Jurek Czaplicki²⁰ (era el diminutivo) tenía entonces quince años, un chico con talento que disfrutaba trepando a los árboles de Otwock mientras cantaba. Yo intentaba imitarles sin conseguirlo, así que me subía a hombros y cantábamos juntos. Después se convirtió en un conocido barítono y viajaba mucho.

Mi abuelo Ksawery Grzybowski hacía todo lo que podía por ocupar el lugar de mi padre. Un día, mi madre, mi abuelo, mi gatito y yo subimos a un tren y abandonamos Otwock. Fue durante los conflictos con los bolcheviques²¹; al día siguiente de partir marcharon sobre la ciudad. A los pocos días conquistaron a.C. y Waver, dos lugares cercanos a Varsovia. Fueron derrotados bajo las órdenes de Józef Pilsudski, en la famosa batalla que salvó a Europa de los bolcheviques. Desde entonces vivimos en la casa de mi abuelo, en Tarczyn. El hermano menor de mi madre, el tío Ksawery, ingeniero de montes, regresó de la guerra. Había luchado en el frente austrohúngaro. Antes de la guerra había estudiado en la escuela agraria de Tábor, Chequia. Fue entonces cuando Polonia recuperó su soberanía. Una de las primeras órdenes de las nuevas autoridades fue repartir las propiedades. Las tierras se dividieron y se vendieron a los campesinos a precios muy bajos. El tío Ksawery dirigió esta «acción» en el distrito de Piotrków. A pesar de que debía hacerse cargo de su mujer y de su hija, nos llevó con él a Piotrków Trybunalski. No vivíamos todos en la misma casa y salíamos adelante con la pensión de mi abuelo, sus pocos ahorros y lo que iba ganando mi madre con la calceta.

Aprobé el examen de ingreso en el instituto Helena Trzcinska. Aquel fue mi primer contacto con la escuela después de las clases particulares. Se me daban bien las letras y mal las matemáticas».

El 15 de febrero de 1997, Irena continuó escribiendo sus memorias. Las llamaba «hojas de calendario».

«Me doy cuenta de que el fin está próximo. Hoy he cumplido 87 años. Pierdo el hilo al hablar de todo lo relacionado con mi interesante oficio. Tal vez debería empezar diciendo lo importante que ha sido siempre para mí comprometerme con las causas sociales. En el instituto me apunté a los scouts, mi mayor pasión. De mi padre heredé el interés por la política. Durante los acontecimientos de mayo de 1926, cuando Marschal Pilsudski se hizo con el poder después del golpe de Estado, corrí a buscar la edición especial del periódico sobre la revolución de mayo y conté a mis compañeros lo que había leído. A la directora no le gustó nada y a los pocos días me expulsó del colegio.

En 1927, al terminar el instituto, quería estudiar Pedagogía Social. En aquel entonces no existía la carrera en la Universidad de Varsovia, sólo en París. Mis tíos se ofrecieron a pagarme los estudios, pero en aquella época París era demasiado peligroso y tentador para una jovencita sola. Apenas tenía 17 años.

3. Estudios universitarios en Varsovia

Con diecisiete años, Irena Kryzanowska decidió estudiar Derecho en la Universidad de Varsovia. Esperaba aprender las bases para su trabajo social. «Pronto me sentí decepcionada», suspira hoy en día, triste. Escribe en sus memorias: «El director de mi facultad, el profesor Ignacy Koschembar-Lyskowski, un orador nato y muy aburrido, resultó ser el gran enemigo de las alumnas. Después de dos años estudiando Derecho Romano me di cuenta de que en aquella carrera no aprendería nada de lo que más me interesaba y me cambié a la facultad de Humanidades para estudiar Filología Polaca. Contribuyó a la decisión la perspectiva de, a la vez, poder matricularme en Pedagogía durante dos años.

Eran los años treinta, y luchábamos por reducir las tasas universitarias para que los hijos de obreros y campesinos pudieran estudiar. También era la época de disturbios antisemitas. Las autoridades académicas toleraban las circunstancias. Una de las consecuencias fue la introducción de los «guetos de los bancos». En la última página de los libros había una nota diciendo que el lado derecho de la clase, el lado «ario» estaba reservado a los polacos, y el de la izquierda a los judíos. Los judíos debían sentarse separados de los no judíos. Yo siempre me sentaba con judíos y así les demostraba mi solidaridad. Después de la clase, los matones de la organización de derechas ONR (Obóz Narodowo-Radykalny, Campo Nacional Radical) pegaban a judíos y polacos que se habían sentado a la izquierda. Su representante en la universidad era el estudiante Jan Mosdorf²². Una vez le pegaron una paliza a una amiga judía y le amenacé y escupí a sus pies gritando: «¡Desgraciado!». En otra ocasión, los matones arrastraron a las alumnas judías desde el segundo piso a la planta baja, tirándoles del pelo. Me enfadé tanto que taché la nota «lado derecho ario» de mis libros. Me castigaron por ello. Cuando, en junio, presenté mi libro para apuntar los exámenes y ejercicios que había aprobado, fui expulsada de la universidad. Una vez al año presentaba mi solicitud al decanato pidiéndoles que me dejaran volver a matricularme, porque pronto acabaría los estudios y empezaría la tesina de licenciatura. Siempre obtenía una respuesta negativa. Pasé tres años así. Es probable que nunca hubiera terminado la carrera, pero por suerte el rector se marchó varios meses al extranjero en 1938. Acudí desesperada a su sustituto, el profesor Tadeusz Kotarbinski, un conocido filósofo y estudioso de la Lógica, que era muy buena persona. Le conté mi problema. Me dio una palmada en el hombro y apuntó que me había comportado bien al tachar semejante infamia de mi libro. «Incorpórate a las clases hoy mismo», dijo, despidiéndose.

Escribí mi tesina con el profesor Waclaw Borowy. Me examiné en junio de 1939».

Irena Sendler tuvo su primer trabajo en la sección de madres y niños del Comité Ciudadano de Bienestar Social²³. La representante era la profesora universitaria Helena Radlinska²⁴, y la directora, María Uziemblo²⁵. La sección ayudaba sobre todo a los parados, pues en aquella época no había trabajo en Polonia. Se convirtió en una especie de campo de pruebas para los estudiantes de Trabajo Social y Pedagogía de la Academia Libre de Polonia. Irena Sendler comenzó el 1 de agosto de 1932. Antes había solicitado un puesto de profesora de polaco en varias escuelas, la profesión que se correspondía con sus estudios. Pero sus esfuerzos resultaron inútiles, pues desde la carrera tenía fama de ser demasiado «roja» para la educación.

«Ganaba 250 zloty al mes, un sueldo bastante aceptable para la época. Pagaba 60 zloty de alquiler, 40 zloty de luz, calefacción y teléfono. Me quedaban 150 zloty para vivir. Mi marido, Mieczyslaw Sendler, con el que me había casado en 1931, era ayudante en la facultad de Filología Clásica de la Universidad de Varsovia. Vivíamos sin grandes lujos, pero sin estrecheces».

La sección de madres y niños tenía varias delegaciones en Varsovia: en la calle Opaczkowska, 1 —en el distrito de Ochota— donde se encontraba la central de la oficina de Bienestar Social en la casa de la Academia Libre Polaca; en la calle Targowa, 15 —en el distrito de Praga— y en la calle Wolska, 86 —en el distrito de Wola—.

Desde el primer día me cautivó el ambiente de cordialidad, el compañerismo, la perspectiva de transmitir al mundo la bondad y la justicia. Aquella atmósfera me contagió de verdad —recuerda con alegría—. Estaba fascinada. Sentía que me encontraba en otro universo, un mundo que gracias a mis padres no me era desconocido. Al principio me explicaron los fundamentos de nuestro trabajo, me enseñaron a examinar el entorno de los hombres que precisaban ayuda: cómo hacerlo era cuestión de cada uno. Me quedé desconcertada. Más adelante comprendí lo inteligente y acertado de mi decisión. Los empleados debían tener iniciativa y actuar por sí mismos. Pasados uno o dos meses nos hicieron un examen. Tuvimos una reunión conjunta donde presentamos nuestros métodos de trabajo. Según las necesidades se proporcionaba ayuda médica, jurídica o material. Las autoridades desaprobaban nuestro trabajo por dos razones: en nuestro periódico —Los hombres de Polonia— denunciábamos las trágicas consecuencias del desempleo y los altos costes unidos a la puesta en práctica de nuestra labor.

Disponíamos de un departamento bastante grande de ayuda jurídica que defendía a los inquilinos que, por ley, recibían una orden de desalojo a los pocos meses de retrasarse en el pago del alquiler sin tener en cuenta cuántos hijos tenían ni la época del año. En esta sección trabajaban cuatro abogados. Una segunda sección de ayuda jurídica se ocupaba de los niños ilegítimos y, por vía legal, obligaba a sus padres a pagarles la manutención. La tercera sección era la asistencia sanitaria, que se ocupaba de las madres paradas sin seguro de enfermedad, y que por lo tanto no tenían derecho a asistencia médica. Allí trabajaban un ginecólogo, un pediatra y una enfermera.

Nuestra función como trabajadoras sociales no consistía en investigar el entorno de las personas que teníamos a nuestro cargo ni asesorarlas en el aspecto jurídico, sino en apoyarlas junto con los abogados a las madres solteras.

Poco tiempo después me confiaron la dirección del departamento para niños ilegítimos, cuyo número aumentaba continuamente: cada vez había más muchachas del campo que se trasladaban a Varsovia. Después de haber pasado un año trabajando allí, publiqué un artículo alarmante en el periódico Los hombres de Polonia, en el que reivindicaba la seguridad jurídica y social de las desafortunadas chicas.

Todos trabajábamos de forma altruista y con gran dedicación. Por desgracia nos faltaba el dinero para satisfacer las necesidades de nuestras protegidas.

Como algunos de nuestros empleados formaban parte de la extrema izquierda, nuestra institución despertó el disgusto de los partidos conservadores del gobierno y del parlamento.

En la primavera de 1935 se cerró la sección de madres y niños. Nos prometieron que la oficina de Bienestar Social del Ayuntamiento de Varsovia se haría cargo de nosotros. Nada más lejos de la realidad. Se dio trabajo a los empleados, pero cada uno fue trasladado a un lugar diferente.

Me asignaron un puesto en la oficina 4 de Bienestar Social y Sanitaria, en la calle Siedzibna, 25. La misión consistía en cuidar a los pobres, en su mayoría parados, que vivían en barracas, en Annopol.

Después trabajé en distintas secciones de la Bienestar Social de la calle Złota 74, donde entre otras cosas me dedicaba a formar al personal allí destinado».

4. Septiembre de 1939

«El 30 de agosto de 1939 —recuerda Irena Sendler—, acompañé a mi marido a la estación. Le habían trasladado. Estábamos de pie en el andén, entre la multitud de personas que se despedían. Conservo en mi memoria la imagen de este tren. Me recordó al ambiente de la Primera Guerra Mundial. Tenía un mal presentimiento, tenía miedo de la guerra. Estaba tan nerviosa, que nada más partir me confundí de parada de tranvía y fui a Praga en lugar de a Wola. Con grandes esfuerzos, muy cansada y atormentada, regresé a casa bastante tarde. Al día siguiente me había citado con mi amiga Ewa Rechtman. Tomamos un helado. Fue nuestra última cita en un café. Me preocupaba por ella. Todos sabían que los judíos eran perseguidos en la Alemania de Hitler. Sobre las seis de la mañana mi madre encendió la radio y escuchamos que las tropas alemanas habían traspasado la frontera polaca, y que había muertos y heridos. Apenas fui capaz de desayunar, y me dirigí al trabajo lo más rápido que pude».

Irena Sendler describe esta época en sus memorias: «Cuando las primeras bombas cayeron sobre Varsovia, el día 1 de septiembre, al amanecer, todos los empleados de la oficina de Bienestar Social del Ayuntamiento acudieron puntualmente a trabajar a la central de la calle Złota y en las demás delegaciones. El alcalde de Varsovia, Stefan Starzynski, emitió dos disposiciones básicas para la oficina de Bienestar Social. Parte de los empleados de la central se encargarían de organizar puestos de ayuda en toda la ciudad, para los desplazados que huían de las atrocidades alemanas desde Posen, Pommern y otras zonas de Polonia. Me encargué de los puestos en tres puntos distintos, pues los bombardeos nos obligaban a ir cambiando de lugar. Los demás empleados de la central y de los puestos contiguos trabajaban con la mayor normalidad posible a pesar de las circunstancias. Por otra parte, nos pidieron que organizáramos los subsidios a las mujeres de los soldados y oficiales. Otra disposición terminante del alcalde fue trabajar sin descanso en los departamentos y empresas municipales: día y noche. El daba ejemplo y nunca abandonaba su puesto. No se movía del ayuntamiento. Desde allí se dirigía a los lugares más peligrosos, ayudaba a todos y pedía a todos sus empleados que le apoyaran para llevar a cabo las tareas más difíciles e importantes. Su valeroso y modélico comportamiento daba fuerzas a toda Varsovia. Contribuía, en la medida de lo posible, a curar las terribles heridas que sufría la ciudad. Las consecuencias de los bombardeos ininterrumpidos fueron trágicas: miles de muertos y heridos, cientos de casas quemadas. Las tumbas provisionales plazas, jardines y patios interiores otorgaban un aspecto aún más dramático a la situación. Alarmas antiaéreas constantes e incendios dificultaban el día a día de los valientes habitantes de Varsovia. La voz del alcalde, que se dirigía a sus ciudadanos por la radio, les consolaba y les daba esperanzas.

Me quedé de una pieza al ver cómo los miembros del gobierno de entonces guardaban sus maletas en limusinas de lujo y abandonaban la ciudad. Tras el bombardeo de la central eléctrica de Varsovia, el 23 de septiembre de 1939, la radio polaca enmudeció. Sus programas eran en directo y muchos contribuían a animar a la población, que no daba su brazo a torcer».

5. La ocupación

El 27 de septiembre de 1939 se firmó la rendición. Los días siguientes, las tropas alemanas ocuparon la capital. Los habitantes de Varsovia comenzaron a reparar los destrozos. Aparentemente, la vida volvía a la normalidad.

Irena Sendler comenzó de inmediato a trabajar en el Partido Socialista de Polonia, el PPS, en la clandestinidad. El PPS se contaba entre los pocos grupos políticos de Polonia que defendía a los judíos. Entre otras cosas, se ocupaba de repartir dinero entre los profesores de la Universidad de Varsovia que sufrían dificultades económicas. Localizaba a los desaparecidos o prisioneros y se lo comunicaba a las familias. Abastecía de medicamentos y vendas a los que se escondían en los bosques.

«En otoño de 1939, cuando los alemanes ordenaron a las autoridades municipales que despidieran a todos los trabajadores judíos y que dejaran de socorrer a los judíos necesitados, organizamos células de ayuda a los judíos²⁶, tanto en nuestra central como en nuestras delegaciones. Primero fuimos cinco, Janina Piotrowska, Janina Deneka, Irena Schultz, nuestro jefe Jan Dobraczynski y yo, y más tarde diez»²⁷ cuenta Irena Sendler.

En el marco de la antigua oficina de Bienestar Social existía también la sección de ayuda infantil. Su misión consistía en alojar a niños sin techo en hospicios. Además, se ocupaba de forma no oficial, de los niños abandonados del antiguo barrio judío, que más tarde se convirtió en el gueto²⁸.

«Ninguno de nosotros actuaba en nombre de una organización política, aunque todos estábamos comprometidos con la causa —subraya Irena Sendler—. El trabajo altruista era nuestra vocación, pues seguíamos el dictado de nuestro corazón y permanecíamos fieles a los principios de Bienestar Social. Deseábamos ayudar a los judíos, los más desafortunados y miserables de todos».

Feliks Tych²⁹ escribió en el prólogo del segundo volumen de documentos del Archivo Ringelblum: «La guerra de Hider contra la mayor parte de los países de Europa, buscaba implantar un nuevo orden nacionalsocialista en el continente para someter a Europa a la Alemania fascista y crear un espacio para la raza germánica, que consideraba superior. A partir del verano de 1941, se convirtió en la primera guerra de la Historia que atacó conscientemente a los niños. Los infanticidios fueron uno de los objetivos de la guerra del Führer. No puso en el punto de mira a todos los niños de los países ocupados, sino a miembros de un grupo determinado: a los niños judíos.

Al igual que los judíos que entorpecían el poder o el área de influencia del Tercer Reich, los niños judíos, incluidos los bebés, fueron condenados a muerte por orden de Hitler o de su entorno político más directo. La medida se apoyaba en la silenciosa aprobación o la aparente ignorancia de la mayoría de los habitantes de la Europa ocupada. Morían del modo más cruel imaginable: en cámaras de gas, de hambre, a manos de los comandos de ejecución, fusilados junto a sus madres asesinadas, quemados vivos en casas, sinagogas y graneros. La sentencia de muerte se ejecutaba ante los ojos de un mundo que cerraba los ojos al crimen, y que sólo tenía una coartada: no quería creerlo»³¹.

La situación de los habitantes de Varsovia empeoraba día a día. En la ciudad había doce oficinas de Bienestar Social. La ayuda ilegal que podían proporcionar no se correspondía con las necesidades.

«Después de consultar a colegas y asistentes sociales, organizamos en Varsovia la ayuda vecinal. Nos preocupamos de encontrar familias acomodadas en casas grandes que pudieran alimentar una vez al día a los vecinos más pobres. La idea de la ayuda vecinal se convirtió en un gran éxito, y otras oficinas de Bienestar Social siguieron nuestro ejemplo.

En 1940 llegaron a Varsovia soldados polacos tuberculosos de los Stalags³² de

Alemania. Se les trasladó al antiguo hospital militar de Ujazdowski. Los alimentos eran insuficientes para los enfermos debilitados por la tuberculosis, que habían contraído debido a las terribles condiciones de los campos de prisioneros de guerra.

Nuestros soldados necesitaban más comida. Distintas instituciones se ofrecieron a hacerse cargo de las salas de los hospitales. Una de nuestras colegas, Roza Zawadza, consiguió que colaboraran con nosotros amigos y parientes con tierras. Pronto llegaron valiosas donaciones en forma de alimentos de fincas cercanas a Varsovia.

Como muchos soldados procedían de otras zonas del país, les ayudábamos a recuperar el contacto con sus familias y a escribir cartas. Les traíamos tocadiscos y música. Entre los combatientes había dos oficiales a los que ayudamos a huir. Resultó muy arriesgado, pues los alemanes vigilaban el hospital día y noche.

Después de haber trabajado durante un año en la sección, me trasladé a la recién creada oficina de Bienestar Social de la calle Wolska, 86. Se encontraba cerca de mi casa, donde vivía con mi madre enferma, en la calle Ludwika, 6. Me pusieron al frente del departamento, y decidía qué familias estaban más necesitadas. Los alemanes deportaban a Alemania a muchísimos jóvenes de este barrio obrero, el Wola, y les obligaban a realizar trabajos forzados. Para proteger a los muchachos fundamos una asociación llamada Wola, formada por una zapatería, una carpintería y una sastrería, que les mantenía ocupados. Así esquivaban la amenaza que se cernía sobre ellos. Con el tiempo, los alemanes descubrieron nuestras intenciones y nos exigieron los certificados médicos de los empleados. Nos encargamos de conseguir documentos que atestiguaran una enfermedad pulmonar para los jóvenes que corrían más peligro. Cuando, más adelante, se me acusó de haber ayudado a los judíos del gueto, fui trasladada a la fuerza a Grochów, lejos de la casa en la que vivíamos mi madre y yo.

Las personas que conocían la cultura alemana tardaron en admitir los actos criminales de Hitler. Estaban convencidos de que los alemanes formaban parte de la cultura y la civilización occidental, y se engañaban con la esperanza de que todo lo que se decía y escribía sobre la tragedia de los judíos alemanes no era más que propaganda. Se desengañaron: el temor de los pocos que tomaban en serio las amenazas de Hitler pronto se confirmó.

El 1 de diciembre de 1939 se obligó a los judíos a llevar un brazalete con la estrella de David. También se marcaron sus comercios. Y las restricciones se endurecieron: sus hogares fueron confiscados; sus cuentas bancarias, bloqueadas; los funcionarios de la administración, despedidos. Por último, se dividió Varsovia en barrios: alemán, polaco y judío, lo que tuvo como consecuencia un movimiento de la población. Los judíos de otras partes del país se trasladaron al barrio correspondiente. El 16 de noviembre de 1940, cuando el gueto de Varsovia fue declarado zona prohibida, vivían allí más de cuatrocientas mil personas, entre ellas ciento treinta mil de fuera de la ciudad.

La disposición dictada por el gobernador general Hans Frank³³ prohibía a los judíos abandonar el gueto, y a los polacos ayudarles. Ambas acciones se castigaban con la pena de muerte.

«Cuando los alemanes decidieron exterminar al pueblo judío, no pude permanecer indiferente. En el barrio judío vivían muchas de mis amistades, como Ewa Rechtman y Józef Zysman. Ewa trabajaba en CENTOS, en la calle Leszno, 2. CENTOS era una institución benéfica (Centrala Towarzystw Opieki nad Sierotami i Dziećmi Opuszczonymi, Central de Bienestar Social para el cuidado de huérfanos y niños abandonados). Se había fundado en 1924 para acoger a los niños necesitados de la Primera Guerra Mundial, y la componían unas cien instalaciones, sobre todo cantinas y salas de descanso.

¿En qué consistía nuestro trabajo de entonces? Para poder ayudar a los judíos más necesitados teníamos que estar preparados, debíamos saber cómo llegar hasta ellos lo más rápido posible y cómo falsificar cientos de documentos. Cambiábamos apellidos

judíos por polacos. Encargué documentos identificativos del cuerpo sanitario para mí y mi colega Irena Schutz. Una de sus tareas consistía en luchar contra las enfermedades contagiosas. En adelante conseguí esta clase de certificados para otras mediadoras: hasta abril de 1943 entramos en el gueto de forma legal.

El jefe del departamento de Sanidad, el doctor Juliusz Majkowski, nos apoyó mucho. Los alemanes tenían pánico a una epidemia de cólera, que en aquel entonces amenazaba con estallar y representaba un gran peligro. Para no evitar contagios, los alemanes nos encomendaron a los polacos que nos hiciéramos cargo de la situación. Cruzábamos la puerta del gueto varias veces al día. Disponíamos de dinero de la oficina de Bienestar Social, además de comida, medicamentos —entre ellos vacunas contra el tifus de valor incalculable— y vendas. Además, nos vestíamos con varias capas de ropa para repartirla en el gueto, algo que, con lo flaca que estaba, no me resultaba nada difícil.

Me coloqué una estrella de David en el brazo nada más entrar en el gueto. Era un gesto de solidaridad con los hombres y mujeres prisioneros. También me servía para no llamar la atención de los alemanes con los que me cruzaba ni despertar la desconfianza de los judíos que no me conocían. Un día, traumatizada por algo que acababa de presenciar, olvidé quitarme el fatídico brazalete. Fue en julio de 1942, cuando las medidas de represión se habían endurecido. Un vigilante alemán se lanzó sobre mí con intención de pegarme y un policía polaco me arrancó el pase; corrí un grave peligro, pero la suerte jugó a mi favor. Desesperada, intenté convencer al policía de que llamara al doctor Majkowski para comprobar mi identidad. Y lo llamó. Por suerte, el doctor Majkowski comprendió de inmediato lo sucedido y confirmó que mi pase era completamente oficial y que me encontraba en la zona del gueto bajo su responsabilidad»

6. En el recuerdo

«Recuerdo con respeto, admiración y emoción a las personas que conocí en el gueto. Recuerdo su gran compromiso en su trabajo a favor de los demás. Los tengo siempre presentes en mi memoria, tanto a los jóvenes como a los adultos», añade Irena, conmovida, tras un largo silencio.

Al principio de la guerra nacieron los Hauskomitees.³⁴ Servían para construir refugios, para apagar incendios, etc. Existían en todos los complejos de edificios, tanto en los distritos «arios» como en lo que fue más adelante el barrio judío. Durante la guerra se transformaron en puestos de asistencia que organizaban acciones de ayuda improvisadas para salvar a los hombres del exterminio. Por esta razón, su trabajo no estaba coordinado en la fase inicial: trabajaban en función de las necesidades, por iniciativa propia y de acuerdo con las posibilidades que podía ofrecer cada casa. Más adelante, los Hauskomitees de la organización de ayuda a los judíos se integraron en el comité de coordinación fundado entonces que, ante la presión de las fuerzas de ocupación, se transformó en el grupo de Bienestar Social. A pesar de numerosas modificaciones organizativas «de las altas esferas», los Hauskomitees no reparaban en esfuerzos ni en tiempo para salvar de morir de hambre a niños y adultos. Por una parte, su trabajo iba dirigido a la lucha por la supervivencia, y por otra a una maravillosa rebelión interna; ante todo intentaban mejorar la situación de las personas necesitadas. Al principio, los Hauskomitees surgieron de forma espontánea y no organizada. Tras el bloqueo del barrio judío y su trágica separación de la vida de la ciudad, que desembocó en el deterioro constante de las condiciones de vida de sus habitantes, los activistas clandestinos tomaron las riendas. Abandonaron los principios básicos de la ayuda vecinal y otras formas de la filantropía entre ciudadanos, y pusieron en práctica las ideas que promulgaban participando en círculos sociales más amplios.

A pesar de los esfuerzos de las tropas de ocupación y del consejo judío, ³⁵establecido por ellos, que a menudo restringían la tarea de los activistas del Hauskomitee sembrando el terror, con persecuciones, torturas y otro tipo de represalias. Estos grupos se convirtieron en un excelente ejemplo para una actividad no retribuida. Los Hauskomitees resultaron ser un refugio para muchas personas, donde todos se ayudaban entre sí.

Los Jugendkreise trabajaban en el marco de los Hauskomitees. Desempeñaban un papel crucial porque organizaban la ayuda y se preocupaban de satisfacer las ansias de cultura y educación, pero también por otros motivos. Su gran mérito consistía en luchar contra la desesperanza, la lucha por la dignidad de los hombres y del país. En mi opinión, la amplia área de influencia de su trabajo contribuyó a una conciencia política más profunda y, en consecuencia, a poner en movimiento todos los esfuerzos con el objetivo de imponerse a las autoridades de ocupación, a la policía y al consejo judío. Todos los Jugendkreise tenían un mentor que procedía de las filas del Hauskomitee pertinente. Este seleccionaba a jóvenes con talento organizativo para colaborar con ellos. Así, los Jugendkreise comenzaron a participar en la actividad de sus mentores, y el desarrollo y campo de influencia futuros dependió de estos primeros activistas. Los Jugendkreise nacieron de la necesidad de protección contra la amenaza omnipresente de la muerte, y del deseo de transmitir a los jóvenes determinados valores que les permitieran afrontar las dificultades de la vida.

Los jóvenes hallaron un refugio en los mentores adultos. Desbordaban energía y motivación. En general, los grupos crecían con rapidez, algo que dependía de las condiciones concretas del barrio, o de la «casa» en sí. Se creaban en distintos campos y según las necesidades, dependiendo de las condiciones correspondientes y de las posibilidades de la zona. Muchas veces, aunque sin intención, su trabajo prendió la mecha del espíritu de combate, y con el tiempo se convirtió en el detonante de una

rebelión. Los muchachos se volvieron luchadores. Los Jugendkreise y los Hauskomitees, que fueron su origen, experimentaron muchos cambios.

Cobró más importancia en cuanto se cerró el gueto. A partir de entonces los judíos vivieron en tensión permanente, desesperados, atemorizados y torturados. Los Hauskomitees significaban un soplo de aire fresco, un oasis, la esperanza en un futuro mejor. Un lugar en el que los chicos podían ser ellos mismos, sentir y pensar a su manera, plantear preguntas y obtener respuestas. Los Jugendkreise aliviaban el hambre y sufrimiento del gueto con lo poco que tenían: una pequeña sonrisa, alegría y esperanza en los seres humanos. Cuando rondaba la muerte y bastaba con salir a la calle para tropezar con un cadáver de un niño, resultaba difícil despertar una sonrisa en un rostro desesperado.

El destino me llevó a trabajar en cinco Jugendkreise.

Eva Rechtman dirigía el Grupo de Juventud de la calle Sienna (¿16?). Era la ayudante del profesor Stanislaw Skmksi, fundador y encargado del departamento de Filología Eslava de la Universidad de Varsovia. No sólo era una conocida filóloga con un gran futuro en la investigación, sino que además había estudiado Pedagogía Social y poseía la extraordinaria virtud de saber aunar sus intereses académicos con su pasión por el trabajo benéfico. Sus conocimientos y su carácter único le hicieron ganarse el respeto, el cariño y la simpatía general. Además, destacaba por su humildad, sinceridad y encanto. Vivió tras los muros del gueto. A pesar de que su entorno ario le rogaba que se uniera a nosotros y ella se quejaba de que hacíamos todo lo posible para «conservarla», como solíamos decir, y queríamos llevarla a un lugar seguro, siempre nos respondía lo mismo: «No insistáis, amigos: no me uniré a vosotros. No quiero que corráis riesgos». Aquella frase personificaba su esencia, su maravillosa forma de ser.

Poco después de que se cerraran las puertas del gueto dejó de trabajar en su querida Academia. No pudo seguir ayudando a los niños del proletariado polaco y judío, ni a los parados del barrio de Ochota. Entonces retomó sus tareas caritativas (su ocupación principal era cuidar niños) en un Hauskomitee y organizó un Grupo de Juventud.

La visitaba con frecuencia para demostrarle que seguíamos tan unidas como antes, de que los muros de la maldad y la vergüenza no cambiaban nada. Ella se daba cuenta de mi aparente estabilidad que, a sus ojos, ocultaba una tristeza sin límites. Me consolaba, diciendo: «No te preocupes por mí. Tengo el mismo trabajo, ¡Mira!: mis Rachelas y Nuchimas no se diferencian en absoluto de las Marysias y Feleks de la calle Opaczewska. Lo único que necesitan es un poco de cariño y algo de comida».

Comenzó a presentarme a sus muchachos. Solía asistir a sus reuniones, en las que decidían planes de futuro, hablaban de temas actuales y discutían distintas cuestiones.

Recuerdo una reunión especial que se me quedó grabada: tuvo lugar a finales de 1941. Aquel fue el invierno más trágico del gueto. El frío, el hambre y el hacinamiento propiciaron una epidemia de tifus. Las terribles normas de las autoridades alemanas se endurecieron aún más. Decretaron desinfecciones forzosas y baños, pero no sólo resultaron insuficientes sino que no lograron su objetivo. No sólo no consiguieron prevenir la epidemia, que se extendía cada vez más, sino que la favorecieron.

En esas circunstancias, la única manera de frenar la enfermedad era la vacuna de Weigl.³⁶ Conseguirla en el gueto resultaba muy caro, así que tuvimos que ir a buscarla fuera. Aproveché mi trabajo y el de mi colaboradora, Irena Schultz, en el servicio público sanitario y social, y mis numerosos contactos con las mediadoras. Distribuimos vacunas entre los Grupos de Jóvenes, un gesto insignificante en comparación con la necesidad.

Repartí las vacunas el día acordado. En la reunión correspondiente se planteó, entre otras, la pregunta de a quién administrársela.

En aquel entonces, quien se vacunaba estaba protegido de la enfermedad en un 99% de los casos, y el tifus se extendía por todas partes.

Los jóvenes decidieron administrarla vacuna a dos muchachos que habían perdido a sus padres y que tenían dos hermanos menores, y a una muchacha que había demostrado estar muy comprometida con la causa del grupo.

Los demás asintieron sin rechistar. Aceptaron y respetaron la decisión, a pesar de que se jugaban la vida.

Los miembros del grupo de jóvenes se dedicaban más que nada a cuidar a los niños. Se ocupaban de pequeños, enfermos y abandonados, recogían ropa y alimentos para los más necesitados. Prestaban especial atención a los huérfanos, los que más sufrían. Gracias a su empeño, sacrificio y rectitud se ganó su afecto, respeto y admiración. Adoraban a Ewa, su mentora, y seguían a rajatabla sus recomendaciones. Lo era todo para ellos: madre, padre, hermana, amiga. Compartía su desgracia y muchas veces les daba sus últimos peniques, a pesar de sufrir un hambre terrible. Ewa resistió hasta finales de julio de 1942. Fue deportada a Treblinka en uno de los primeros —«traslados en masa».

Un cálido día de verano los soldados acordonaron las calles, sellando el destino futuro del gueto.

Nada más enterarnos de lo sucedido intentamos poner a salvo a Ewa sirviéndonos de las ambulancias y con el pretexto de continuar con las labores de desinfección. Por desgracia no conseguimos llegar a la zona cercada. Nuestras buenas intenciones se vieron frustradas por el implacable odio del enemigo, que rodeaba el círculo de la muerte con un cordón cerrado.

Nos resultaba difícil continuar sin Ewa. Nos había impresionado cómo trataba a las personas, independientemente de su raza, nacionalidad u origen. Se había ganado nuestro afecto y respeto. Nos costaba creer que, precisamente ella, hubiera caído en manos del enemigo. No podíamos aceptar que muriera como una mártir. Aún hoy me parece escuchar su voz en mis pesadillas.

El grupo de jóvenes de la calle Smoczka, 9 fue confiado a Ala Golab-Grynberg, enfermera y diplomada en la escuela de trabajo social y educación de la Academia Libre de Varsovia. La contratamos para hacerse cargo del cuidado de los enfermos. Desempeñaba varias tareas no remuneradas, y se desvivía por los niños y los jóvenes. Como compartíamos los mismos intereses, solíamos trabajar juntas en muchas ocasiones. Organizó a escondidas la formación sanitaria de unos cuantos muchachos, con el consentimiento y la aprobación del profesor Ludwig Hirsfeld. En vista de las deplorables condiciones higiénicas que reinaban en el gueto, alcanzó un gran significado social. Gracias a Ala, varios médicos proporcionaban a los jóvenes la formación teórica de forma gratuita. Recuerdo sobre todo al doctor Henryk Landau y al doctor Rozenkranz que, a pesar de ser ancianos, estar enfermos y haber quedado marcados por sus experiencias en la ocupación, no escatimaban fuerzas para colaborar con los jóvenes.

Una vez asistí a una de aquellas clases en una fría sala del Hauskomitee, sólo iluminada por la luz de una pequeña vela; en la esquina había una pizarra en la que el doctor Landau escribía las conclusiones más importantes de la lección. De vez en cuando sacaba apuntes de su cartera para ilustrar sus explicaciones.

Los jóvenes estaban muy concentrados y seguían la clase con interés, a pesar de que apenas veían nada en la penumbra. El grave silencio se vio de pronto interrumpido por el ruido de pasos característico de los alemanes, voces atemorizadas y el estremecedor grito de un niño. Nos quedamos paralizados de miedo. Nuestro orador fue el único que no dio muestras de temor y siguió hablando con aparente tranquilidad. Cuando una de sus alumnas comenzó a sollozar, dijo: «¿Todavía no habéis comprendido que todos nos hallamos en el frente? ¿Día y noche? La lucha continúa. Combatimos en primera línea de fuego. Los soldados deben ser fuertes. ¡Aquí no se llora!». Continuó la clase tras una breve pausa. Nos sentimos avergonzados. Había

conseguido transmitirnos su calma.

Los jóvenes hacían prácticas en los distintos puntos de asistencia sanitaria del gueto. Ala Grynber se encargaba de organizarlas.

Los cursos tenían distintos objetivos: en primer lugar había que mantener ocupados a los chicos y hacerles olvidar la desesperación. En segundo lugar, los jóvenes desempeñaron un papel fundamental en la lucha y prevención de enfermedades. Ala, una organizadora nata, se esforzaba por cuidarles y apoyarles. Estaba orgullosa de ellos.

A menudo contaba emocionada cómo sus niños colaboraban en que las epidemias no se extendieran o cómo sustituían a los especialistas, enfermos o deportados, en los servicios sanitarios.

A pesar de que, debido a su responsabilidad, corría un gran riesgo, dirigió el equipo de enfermeras y desempeñó innumerables labores caritativas. Al mismo tiempo, mantenía contacto con el lado «ario». Su objetivo principal era no perder a sus amistades y, si podía, garantizar desde allí el bienestar de sus protegidos. Llevó a cabo grandes hazañas gracias a su extraordinaria inteligencia, inagotable energía y compromiso.

En muchos casos el poder del enemigo la desconcertaba, como a todos nosotros. Tenía marido y una hijita de unos cinco o seis años. Cuando la vi por última vez en agosto de 1942, tras una serie de deportaciones, parecía serena, pero también muy triste.

Su esposo luchaba con los partisanos, y su hija llevaba tiempo en un lugar seguro en el lado «ario». Le aconsejé que abandonara el gueto de inmediato. Estaba en contacto constante con nuestras células clandestinas, que le permitían salir de allí con seguridad y siempre podía escapar. Le habíamos buscado alojamiento. Se negó. Recorrió con la mirada los tejados al sol de la calle Smoczka, donde vivía en una buhardilla. Luchaba una lucha interna consigo misma. ¡Cómo la comprendía! Allí estaba su hija, su marido combatía en los bosques, pero su pasión estaba aquí: el trabajo, el deber, los enfermos, los ancianos, el trágico lugar de traslado.

Resultaba dramático aceptar su decisión. Yo era muy consciente de la situación del gueto en aquel momento y tenía la seguridad de que resultaría imposible salvarlos a todos. Hablé del tema con Ala, en la que resultó ser, sin saberlo, nuestra última conversación.

Se quedó, y a los pocos días murió en el campo de Treblinka. Sus queridos jóvenes murieron con ella. Su marido perdió la vida en el campo de batalla, y su hija se reunió con familiares dos años después de la guerra y se trasladó al extranjero.

Si no recuerdo mal, Józef Zysman se hizo cargo del grupo de jóvenes de la calle Ogrodowa. Era un excelente abogado, un hombre íntegro y un gran patriota. Pertenecía a la burguesía, a una familia asimilada que toda su vida había luchado por Polonia y era muy progresista. De una inteligencia extraordinaria, destacó siendo estudiante en la Universidad de Varsovia, y más adelante ejerciendo su oficio. Aventajaba a sus compañeros por su intelecto, pero más que nada por su voluntad inquebrantable, sentido de la responsabilidad y firmeza de carácter. Sus cualidades despertaron admiración y respeto entre los que le rodeaban.

En los años treinta ocupó varios puestos importantes. Fue presidente de la Unión de Aspirantes a Abogados y Magistrados. Pertenecía a la facción izquierdista de los abogados de Varsovia, la *Tusculum*. Desde allí, junto con otros activistas de renombre, se esforzaba por influir en los juristas de la burguesía de derechas. Como defensor de la justicia social, se volcó en la asesoría jurídica dirigida por un grupo de abogados de izquierdas en la sección de asistencia a mujeres y niños del comité ciudadano para ayuda social.

Dentro de la organización, y acompañado de la incansable Bronisława Luidorówna, también abogada y comunista, se dedicó a defender a los parados polacos

desahuciados de sus hogares por los propietarios. También dedicaba gran parte de su tiempo y energía a defender los derechos de los niños ilegítimos. Józef Zysman, hombre culto y brillante orador, con una sensibilidad especial para con las desgracias ajenas, se convirtió en una figura clave para el proletariado polaco. Era conocido entre los parados de Wola y Ochota, de la periferia de Praga, y allí donde había asesorías jurídicas.

En 1939 Zysman fue llamado a filas como oficial en la reserva. Activista de izquierdas orgulloso y comprometido, vistió el uniforme de oficial polaco y luchó en el frente hasta que los acontecimientos de la guerra de septiembre le destinaron a Lemberg. Se quedó allí hasta la entrada de la Wehrmacht. Por suerte consiguió regresar a Varsovia con su familia, pero allí ya existía el gueto. No podía soportar lo que veía a su alrededor. Lo que más le dolían era la reclusión y el aislamiento.

Se sentía polaco y no aceptaba la separación que habían llevado a cabo los alemanes. A pesar de que, en su interior, se sentía desconcertado, estaba convencido de que había que salvar a los jóvenes de la derrota final. Se dedicó a prestar servicios al gueto y estuvo siempre en contacto con el lado «ario».

Su labor con los jóvenes se concentró en el compromiso social. Les transmitía todo su cariño y luchaba contra el egoísmo. Sus muchachos se encargaban de repartir ropa, comida y «ayudas para el invierno», pero aquello no le parecía suficiente. Ansiaba hacer más por los necesitados.

Unido al grupo de los socialistas polacos —con el abogado Antoni Oppenheim y el ingeniero Jerzy Neuding a la cabeza— recogió material para un periódico clandestino que se publicaba tanto en el lado «ario» como en el gueto. Escribía sobre cómo eran las cosas y cómo deberían ser. Una parte de los jóvenes de su grupo se dedicaba a venderla.

Me reuní con los tres en la casa parroquial de la iglesia de Leszno. El párroco, el prelado Poplawski, era conocido por su actitud abierta con respecto a las cuestiones del gueto. Durante sus conversaciones, los tres activistas hicieron grandes planes de futuro para enfrentarse a las circunstancias.

Neuding murió en los primeros fusilamientos, en 1942. El abogado Oppenheim fue asesinado en el lado «ario». Józef Zysman decidió quedarse en el gueto, por mucho que le aconsejaron sus amigos que se marchara.

Después de ponerse en contacto con sus amigos del «lado ario» se preocupó de que los tres niños de su familia, entre ellos su hijo, escaparan del gueto por las alcantarillas. Él se quedó con su mujer y sus parientes adultos. Estaba convencido de que su lugar se hallaban entre los más desfavorecidos. En la carta que me escribió cuando me confió a su hijo, me hacía partícipe de sus reflexiones filosóficas. Se convirtió en un documento de un valor incalculable para la época. Por desgracia sus palabras se perdieron en el levantamiento del gueto. Describía su vida y el eje de sus pensamientos: «El único camino que puede llevar al renacimiento de la humanidad es el amor por encima de todo. El Mal nace del odio, y sólo el amor posee la fuerza constante para dar esperanza a los hombres. El mundo renacerá gracias al amor».

Aún hoy, después de tantos años, siento la mirada tranquila, inteligente, cálida, con la que me confió a su hijo: «Educa para que sea un buen polaco y un hombre noble».

Sus amigos no podían consentir que se quedara en el gueto. Le dieron multitud de razones para que se marchara. En otoño de 1942, a medida que empeoraba la situación y los pocos miembros del antiguo Grupo de Juventud se retiraban de sus locales, nuestro amigo se retiró al lado «ario», donde fue objeto de represalias y persecuciones.

Intentaba no contar sus problemas a sus amigos para no molestarles, así que muchas veces ni siquiera nos dábamos cuenta de lo que sufría. A pesar de los que le rodeaban nunca admitieron las dificultades con las que habían tenido que enfrentarse, Józef

Zysman no podía quedarse cruzado de brazos al ver el peligro al que estaban sometidos sus amigos.

Decidió ahorrarles el peligro que implicaba ocultar a un judío. Se dirigió al hotel Polski³⁸ para entregarse a los alemanes. Falleció a la edad de 37 años.

Rachela Rozenthal dirigía el grupo de jóvenes de la calle Pawia. Se había licenciado en la Universidad de Varsovia y era maestra, inteligente, ingeniosa, ejemplar. Estudió literatura polaca de 1929 a 1934. En aquellos años, una ola de antisemitismo se extendió por la universidad. A menudo fue objeto de burlas y discriminación por parte de sus colegas del partido Grofipolnischer Lager.³⁹ Sus experiencias tuvieron mucho que ver en su percepción de la realidad. A pesar de que formaba parte de la Unión de Jóvenes Democráticos, compuesta tanto de polacos como de judíos, y participaba en muchas acciones de gran utilidad, las palizas y el «gueto de los bancos» le hicieron tanto daño que pronto se distanció de su entorno.

Abandonó la universidad nada más licenciarse, convencida de que deseaba trabajar en una escuela judía. Entusiasmada, comenzó a impartir clases a niños de familias desfavorecidas. Se sentía afortunada de poder enseñarles y de desempeñar una labor desinteresada. Cuando estalló la guerra, olvidó aquellos años de trabajo en las calles Dzika, Valowa y Nalewski.

Nada más crearse el gueto, se unió a la organización de enseñanza en secreto⁴⁰, un sistema clandestino. Se sentía poco útil impartiendo clases, porque conocía bien las vidas de los niños de familias pobres, y sabía que se enfrentarían a tiempos difíciles. Hizo todo lo posible por ayudar al máximo a los pobres inocentes.

El trabajo en el grupo de jóvenes era la mejor manera de hacer realidad su objetivo. Rachela reunió a un grupo de entre 15 y 35 personas y les encomendó ayudar a los niños como pudieran. Ante todo, debían transmitirles la idea de que, por mucho que sufrieran, tenían tanto derecho a vivir en este mundo como los demás.

Por esta razón, enseñaba cultura antigua del pueblo judío y leía a los niños cuentos tradicionales. Daba especial importancia a que los chicos estuvieran contentos y jugaran. Siempre conseguía despertar una sonrisa, con juguetes, obras de teatro y muñecas. Aunque parecía casi imposible dadas las circunstancias, ponía en práctica todo cuanto se le ocurría.

Rachela había aprendido a trabajar de distintos modos en una escuela judía. El dolor y la desesperación que reinaban en el gueto le daban alas. A pesar de la desgracia, conseguía que los niños olvidaran su tristeza. Inventaba nuevos métodos y actividades para que tuvieran una vida normal, dentro de lo posible.

Gracias al apoyo activo y sacrificado de los muchachos del grupo de jóvenes, animaba a los niños a organizarse y a participar en actividades. Los miembros del grupo apoyaban el trabajo de los «rincones infantiles», creados en el marco del Hauskomitee de la Central de Bienestar Social para judíos huérfanos y niños abandonados, CENTOS. Le ayudaron a llevar a cabo distintos actos educativos y culturales. Los muchachos adoraban a Rachela, y los pequeños no podían vivir sin ella.

Los niños que se acercaban a ella felices en cuanto aparecía. De la mano de Rachela visité varios rincones infantiles. Cada vez que veía aquellas caritas de felicidad me asaltaba la idea de qué sería de ellos mañana, o pasado mañana. Entonces Rachela demostraba su valentía. Tranquila, sosegada, con su filosofía vital única y una entereza incomparable, conseguía infundirnos valor y, como solíamos decir, fortalecía nuestro espíritu.

A veces nos decía: «No sé qué pasará mañana, pero sé que hoy mis niños ríen, dan palmas y bailan en corro». Sólo los que conocían las condiciones de vida del gueto eran capaces de entender el esfuerzo, el valor y la sangre fría necesarios para crear un pequeño mundo para que pudieran reír y jugar en el presente, pues el futuro era incierto. Todos lo sabíamos.

Durante las deportaciones en masa de julio de 1942, toda su familia murió. Rachela tuvo mejor suerte porque se encontraba en el gueto. El golpe fue tan duro que estuvo a punto de perder la razón. Se había salvado de casualidad.

Decidimos que lo mejor para ella sería unirse al grupo de los que trabajaban en el lado «ario». Creíamos que no ver el dolor constante de los demás la salvaría de la desesperación. Al principio Rachela se opuso, alegando que no podía dejar solos a niños y jóvenes.

Tal vez no hubiéramos conseguido nuestro objetivo de no contar con la ayuda de los muchachos. Sabían tan bien como nosotros que la muerte de su familia era la gota que colmaba el vaso. Comprendían que sólo un shock podía rescatar a su salvadora, y ese shock sería el trabajo al otro lado del muro. Cuando vieron que no conseguíamos convencerla, encontraron una solución y dijeron: «No puede quedarse con los niños. Está usted triste y causaría muy mala impresión a los pequeños. No soportarían verla así». ¡Y les creyó! Se unió a los «recogedores de harapos».

Pasaron un par de semanas. Un día, mientras separaba harapos, una terrible noticia llegó al local de la calle Grójecka. «La violencia ha vuelto a estallar en el gueto. Se prevén grandes cambios». Alguien dijo: «No volveremos nunca allí». Sus compañeros de trabajo huyeron antes de que Rachela alcanzara a comprender lo que había sucedido. Los vigilantes y los responsables del grupo, que tenían la obligación de contar a los que salían con ellos antes de abandonar el gueto, y morían si no regresaban todos, habían desaparecido. Rachela supo entonces que no podría volver, pues la muerte la aguardaba en el muro.

Quién sabe qué habría sido de ella de no haber tenido suerte. La clasificación de harapos de la calle Grójecka era un punto clave para los contactos de la organización.

La desgraciada Rachela, que no veía solución y me conocía bien, confió en mí y me siguió a un lugar seguro donde pudo esconderse. Y entonces comenzó una nueva vida. Tiempo después, como solía suceder en la clandestinidad, comenzó a abandonar su escondite y cambió de domicilio varias veces. Los que la rodeaban ignoraban su pasado, y un buen día un joven ingeniero se cruzó en su camino, un miembro del PPS, y se enamoró de la hermosa joven, que se hacía llamar Karolina.

Corría un gran peligro, por lo que nadie de su entorno conocía su vida anterior, y ella guardaba silencio.

Rachela encontró en Stanislaw un amigo y protector. El chico no sabía nada de ella. Le devolvió la juventud perdida con su cariño y su bondad. Gracias a Stanislaw, sus heridas se fueron curando poco a poco. Después de lo que había vivido, necesitaba apoyo y generosidad.

Le perdí la vista a Rachela-Karolina una temporada. Solía acompañar a Stanislaw a ver a los partisanos. De casualidad, el destino volvió a unirnos durante el levantamiento de Varsovia. Y encontré a otra Rachela, distinta a la tranquila y sosegada que organizaba los juegos en el infierno del gueto.

Me vi frente a un soldado, arma en mano, dispuesta a luchar sin tregua. Su valentía, que alcanzaba su máxima expresión cuidando a niños hambrientos, se había transformado en la necesidad de matar alemanes. ¡Combatía! Era conocida entre todos por su valor. Si había que emprender una tarea peligrosa, Karolina se haría cargo.

Tras la liberación, Stanislaw y ella tuvieron una hija. Karolina nunca les contó nada de su vida. Poco antes de terminar la guerra nos encontramos por la calle. Hablamos de la suerte que habíamos tenido de sobrevivir al infierno, y ella dijo: «recuerda siempre que Rachela murió tras los muros, junto con toda su familia. Soy otra persona». Y entonces, por primera vez, la vi llorar. Lloró mucho tiempo, como queriendo ahogar en lágrimas su pasado. Así se despedía de su antiguo hogar, de su biografía, de su pasado.

Nunca volvió a hablar de ello. Cuando se cruza con sus conocidos de entonces, les miente y les dice que se equivocan, que es otra. Yo soy la única que conoce su

pasado, y la siento muy próxima a mí.

Hay épocas en las que me llama. A veces pasan dos o tres años sin que nos veamos, temporadas en las que consigue olvidar su pasado. Se siente feliz y consigue olvidar. Y otras veces una tristeza infinita se apodera de ella y recuerda a su familia, a sus hermanos, recuerda su infancia. Me relaciona con la casa de sus padres, con sus parientes, evoca un tiempo que es incapaz de borrar de su memoria. ¡Cómo la comprendo! Respeto su personalidad dividida. Y nunca la obligo a visitarme. Sé que huye de mí porque es feliz, porque vive el aquí y el ahora.

Jan Izaak Kiernicel, licenciado en literatura polaca de la Universidad de Varsovia y maestro de profesión, estaba al frente del grupo de jóvenes de la calle Elektoral 24. Un hombre culto, muy inteligente y con un gran futuro académico por delante. Había empezado su tesis doctoral un año antes de que estallara la guerra. Tenía un gran talento para escribir, y sabía de todo, lo que hacía de él una persona fuera de lo común.

Había nacido en una familia burguesa, acomodada. Nunca compartió la visión del mundo de sus padres. Siguió estudiando a pesar de heredar una gran fortuna. «No me lo he ganado con mi trabajo así que, ¿cómo aceptarlo?», solía decir a sus compañeros. Hasta que un día, para disgusto de su familia, donó todas sus posesiones a instituciones benéficas.

Le gustaba filosofar. No se le daba bien la rutina. Conseguía unir sus intereses investigadores a la actividad benéfica. Los jóvenes le adoraban. Impartía clases a los adultos y sus compañeros le valoraban y respetaban. No soportaba el antisemitismo: se sentía polaco por los cuatro costados. La guerra le sorprendió haciendo maniobras militares. Se abrió paso hasta Varsovia, y tuvo que enfrentarse a burlas y persecuciones debido a sus orígenes. Vivió la prisión del gueto como una tragedia personal.

Al quedar recluido en el gueto, junto con los demás, se alejó de la realidad. Pasaba días enteros leyendo obras filosóficas e históricas en las que buscaba solucionar los problemas políticos de entonces.

De no haberse dedicado a ayudar a los jóvenes, es probable que hubiera sufrido una crisis nerviosa tras los muros, o que hubiera cometido un acto de desesperación. Los que le rodeaban no tardaron en descubrir su estado mental. Le azuzaban para que trabajara en el Hauskomitee. Al ver que parte de los muchachos se derrumbaban y no resistían la desesperanza del día a día, se recuperó y se superó a sí mismo. Comenzó a organizar un Jugendkreis. Consiguió más que nadie que los jóvenes se entusiasmaran por el trabajo.

Los miembros de su grupo daban clases a niños enfermos que no podían asistir a las escuelas clandestinas. Se informaban con todo detalle acerca de las circunstancias familiares de las personas de su entorno y seleccionaban a los huérfanos en peor situación para, con gran esfuerzo, hospedarlos en centros de acogida. En el futuro resultaba cada vez más difícil, pues todos los hospicios del gueto estaban a rebosar. Se apresuraron en establecer buenos contactos con el lado «ario» para enviar a niños solos al otro lado del muro.

Por otra parte, su grupo llevaba a cabo un trabajo sin precedentes y con un gran alcance social: el grupo de Jan Izaak era pionero en la organización de la vida cultural, educativa e intelectual. Fundó un club de discusión en el que todos los martes y jueves se hablaba de distintos temas, pasando por la historia o la filosofía.

Jan sugirió crear interesantes veladas literarias inspiradas en distintos días del año. Nunca olvidaré la que dedicaron a la Revolución de Octubre. Organizar una fiesta así en un gueto cerrado en el que todos sufrían, donde estaba completamente prohibida cualquier tipo de reunión, era algo para recordar. El director del grupo pronunció una extensa conferencia acerca del tema, seguida de conmovedoras palabras. Me

sobrecogí ante los poemas de Julián Tuwin y otros escritores, y me sorprendió el alto nivel de su discurso.

Quedó grabado en mi memoria el rostro de una jovencita de unos quince años: declamaba con tanta emoción, sentimiento y naturalidad un poema del revolucionario Wladysław Bronieski, que parecía que pudiéramos ver la ansiada libertad tras las puertas del gueto. A continuación sonó el Estudio revolucionario de Chopin, muy bajo, pero en una magnífica interpretación.

Tras unos meses de duro trabajo todos los miembros del grupo llegaron a conocerse y a valorar las capacidades de cada uno. Jan Izaak dio un paso muy inteligente: dividió su equipo en grupos de acuerdo con sus intereses y posibilidades de actuación.

Algunos se encargaban de cuidar de niños abandonados, otros daban clases a los chiquillos enfermos, preparaban veladas literarias. Y los miembros que tenían cierto espíritu de lucha, junto con los que estaban interesados en todas las cuestiones de la vida política, formaron un equipo para labores clandestinas.

Se encargaron de repartir la prensa clandestina. El conserje prestaba las habitaciones de su casa para las actividades de descarga y distribución, a pesar de ser consciente del riesgo que corría. Con el tiempo, allí se copiaban artículos de periódicos que se publicaban tanto en el gueto como en el lado «ario». Adquirió una gran importancia para la vida política de la zona: como había que tener mucho cuidado, por motivos puramente prácticos sólo podía circular un número limitado de ejemplares. Una célula secreta especial, compuesta de pocas personas, se dedicaba al reparto enfrentándose a numerosas dificultades.

El contacto con la activista Wanda Zieleácyk (Dziula) «resultó de vital importancia para este grupo de jóvenes. Era comunista, y tenía un vivo interés por la evolución ideológica de los muchachos del gueto. Yo me encargaba de llevar distintos documentos sobre la vida y el trabajo de los judíos a casa de sus padres, en la calle Koszykowa. Un día estuve a punto de ser detenida al salir. Por suerte me marché un cuarto de hora antes de lo previsto.

En un fatídico mes de julio de 1942, la mayoría de los jóvenes del grupo perdieron la vida. Los que quedaron abandonaron el gueto en un grupo organizado, junto con sus directores, para dirigirse a un campo de trabajo.

Unos pocos huyeron al bosque. Tres chicos, una muchacha y Jan, se quedaron en Varsovia. Continuaron trabajando duro en la clandestinidad, dando clases a escondidas. La chica se matriculó en enfermería. Jan dedicó todas sus fuerzas a la prensa prohibida, al mismo tiempo, daba conferencias secretas en Varsovia, Otwock, y Swider.

Vivieron tiempos difíciles, buscando siempre un lugar donde alojarse, sin dinero, chantajeados y perseguidos por informadores. Y entonces se desencadenó el levantamiento de Varsovia. La muchacha se unió al servicio sanitario al terminar los estudios y le perdí la pista. En aquel momento, los tres chicos se encontraban en la ciudad vieja, con Jan. Se dice que lucharon hasta el último día del levantamiento. Poco después del sangriento fin de la ciudad vieja, el más joven fue llamado a filas y jamás regresó. El segundo huyó por el alcantarillado con uno de los últimos grupos de rebeldes, y más tarde se unió a una unidad del ejército polaco destinada a Berlín. Con el arma en mano, desde el frente, escribió interesantes reportajes para la prensa militar. Me crucé con él una vez más, al terminarla guerra, en el comité judío: buscaba a su familia. A la vista de que en Polonia no encontraría a nadie, viajó a Francia para reunirse con unos parientes lejanos. Se casó, tuvo dos niños, y es feliz. Jan Izaak murió en Varsovia pocos años después de la guerra.

A pesar de que los Jugendkreise tenían en común algunos aspectos organizativos, se diferenciaban bastante entre sí en puntos esenciales de su trabajo. Por lo general, independientemente de algunas características individuales, se centraban en el

aspecto ideológico, educativo y cultural.

Como los habitantes del gueto no formaban un grupo homogéneo, los contenidos educativos e ideológicos de las organizaciones poseían un carácter diferenciado. Algunos se sentían judíos, mientras que otros no hablaban ya yiddish y se sentían polacos porque sus familias llevaban siglos en la cultura del país. Cuanto más se agravaban las circunstancias del gueto, más difícil se hacía prestar ayuda, pues la vida se iba complicando.

Durante el crudo invierno de 1942, los jóvenes dedicaron todas sus fuerzas y energía a salvar a los niños más pequeños. Organizaron actos culturales para los más acomodados, doblaron el precio de las entradas y así recaudaron más dinero.⁴²

Su sacrificio y compromiso social no conocían límites: con el estómago vacío, torturados, recitaban poemas y cantaban, pensando: «Lo hago por los niños, que pasan aún más hambre que yo».

No hay que olvidar que la labor cultural y educativa de los Jugendkreise y del Hauskomitee contó con el apoyo de prestigiosos artistas judíos, como Jonasz Turkow⁴³, que veinte años más tarde propuso a Irena Sendler para que le otorgaran la medalla de «Justa entre las Naciones».

Los muchachos contagiaron a todos el compromiso social, se enfrentaron a la actitud egoísta de algunos que, en la lucha diaria por la sobrevivir, olvidaban los valores necesarios para la vida en común. Despertaron las conciencias. Contribuyeron a ensalzar los ideales y aunaron esfuerzos para sobreponerse al sentimiento de desesperanza. Su ejemplo contribuyó a dar ánimos a los menos activos. Eran abiertos, cariñosos y receptivos, y agradecían cualquier muestra de solidaridad.

En no pocas ocasiones, los muchachos eran perseguidos y tenían que huir de las fuerzas de ocupación. Algunos adultos nunca alcanzaron a comprender por qué continuaban.

No se cansaban de buscar nuevos caminos para prepararse para la lucha armada. Combatían unidos día tras día. Se preocupaban de que nadie de la «gran familia» se sintiera solo. La mayoría de los muchachos había tenido que abandonar su trabajo o estudios a causa de la guerra. Algunos hacían cualquier cosa para sobrevivir, otros se comprometían con la clandestinidad y luchaban por la libertad día tras día, en todos los frentes. Unos pocos se dedicaban en secreto a la enseñanza, pero muchos se volvieron apáticos y resignados. Estos últimos precisaban una atención especial: había que estar muy pendiente de ellos y ayudarles de inmediato para rescatarles del infierno que les reservaba el destino. El futuro de sus familias solía ser trágico. Los Jugendkreise les ayudaban a superar las dudas, la timidez, la impotencia. Les daba valor y confianza para expresar sus juicios y opiniones. A menudo eran tan testarudos que había que pararles los pies y ayudarles a no caer en la locura. En los trabajos de los Jugendkreise se buscaban métodos y consejos para arrancarles de la desesperación y falta de sensibilidad que les rodeaba, para dar un impulso a la triste vida del gueto, sin salida, para que creyeran en un futuro mejor. A pesar de los asesinatos, matanzas y atrocidades constantes, no perdían el norte y se consagraban en cuerpo y alma a las labores secretas del gueto.

No se ocultó a los jóvenes que el gueto se preparaba para el combate definitivo contra el enemigo alemán. Algunos de ellos formaban parte de unidades que deseaban unirse a la lucha armada. Al mismo tiempo se daban cuenta de que cada vez estaban más solos, de que su trabajo era cada vez más difícil y de que no tenían posibilidad de avanzar en ningún sentido. También se les hacía cada vez más duro encontrar un idioma común para comunicarse con la generación anterior. Unos se dedicaban a su trabajo con tesón, y los otros se volvían más reservados. Resultaba muy difícil que creyeran en la solidaridad y la armonía.

Las últimas nubes negras se cernían sobre el gueto.⁴⁴

7. La “gran acción”

Las condiciones de vida del gueto se recrudecieron durante el invierno de 1942. Adultos y niños morían de hambre, frío, enfermedades. En enero, la oficina de Bienestar Social llevó a cabo una «acción» para erradicar la mendicidad infantil en distintas zonas de Varsovia. Se llevó a cabo a instancias de la policía alemana. Después de la guerra, Jan Dobracyriskilo describía así: «El comandante se dio cuenta de que un sinnúmero de niños mendigos vagaban por las calles de Varsovia. Se le ocurrió la solución: un frío día de invierno, en enero, unos cuantos camiones a recorrieron las calles nevadas de la ciudad. Los ocupaban dos trabajadoras sociales acompañadas de un «azul marino», como llamaban entonces a los policías polacos por el color de su uniforme. Detenían a los niños y los llevaban al orfanato de la calle Przebieg. Una vez bañados, vestidos y alimentados, pasaban allí tres días. Durante aquel tiempo, médicos, psicólogos y tutores los examinaban a todos. Cuando los primeros «cuchitriles» (camiones con lonas) comenzaron a llegar al patio del orfanato de la ciudad y vi bajar a los niños, constaté con horror que casi la mitad eran judíos! Toda Varsovia sabía que escabullían del gueto para mendigar. Acudimos en su auxilio. En aquella «acción» recogimos a unos treinta niños. Les dimos de comer y nos aseguramos de que, por unas horas, no pasaran frío. En aquella época había teléfono en el gueto, y desde allí llamé a Janusz Korczak, cuyo verdadero nombre era Henryk Goldszmit, médico y pedagogo. Le conté lo sucedido y se mostró dispuesto a llevarse a los niños. Acordamos que escaparan por un agujero que habían descubierto en la pared, justo al lado del hospicio. Media hora antes de que llegara la policía, cuando hubo oscurecido, salí con los pequeños. El hueco estaba tapado con un montón de nieve sucia. Uno de nuestros colaboradores dio la señal y una voz le respondió: «Estamos aquí. Venimos de parte del doctor». Los niños desaparecieron por el agujero, uno tras otro. Se acercaron al montoncito de nieve y de pronto se desvanecieron en la oscuridad. «¡Ahí va el último!», grité. «Ya ha pasado, muy bien», escuché decir tras el muro. La última chiquilla, de unos nueve años, que me había contado muchas cosas del gueto mientras esperaba a mi lado, se despidió de mí: «Hasta luego, señor».⁴⁵

Le pregunto a Irena Sendler si recuerda esta historia: «¡Claro que sí! Se armó un revuelo al respecto, y hasta hubo discusiones. No podía entender por qué no destinaban a los niños a un hospicio con el que colaborábamos. Dobraczyński me explicó que seguía órdenes de sus superiores, que a su vez actuaban por voluntad expresa de los alemanes. Le prometieron a Dobraczyński que si los niños regresaban al gueto ese mismo día no les pasaría nada.

Aquello fue en invierno. Pocos meses después las condiciones de vida empeoraron a ojos vista. En verano me ordenaron que acompañara allí a una persona. Se infiltró con la ayuda de alguien de confianza, entrando por el túnel de la calle Muranowska, para ver con sus propios ojos en qué condiciones vivían los judíos. Fui una de las pocas que le acompañaron, de incógnito. Llevábamos un pañuelo blanco para identificarnos. El hombre caminaba por las calles como si siguiera la ruta de un guía turístico. Después de un rato, un colaborador se encargó de acompañarlo.

Se trataba de escoltarlo para que no le reconocieran y no ocurriera lo inevitable. No me enteré de quién era⁴⁶ hasta después de la guerra: Jan Karski, el correo del comandante del ejército nacional.⁴⁷

Distintas organizaciones clandestinas que actuaban en el lado «ario» prestaron ayuda a los judíos indefensos del gueto de Varsovia, pero no bastaba. Grupos de personas de una misma profesión daban refugio a sus colegas. Los artistas polacos pusieron a salvo a sus compañeros judíos, los abogados polacos a los abogados judíos, los médicos polacos a los médicos judíos.

La noche del 22 de julio de 1942, una unidad ucraniana de las tropas de combate de las SS se encargó de trasladar a muchos a Treblinka. Desde entonces hasta el 21 de septiembre, más de 6.000 niños, mujeres y ancianos fueron deportados desde el lugar de trasbordo. Más de 300.000 judíos fueron asesinados.

Después de la guerra, en el exilio, el escritor y publicista Stefan Korboński recordó la desconfianza y falta de comprensión a la que se enfrentó al informar al mundo de lo que estaba sucediendo. Había arriesgado su vida por ello.

«Empecé enviando varios telegramas a Londres, uno tras otro. Informaba de los asesinatos que habían dado comienzo el 22 de julio de 1942. Todos los días, en la calle Stawkis, siete mil personas eran transportadas en vagones, rumbo al este, a Majdanek, con destino a las cámaras de gas. Me sorprendió que la BBC no se sirviera de mis telegramas ni mencionara lo que les había contado. Hasta entonces habían reaccionado. Les envié uno más para que me aclararan el porqué de su silencio, y quedó sin respuesta. No me di por vencido: corrí a la oficina de telégrafos y le pedí al empleado que insistiera. El juego duró varios días hasta que el gobierno, debido a los avisos continuos en la oficina londinense, reaccionó. Me debían una disculpa. Decía así: «No todos sus telegramas merecen ser publicados».

Me devané los sesos pensando en el sentido de aquel mensaje. Asesinaban y deportaban a 7.000 hombres al día, y Londres opinaba que no valía la pena publicar la noticia. Pasó un mes hasta que la BBC difundió un comunicado que se basaba en nuestra información y, varios meses después, un correo nacional que había caído sobre Polonia en paracaídas, me explicó: «Nadie creía lo que contaba en sus telegramas. El gobierno no los creía, y mucho menos los ingleses. Pensaban que exageraba con la propaganda anti alemana. Cuando los ingleses confirmaron la información por otras fuentes, se quedaron perplejos».⁴⁹ En el archivo de Ringelblum se conservan informes de entonces. Hablan por sí solos.

Natan, que trabajaba en una «tienda» del taller de carpintería del este de Alemania, apuntaba: «la noche del 5 al 6 de septiembre de 1942 nos llegó una mala noticia. Todas las «tiendas», todos los «puestos exteriores» de los que trabajaban con los alemanes en el «lado ario» desaparecerían. El domingo 6 de septiembre a las 10 de la mañana, todos debían abandonar sus viviendas y agruparse entre las calles Miia, Lubecki y Stawki. Allí tendrá lugar una nueva selección de los trabajadores. Sólo los que consiguieran aprobarla podrían regresar a sus casas. Yo vivía en la calle Mita 6. La mañana del 6 de septiembre me asomé a ventana y lo vi todo. La imagen era indescriptible. Unos diez mil rostros extenuados, desesperados, sucios. Mujeres con niños en brazos, chiquillos llorando, separados a la fuerza de sus madres. Multitudes, multitudes vagando de un lado a otro. Llevaban a cabo la selección, parte de ellos regresaban, pero la mayoría eran conducidos a la plaza de los trasbordos.⁵¹

8. Y lo vi con mis propios ojos...

La crueldad alemana no conocía límites. Durante los terribles días del cálido verano de 1942 «se encargaron de los grupos de niños deportados de guarderías y hospicios». ⁵² Teresa Prekerowa cita el folleto publicado por el ejército alemán en 1942 Liquidación del gueto de Varsovia, en el que Antoni Szymanowski escribía acerca de los acontecimientos del 19 de agosto: «Ayer se dio la orden de que los niños acudieran a la plaza de trasbordo, incluidos los que carecían de certificado de trabajo. La saña con la que son perseguidos los pequeños es sorprendente. Esta noche vi en la esquina entre la calle Gesia y Okopowa un grupo de entre 100 y 250 chiquillos, pegados unos otros. Frente a ellos había unos cuantos alemanes apuntándoles con las armas. Los niños estaban locos de miedo, lloraban, se agachaban, se mordían las uñas. A un lado, un grupo de mujeres que debían ser sus madres. Una de ellas se salió de la fila, corrió hacia un alemán para decirle algo, gesticulando, y señaló a uno de los pequeños. El alemán le gritó, fuera de sí, y le ordenó que regresara con las demás. La amenazó con su fusil. Cuando le dio la espalda y echó a correr, le disparó y la apartó de allí». ⁵³

Irena Sendler recuerda cómo Janusz Korczak se entregó a la muerte con los niños de su hospicio. Aunque estaba ya muy enfermo, mantenía la cabeza alta, sin dar muestras de temor, aparentemente tranquilo: «Subió al tren por la parte de delante. Llevaba al más pequeño en brazos, y a otro de la mano. Los habrá que le cuenten otra versión de la historia, pero nadie se equivoca. Tenga en cuenta que el camino del hospicio a la plaza de trasbordos era largo, se tardaban cuatro horas en recorrerlo. Los vi cuando iban de la calle Zelazna a la Lesznos.

Los niños iban vestidos de domingo. Llevaban un uniforme de dril azul. Iban de cuatro en cuatro, a paso ligero, sin detenerse, con dignidad, hacia la plaza de trasbordos: La plaza de la muerte.

¿Y qué decía el mundo entonces? ¡El mundo guardaba silencio!

¿Cómo podía ser que los chiquillos, los jóvenes, el futuro de Polonia, se encaminaran en masa hacia la muerte en un cálido día de agosto de 1942? Ya habían muerto otros niños, de otros internados y hospicios. Todos se llevaban el recuerdo de la obra de teatro que habían visto poco antes de salir: La oficina de correos de Rabindranath Tagore. ⁵⁴

Para comprender mejor por qué se escenificaba el fragmento del cuento, resumiré el contenido: El pequeño Amal está enfermo. Tiene que quedarse en la camita. Su único entretenimiento consiste en ver la vida desde la ventana. Por allí pasan un cartero, una florista, alguien que lleva agua, un lechero. Hay niños jugando fuera. Las flores desprenden un aroma maravilloso. Se escucha una canción. El pequeño enfermo se siente feliz viendo todo aquello. Le gustaría ser libre, huir al campo, disfrutar del sol, besar las flores. Pero el médico, un hombre estricto y desconsiderado, ha mandado clavetear la ventana para que no pueda ver el sol, ni si es otoño. ¡Y el pequeño ve desde la ventana cómo una enorme montaña extiende sus manos al cielo!

Amal quiere acercarse. Quiere salir de la agobiante habitación para seguir un camino desconocido. Se tranquiliza cuando le aseguran que llegará un día en el que será el médico quien le saque de allí, pero llega alguien más listo y lo libera.

La marcha trágica va deteniéndose a cada poco, los niños necesitan descansar. Y me imagino a Janusz Korczak contándoles que acaba de llegar una carta del rey que, igual que en el cuento, les invita a un largo paseo por un camino muy grande, donde crecen las flores, corre un río y la gran montaña alza sus manos al cielo...

Los niños no sabrían nada hasta el momento en que las manos asesinas de los criminales alemanes cerraran las puertas de los vagones con destino a Treblinka. Allí morirían.

Los niños no conocerían la verdad hasta el último momento. Los más pequeños

aprietan muñecos en sus manitas, muñecos de plastilina que les ha hecho el profesor Wladisiaw Witwickiy que les dan sus ayudantes.

Y los chiquillos ni siquiera se imaginan que estén a punto de morir.

Fue un verano infernal. Las redadas callejeras se sucedían sin parar; el hambre y el tifus mataban con todo, y a ello se añadían los fusilamientos a inocentes.

Korczak echaba mano de su fantasía para distraer a los niños de aquellas atrocidades. Tenía un gran corazón. Su inteligencia le decía que lo peor del infierno del gueto estaba por llegar. Y no se equivocaba.

El fin se acercaba a los muros del gueto. Por esa razón, Korczak había elegido una obra de teatro con final feliz. Ahora mismo acaba de llegar una carta del rey, les contaba a los niños, que nos invita a un país hermoso en el que seremos libres.

Asistí a la representación. Y no sé cómo no se me rompió el corazón cuando vi en la calle al grupo de pequeños que, obedientes, caminaban hacia la muerte mientras escuchaban atentos las palabras de ánimo del viejo doctor.

Nada de lo que viví en la guerra me dejó tan impresionada como aquello. Ni las torturas de Pawiak, ni la Gestapo en Aleja Schucha, ni los jóvenes moribundos del hospital en el que era enfermera tras el levantamiento del gueto.

Aún es hoy el día en el que no comprendo cómo los que presenciaban lo que sucedía no actuaron. Todos estaban consternados, ipero guardaban silencio! Sé que nadie podía ayudar.⁵⁵ Estábamos indefensos, atemorizados, aterrorizados. Agotados después de tres años luchando por nuestra vida día tras día. La clandestinidad tenía fuerza en el gueto, pero no podía hacer nada frente al poder de los alemanes. Y no había armas.

La verdad es esta: los judíos que morían en el gueto estaban solos. Ni Inglaterra ni Estados Unidos creyeron las palabras de quienes habían visto los crímenes de los alemanes en la Polonia ocupada.

Y yo lo vi con mis propios ojos...

9. Por qué se creó Zegota

Tras la estrategia que habían puesto en práctica los alemanes, sólo quedaron en el gueto los trabajadores que estaban empleados en empresas que producían para los alemanes, además de sus familias y algunas personas que vivían ocultas y carecían de permiso de trabajo. Las cifras oficiales hablaban de unos 40.000, pero los historiadores estiman que había unas 30.000 más en la ilegalidad. La estrategia resultó un shock para la sociedad polaca, aterrorizada, y para los activistas clandestinos, indefensos ante la tragedia.

Poco después, en octubre de 1942, los alemanes endurecieron los controles. Llevaron a cabo un examen estricto de la oficina de Bienestar Social. Comprobaron in situ si se daba ayuda tal y como se decía. Si se hubiera mentido acerca de los destinatarios, las consecuencias para los colaboradores y para los miles de refugiados habrían sido terribles. La necesidad era cada vez mayor, y los medios cada vez más escasos.

«Una de mis colegas, Stefa Wichiliriska—recuerda Irena Sendler—, estaba al corriente de mi difícil situación. Sabía que ayudaba a los judíos en secreto. Me habló del trabajo de una de las recién creadas organizaciones, denominada Zegota. Había nacido por iniciativa de la escritora Zofia Kossak-Szczuzcka⁵⁷ y otras personas más. Estábamos en diciembre de 1942. Me dio la dirección, en el centro de la ciudad. Debía ir allí y preguntar por Trojan. Cuando llegué, me abrió la puerta Marek Arczyński⁵⁸ (más adelante supe quién era) y me condujo a una pequeña habitación al final del pasillo. Era una casa muy grande, de cinco habitaciones. Allí conocí a Trojan, o Julián Grobelny⁵⁹, el presidente de Zegota. Le hablé con todo detalle de la ayuda clandestina que proporcionábamos a los judíos y de las dificultades que suponían las medidas restrictivas que nos habían impuesto los alemanes. Trojan me escuchó con atención y me hizo algunas preguntas. A continuación añadió: «Vamos a colaborar. Usted dispone de un grupo de colegas de confianza y nosotros de dinero». Me nombró directora de la sección de ayuda infantil y me puse manos a la obra».

La conocida escritora polaca Zofia Kossak-Szczuka, que antes de la guerra se había declarado enemiga de los judíos, escribe en agosto de 1942: «El mundo está presenciando el peor crimen de la Historia y calla. La matanza de miles de inocentes se produce en medio del silencio más estremecedor. Los verdugos no dicen nada, no se jactan de sus actos. Ni los ingleses ni los americanos toman la palabra. Incluso la influyente población judía internacional, que tanto se preocupaba por el sufrimiento de los suyos, ha enmudecido».⁶⁰

Eran palabras dolorosas, y para muchos llegaban demasiado tarde. Ya no se podía ayudar a los que habían muerto. Pero la conciencia de que la vida de los que quedaban estaba amenazada significaba un empuje para seguir actuando lo más rápido posible. Los medios eran limitados, pero las palabras agitaban las conciencias de muchos de los que seguían en la clandestinidad. Reconocieron que era necesario fundar una organización imparcial. Daban vida a una institución conspirativa que se asentaba sobre la ayuda financiera de las autoridades polacas, que actuaban en secreto, y cuyo presidente directo era la representación del gobierno, la Delegatura de la república en el exilio. Las transferencias bancarias de las organizaciones judías estadounidenses iban destinadas a ella.

Zofia Kossiak afirmaba con decisión: «Todo el que calla al ver el asesinato se convertía en cómplice. Quien no lo censura está dándole su apoyo».

El 27 de septiembre de 1942 se funda, encabezado por Zofia Kossiak-Szczuscka y Wanda Krahelesa-Filipowiczowa, «el Comité provisional de ayuda a los judíos».⁶² El 4 de diciembre se convierte en el Consejo de ayuda, y nace bajo la dirección del inexistente Konrad Zegota. El primer telegrama a Londres de Stanislaw Mikolajczyk, el Primer Ministro en el exilio, solicitaba «una ayuda económica de medio millón de zloty al mes».

Estábamos muy necesitados. La petición se envió el 31 de octubre, y el 4 de diciembre la representación del gobierno en el país informó que había recibido sólo 70.000 zloty. ¡Y eso que había dos organizaciones! El dinero apenas alcanzó hasta el final de la guerra, pero la organización funcionaba mejor. Nos esforzábamos por recaudar fondos de otro modo. Cada miembro del consejo tenía una función determinada. Cuando Irena Sendler se puso al frente de la sección infantil, ⁶³disponía de unos 80.000 zloty al mes. Durante los primeros meses del año siguiente (1943), de 100.000. Y poco antes del levantamiento de Varsovia, de 250.000.

Lo que más me impresionó fue el cuidado con el que se llevaba la contabilidad durante las épocas difíciles. Todos los que se dedicaban al reparto de sumas de dinero fijas (normalmente 500 y, en casos excepcionales, 1000 zloty al mes), se hacían cargo de recibos de sus protegidos o de los asistentes sociales, y las apuntaban con esfuerzo en cuadernos. Los dirigía, entre otros, Maurycy Herling-Grudziński, ⁶⁴un colaborador del Consejo de ayuda a los judíos, que había sido abogado antes de la guerra.

«El presidente de Zegota, Julián Grobelny, me entregaba directamente el dinero destinado a los niños, y después hacíamos cuentas. Grandes sumas de dinero pasaban por mis manos, y para mí era un alivio poder justificar que la ayuda iba a parar a donde debía».⁶⁵

Ahora, más de sesenta años después, me resulta difícil calcular cuántas personas participaban desinteresadamente en la sección infantil del Consejo. Teresa Prekerowa escribe los siguientes: «Irena Sendler dirigía. La sección le debe todo a su capacidad de trabajo y sacrificio. De las más de diez personas con las que trabajaba, sólo dos, como máximo cuatro, se dedicaban por completo a los niños. Los demás, que colaboraban estrechamente con ella, repartían los fondos y se hacían cargo de los niños rescatados, desconocían la existencia del Consejo de ayuda a los judíos».

«Eran las reglas de la conspiración —subraya Irena Sendler—. El mayor deber consistía en no hablar de lo que hacía cada uno, lo que tenía consecuencias negativas. Por ejemplo, tras ser detenida por la Gestapo, mis colegas tardaron mucho en descubrir al hombre que podía acudir en mi ayuda. Mirando atrás, años más tarde, llego a la conclusión de que Zegota tenía una importancia capital tanto para los judíos como para los polacos. Daba la posibilidad de sobrevivir a los que quedaban. Tener contacto con las personas que les entregaban el dinero les infundía seguridad frente a la amenaza mortal; había alguien que pensaba en ellos y quería ayudarles. Zegota daba poco, pero con continuidad. No bastaba para su situación, y no se correspondía con los precios, que no cesaban de aumentar. Recuerdo una época en la que un kilo de tocino costaba 1400 zloty. Solía escucharles decir que nuestro apoyo les daba esperanzas. Algunos no lo han olvidado y lo escriben en sus memorias o en cartas que me mandan. La labor de Zegota fue muy importante para la sociedad polaca. Publicaba llamamientos a los representantes del gobierno. Les pedía sin cesar que lucharan contra los Szmalcownik, los «chantajistas», una especie de mafia que se aprovechaba de la situación desesperada de los judíos. Zegota organizó también la impresión y distribución de octavillas en las que instaba a la sociedad polaca, aterrorizada y amedrentada por el poder de ocupación, a que ayudara a los judíos. Para salvar a un solo judío, fuera niño o adulto, hacían falta como mínimo diez polacos.

Si de verdad existen
los campos Elíseos,
imagino, Señor,
que allí reina tu bondad.

Veo a Rachela y a Jójne,
esperando con tranquilas
a que las llamen sus padres.

Eran demasiado niñas
cuando les hicieron alas
y volaron hacia el sol
empujadas por fusiles.

Hoy nadie recuerda
dónde estaba su casa,
ni en qué mesa
se colocaba el candelabro de siete brazos.

Y si castigaras a alguno de nosotros
en la Tierra,
ten compasión
de los hijos de Judá.

Qué culpa tiene
un rostro infantil
de que Cristo
muriera en la cruz en el Gólgota.

Pequeñas sombras
juguetes abandonados
montañas de ropita y zapatitos
son todo lo que queda de ellos.

Tan poco.

¡Muy poco!

Para Irena Sendler
Con toda mi admiración y gratitud
Agata Baranska, 6 de junio de 2001

10. La salvación de los niños

Desde los primeros días de la ocupación alemana, Irena Sendler compaginó dos empleos: el oficial, en el ayuntamiento de Varsovia, y el clandestino. Los dos tenían un único objetivo: salvar a los judíos del exterminio alemán. La sección que dirigía estaba especializada en dar refugio a los que habían conseguido escapar, y en facilitar la huida a otros y construirles una vida en el lado «ario». Dependiendo de su edad, sexo y aspecto físico, se les alojaba en familias polacas, en conventos, en hospicios, en el extranjero. Los jóvenes se unían a los partisanos, lo que tampoco resultaba fácil. Cada caso era un mundo. Antes de sacar a los niños del gueto había que recopilar información sobre su contexto familiar, y para ello contábamos con colaboradores del Consejo judío o de CENTOS (Ewa Rechtman)

«Las terribles condiciones de vida del barrio judío diezmaban literalmente a sus habitantes. Había muchos hogares en los que ya no vivían adultos y sólo quedaban niños huérfanos e indefensos. Una manera de salvarlos era, como es natural, sacarlos del gueto, pero no podíamos hacerlo de una sola vez. Primero había que cuidarles y darle

de comer. Las calles del gueto estaban llenas de pequeños mendigos. Los veíamos paseando por allí, y muchas veces, a las pocas horas, no quedaba de ellos más que cadáveres cubiertos de periódicos.

Los huérfanos se multiplicaban. Gracias a ellos sabemos más sobre la hambruna del gueto. Cuentan que, en septiembre de 1941, tenían derecho a dos kilos y medio de pan al mes con la cartilla de racionamiento. En octubre de ese mismo año la cantidad se redujo a dos kilos. Los adultos compartían su comida con los niños. De pronto, a mediados de julio, los precios se dispararon. Pasaron de pagar 10 zloty por un kilo de pan a pagar 20, 45, 80 y hasta 100 zloty. Un kilo patatas subió de 5 a 300 zloty. Muchos judíos se marchaban voluntariamente cuando escuchaban que les darían 3 kilos de pan y 10 kilos de mermelada por persona»⁶⁷.

Mis colegas y yo entramos en contacto con familias conocidas con hijos. Les decíamos que podíamos salvarlos si los pasábamos al otro lado del muro. A la pregunta de si lo conseguiríamos respondíamos con sinceridad: no les damos garantías. Les decía abiertamente que ni siquiera sabía si podríamos salir del gueto con el niño ese mismo día. Se desencadenaban escenas dignas del Infierno de Dante. A veces el padre estaba de acuerdo en encomendarme a su hijo, pero la madre no. Y la abuela lo abrazaba, rompía a llorar y sollozaba: «¡No me separaría de mi nieta por nada del mundo!». A veces me despedía de las desgraciadas familias sin llevarme al niño, y regresaba al día siguiente para ver si seguían allí. En ocasiones ya habían sido enviados a la plaza de traspuestos.

Una de las mujeres que se negó a entregar a su hijo fue la esposa de Artur Zygielbojm⁶⁸. «Los dos correremos el mismo destino», le dijo a la mediadora que se había ofrecido en ponerlos a salvo. Murieron en mayo de 1943, durante el levantamiento del gueto.

«Las madres que nos confiaban a sus pequeños lloraban desconsoladas. Les resultaba durísimo soltarles la mano..., ¿Quién sabe si volverían a verlos?»

Katarzyna Meloch, una de las niñas del Holocausto, dice: «madres como la de Grynberg y GJowiriski fueron las auténticas heroínas de la guerra. Entregaban a sus bebés a extraños para que sobrevivieran».

En ocasiones, las madres judías pasaban meses preparando a sus hijos para la vida en el lado «ario». Les daban otra identidad. Les decían: «no te llamas Icek, sino Jacek. Rachela no, Roma. Y no soy tu madre: yo era tu sirvienta. Ahora vete con esta señora. Puede que tu mamá te esté esperando al otro lado».

Cuando uno de los salvados le preguntó a la hermana Jolanta cómo había podido su

madre dejarlo en manos de unos desconocidos, ella respondió: «Su madre confió en nosotros porque le quería».

Había distintas posibilidades para evitar que los pequeños murieran, pero conseguirlo dependía de la ayuda de la policía polaca.

Teníamos que saber cuanto antes quiénes serían los siguientes en la plaza de trasbordos. Contábamos con la ayuda de los policías que llevaban a los jóvenes a trabajar en la parte «aria» de la ciudad. Resultaba difícil sacar a los mayores del gueto. Cuando encontrábamos a un grupo de muchachos y policías dispuestos a huir de las atrocidades del gueto, les dábamos cobijo en casas de familias polacas que conocíamos. Días más tarde hablaban con los encargados de las organizaciones clandestinas y los llevaban al bosque, con los partisanos.

Los niños pequeños solían escapar por el edificio del Palacio de Justicia, en la calle Leszno. Tenía dos entradas: una en la parte del gueto y la otra en la parte «aria», en la calle Ogrodowa. Estaban abiertas, y con ayuda del valiente conserje los pasábamos al otro lado. A veces los escondíamos en coches de bomberos, ambulancias o tranvías. En el último caso, contábamos con la ayuda del conductor León Szesko. Le llevábamos al niño cuando estaba de servicio y se ponía en marcha enseguida. Los chicos más mayores salían con las colonias de trabajo.

Así se salvó el pequeño Stefanek, que hoy es hombre mayor. Desconozco su edad exacta. Sólo conserva su acta de nacimiento. Sobrevivió a la guerra y hoy vive en el oeste de Polonia, en la frontera. Me contó cómo se había escondido en el abrigo de un adulto y había metido los piecitos en sus botas. Salió del gueto agarrado a su cinturón. En la puerta lo recogieron las personas a las que había sido confiado. Algunos eran transportados en sacos, cartones y cestas. Sedábamos a los bebés con medicamentos y los escondíamos en cajas muy pequeñas con agujeros para que respiraran. Se les trasladaba al lado «ario» en ambulancias que traían productos desinfectantes. El conductor Antoni Dabrowski se prestó a colaborar con nosotros. Así se salvó Elzbieta Ficowska, que cuenta con tranquilidad que tiene tres madres en este mundo: una judía, a la que nunca conoció y de la que ni siquiera tiene una foto, una polaca, Stanisława Bussoldowa, con la que creció, e Irena Sendler, a la que debe la vida.

Algunos niños huían por los sótanos de las casas pegadas a la zona «aria». Otros por las alcantarillas, como Piotrus Zysman, que tenía entonces 14 años y ahora debe de rondar los sesenta. Se llama Piotr Zetinger y es ingeniero en Suecia.

Una mediadora llevaba a los niños al bosque en plena noche. Allí le esperaba Irena Sendler. Los bañaba y les lavaba la ropa, pero una vez se quedó sin detergente. Sin pensarlo dos veces, fue a pedirselo a la vecina, que se lo dio, pero al día siguiente no pudo evitar decirle: «¡Se ha vuelto usted loca! ¡Mire que lavar en mitad de la noche...!»

A los judíos que habíamos salvado debíamos conseguirles los documentos siguientes: un acta de nacimiento para los niños y un documento de identidad para los adultos. Sin estos documentos ni siquiera tenían derecho a una cartilla de racionamiento. «Era la condición más importante que había que cumplir para salvar a alguien. Si los alemanes llevaban a cabo un control, como mínimo los papeles tenían que estar en orden».

«Manteníamos contacto con el marido de una de las mediadoras. Trabajaba en la oficina de empadronamiento, y nos proporcionaba documentos de identificación auténticos con la huella dactilar correspondiente. Una vez hecho esto, los que habíamos salvado tenían que presentarse en secreto ante Stanisława Bussoldowa, que siempre estaba dispuesta a ayudar. Era la directora de la casa de Kaluszyńska 5, en el distrito de Praga.

Resultaba difícil alojar a los adultos. Muchas veces no entendían por qué tenían que guardar silencio en las casas de los que los escondían jugándose la vida. No podían ni querían comprender que sólo mirar por la ventana o salir al balcón representaba un

peligro para todos.

Los bien parecidos, en especial mujeres, no sufrían tanto. «Como tenían buen aspecto, no despertaban sospechas aunque hubiera que esconderlos. Se mezclaban con la multitud sin llamar la atención. Para ellos resultaba más sencillo hacerse pasar por otra persona»⁷¹.

Una de las reglas más importantes al ocultar a judíos era cambiar a menudo de domicilio. Se hacía para no despertar la desconfianza de los vecinos, que vigilaban si una familia llevaba una temporada comprando más comida, más pan.

11. Los escondites de los niños

El primer domicilio era el más importante. Había que enseñar a los niños a adaptarse a las nuevas condiciones de vida, que no solían ser demasiado seguras. Los acogían de forma temporal familias de confianza en lo que llamábamos «puestos de emergencia». Les enseñaban oraciones, canciones y poemas en idioma polaco. Y les daban cariño. Los bañaban, vestían, alimentaban. Se esforzaban por tranquilizarlos y aliviar el dolor de haberlos separado de sus familias.

La profesora Janina Grabowska era una de las encargadas de cuidarles. Vivía en el barrio de Wola, en la calle Ludwika; otros muchos ofrecieron sus casas y arriesgaron sus vidas por los niños.

La estancia en los «puestos de emergencia» no tenía una duración determinada. Dependía de cuánto tardaran los niños en acostumbrarse al nuevo entorno. Si se habían adaptado, los llevábamos a hospicios de religiosos, a conventos de todo el país o los confiábamos a familias polacas.

Y ¿qué destino corrían los niños de los asilos? «No se puede generalizar», cuenta Irena Sendler. «No dependía sólo de su actitud hacia la tragedia y de cómo la afrontaban. Los de más edad, más conscientes de su situación, tenían un miedo atroz a ser reconocidos. Habían vivido experiencias terribles en el gueto. Sabían que asesinaban a los judíos. El nuevo entorno, y fingir constantemente que eran otra persona, les dejaba sin fuerzas. Algunos niños conseguían adaptarse tras muchos esfuerzos. Esperaban a su abuela, a su madre o a alguien en quien confiar.

Sus cuidadores y profesores desempeñaban un papel crucial. Los chiquillos no se comportaban del mismo modo si se les trataba con cariño o con brusquedad e indiferencia. Los más pequeños eran los que mejor se adaptaban a su nuevo hogar. Jugaban y hacían travesuras como los niños normales.

Los que se quedaban con familias de acogida eran un caso aparte. Su adaptación dependía de si la nueva familia tenía hijos o no. Además, en ocasiones, los niños tenían que esconderse de vecinos curiosos o conocidos. La vida en el lado «ario» era un riesgo constante. Si la amenaza de una denuncia, una visita del Szmalcownik o la Gestapo pesaba sobre el escondite, había que buscar de inmediato otro lugar para el pequeño refugiado. El traslado forzoso se sumaba a la lista de tragedias del chico.

«Una vez llevaba a un niño con otros cuidadores. Me preguntó sollozando, con lágrimas en los ojos: dígame, por favor, cuántas mamás se pueden tener. Ya voy por la tercera». Insiste en que no conoce ningún caso en que los alemanes descubrieran a un pequeño en un convento. «Los judíos recriminaban injustamente a las religiosas que bautizaran a los niños para que rezaran y recibieran la comunión. La guerra duró mucho tiempo, la amenaza de visitas de polacos y alemanes con distintos pretextos no cesaba. Los judíos no podían diferenciarse de los polacos. ¡Era cuestión de seguridad! No había que olvidar que en los internados estatales y religiosos solían alojarse niños polacos, muchos huérfanos de padre o de madre, a los que visitaban familiares. Los «nuevos» despertaban atención. A veces las familias polacas se enfrentaban a voz en grito a la dirección del internado, diciendo que si los niños judíos no se iban, la institución «quedaría reducida a cenizas». Amenazaban con represalias. En consecuencia, los niños polacos debían marcharse y alojarse en otro lugar. También podía suceder que siguieran en peligro aún después de haber huido del gueto y tuvieran que cambiar de domicilio varias veces, algo que les complicaba bastante la vida. Lo más difícil era llevar de un lado a otro a los que tenían rasgos judíos. En esos casos les vendábamos parte del rostro. En ocasiones los ocultábamos en armarios, cajas de carbón, falsos techos, escondites en despensas o debajo del pavimento. Había que esperar a que se hiciera de noche para mandarlos salir y llevarlos a otro lugar. Se volvían muy sensibles a la luz, después de tanto tiempo a oscuras, lo que

representaba un grave problema. Si salían mal parados había que acudir al oculista, y a menudo tenían que ir al hospital.

La periodista Katarzyna Meloch, que había huido del gueto a los diez años y se había escondido en un orfanato de monjas en Turkowice, cuenta: «Una vez cometí un error imperdonable que pudo haber tenido graves consecuencias. Poseía un acta de nacimiento auténtica, que había pertenecido a una amiga polaca de mi edad. Me sabía las oraciones más importantes, pero casi me delato cuando pregunté si íbamos a misa de tarde. ¡En aquella época las misas se oficiaban sólo por las mañanas!».

«En Otwock había dos casas —cuenta Irena Sendler—, y en Sródborów una. Llevábamos allí a judíos adultos que habían huido de sus escondites de Varsovia. Impartíamos clases hasta los catorce años (los mayores se unían a los partisanos) Uno de mis colegas del PPS, de antes de la guerra, les daba clases. Me puse de acuerdo con el director de la escuela WJadyslaw-Reymont de Otwock, León Scheiblet, para que inscribiera a los chicos en las listas y, si sobrevivían a la guerra, que pudieran retomar las clases sin quedarse atrasados. La madre de Michal Glowięski se alojaba con una de las profesoras, una mujer muy comprometida con la causa. Una vez invitó a un grupo en el que se encontraba su propio hijo. Pasaron horas en la misma casa fingiendo que no eran parientes. Nadie se dio cuenta de lo que estaba sucediendo entre la «criada» que servía la comida y el chico»⁷³.

Algunas personas que acompañaron a los niños a un lugar seguro vivieron aventuras aún más dramáticas. «Un día, Jaga Piotrowska acompañaba a un pequeño en el tranvía que acababa de separarse de su madre. No paraba de llorar y gritó su nombre en yiddish. La mediadora se quedó de piedra: las miradas de los pasajeros se clavaron en ella. El conductor se dio cuenta de la gravedad de la situación. Se detuvo. Informó a todos de que había una avería y tenía que volver a cocheras. Después de que se bajaran todos, se acercó a Jaga y le preguntó: «¿Adónde quiere que la lleve?»

Jaga vivió una aventura más. Estaba en el tren con una muchacha y tenía que llevarla con las monjas de Chotomów. Concentrada en una conversación con los pasajeros se saltó la parada en la que tenía que bajar. La siguiente estaba en territorio alemán... Debían regresar enseguida a Varsovia. El siguiente tren que pasaba iba lleno a reborar, en los vagones de polacos no había ni un alfiler. No tenían ninguna posibilidad de subir. Cuando un alemán se dio cuenta de su situación, se acercó a ella y le sugirió que se sentara en su compartimento.

12. El levantamiento del gueto

La liberación de los habitantes del gueto siguió el ritmo acostumbrado a partir de enero de 1943. Hubo varias sorpresas dramáticas unidas a la vida de la capital ocupada. Casi todos los días escapaba alguien de las «colonias de trabajo». Del 18 al 22 de junio de 1943, «por primera vez los judíos se defendieron con armas durante lo que se conoció como «la acción de enero»⁷⁴ con la que los alemanes intentaron llevar a cabo el siguiente traslado de población. Los soldados judíos y la población civil reaccionaron a las amenazas oponiendo resistencia, y después de la guerra aquellos días se denominaron el «levantamiento del gueto», escribe la periodista Anka Grupińska⁷⁵.

Al amanecer, a eso de las seis, las tropas alemanas entraron en el gueto por la puerta de la calle Nalewki. Había unos dos mil soldados. Las células clandestinas polacas conocían desde el 6 de abril los planes de destrucción. No fue ninguna sorpresa⁷⁶.

Las crónicas cuentan que la primavera había sido cálida. Aquel año la Pascua había tenido lugar un poco más tarde que la Pésaj judía⁷⁷. Natan Gross, que entonces se ocultaba con su hermano menor, Jerzy, en Nowe Miasto, recuerda aquella época: «El sábado de Pascua (24 de abril) fuimos a la iglesia a que bendijeran los huevos. Me dio la impresión de que todo el mundo nos observaba. Mandé a Jerzy a que averiguara qué pasaba y me puse en la cola con una cestita en la mano. El corazón me latía a toda velocidad. (...) Esperé en la fila absorto en mis pensamientos y escuché retazos de conversaciones que me hicieron sentir algo incómodo. Jerzy regresó y me aseguró que todo iba bien. Y así era. El sacerdote bendijo los huevos y volvimos a casa.

En aquella época se rumoreaba que en el gueto estaba sucediendo algo. Nadie sabía exactamente qué. Se escuchaban tiros, grandes explosiones. Puede que se tratara de una «acción», de un nuevo traslado. Sabíamos muy bien lo que significaba.

Al día siguiente nos llegaron noticias de lo que estaba sucediendo al otro lado: ¡los judíos luchaban! ¡Se defendían! Era el tema de conversación del día. Los rumores se confirmaron de inmediato. En Plac Krasiński, no lejos de nuestra calle, los alemanes colocaron un cañón ligero que comenzó a disparar y prendió fuego al otro lado del muro. El gueto ardía en llamas.

Algunos se lamentaban, al fin y al cabo, ¡se estaba quemando Varsovia! Otros no ocultaban su admiración por los combatientes: «Miren a los judíos. ¡Quién habría imaginado que tomarían las armas!» El levantamiento del gueto tuvo gran eco en la prensa clandestina de Polonia. Todos estaban al tanto y hablaban del asunto. Para los judíos que vivían en Varsovia con documentos «arios» aquellos días sangrientos y gloriosos fueron días de terror y desesperación»⁷⁸.

Marian Wyzykowski, actriz del teatro polaco de Varsovia, trabajaba de camarera en el café U Aktorek (Con los actores) en la época de la ocupación alemana. Dice en su diario:

20/IV/1943

Apenas vienen clientes al café. La inseguridad invade las calles. Hace dos días se ha desencadenado una lucha encarnizada en el gueto. Debe de haber miles de víctimas. La época en que vivimos es espeluznante. Cerca de aquí, a unas pocas paradas del tranvía, la gente es asesinada. Mientras tanto, nuestros habituales comen, beben, escuchan música. Una mujer canta... Fui un segundo al jardín y me recorrió un escalofrío. Se escuchaban cañonazos y metrallas sin parar (...) una ilusión apocalíptica se apodera del mundo.

21/IV/1943

El café está a rebosar. De casualidad, como hace buen tiempo, hoy sirvo en el jardín. Se escuchan cañonazos en el gueto, sin parar. Por lo que parece se está librando una batalla en toda regla. Una nube de humo y fuego lo cubre todo. El gueto está ardiendo. Tengo miedo.

28/IV/1943

El gueto continúa en llamas. El viento sopla del este. Toda Varsovia se ahoga en humo y la ciudad no puede ignorar la tragedia humana. No consigo tranquilizarme. Los tiros, el humo, las noticias desde el lugar de la muerte, es todo tan apocalíptico, tan macabro, que cuesta imaginárselo.

30/IV/1943

El gueto ha quedado reducido a cenizas. No puedo quitármelo de la cabeza. Tengo miedo, y estoy más triste que nunca. ¡Siento vergüenza de tanta crueldad! Salgo un momento al jardín del café.

Nubes de humo rojo ascienden al cielo nublado. Un avión da vueltas y arroja bombas, las explosiones y sacudidas se suceden. Morirán todos. Tengo la sensación de estar escuchando a las víctimas... No, no puedo más.

Una semana más tarde, el 26 de abril de 1943, cuando el resplandor de las llamas recordó a los habitantes de otras partes de Varsovia la muerte de miles de personas, «el jefe de policía colgó un aviso en la columna de anuncios en el que advertía de que cualquiera que ayudara a los judíos moriría, y todo el que supiera de la existencia de judíos fuera del gueto y no se lo dijera a la policía podía ser enviado a un campo de castigo», apunta Ludwig Landau. Los permisos declarados no válidos del antiguo distrito podían adquirir un significado práctico, además de la advertencia de que cualquier persona encontrada allí sería fusilada por aplicación de la ley marcial⁶⁰.

El 4 de mayo de 1943, las pocas personas que ocultaban radios en sus casas a pesar de la prohibición, escucharon en la BBC un discurso del general Wladislaw Sikorski dirigido al pueblo del país ocupado. Todavía hoy resulta emocionante, más de sesenta años después, y más teniendo en cuenta que Sikorski murió dos meses después en un accidente en Gibraltar el 4 de julio. En mayo pronunció las palabras siguientes: «los alemanes arrojan niños a las llamas, asesinan mujeres. Entre los polacos y los alemanes se ha abierto un abismo infranqueable. Los alemanes queman cadáveres en masa para borrar las huellas de su terrible crimen. A mediados de abril, a las cuatro de la mañana, los alemanes comenzaron la destrucción del gueto de Varsovia. Rodearon la zona de los judíos que quedaban con un cordón policial. Los tanques entraron y arrasaron todo lo que encontraban a su paso. Desde entonces la lucha continúa. Bombas, tiros e incendios día y noche. El mayor crimen de la Historia tiene lugar aquí. Sabemos que ayudáis como podéis a los judíos torturados. Os ruego que les prestéis todo el apoyo que podáis y que pongáis fin a este horror⁶¹.

Teresa Prekerowa, autora de un estudio sobre Zegota, recopiló fragmentos de la

declaración del gobierno de Polonia que se publicaron en el periódico clandestino Rzeczpospolita Polska el 6 de mayo de 1943: «Ha pasado más de un año desde que los alemanes han comenzado a asesinar judíos después de perseguirlos durante mucho tiempo. No parece que vayan a parar. En las últimas semanas, Varsovia se ha convertido en el escenario de la sangrienta destrucción de los restos del gueto de Varsovia a manos de la policía alemana y los soldados letones. Continúan matando a los que se esconden entre los escombros o fuera de sus muros. El pueblo polaco (...) siente vergüenza de la bestialidad de los alemanes, y cuando en el gueto de Varsovia se desencadenó una lucha sin precedentes el 19 de abril, sintieron lástima y respeto por los judíos, y despreciaron a los criminales. El gobierno del país ha manifestado su rechazo frente a la crueldad de los asesinos y hoy, una vez más, los juzga sin piedad. La sociedad polaca está actuando como debe sintiendo compasión por los judíos perseguidos y prestándoles auxilio. Y debe continuar así (...) Pedimos a todos los polacos que no se rindan. No podemos olvidar ni por un momento que los alemanes, responsables del crimen, a la vez se esfuerzan en convencer al mundo de que los polacos participan en los asesinatos y robos a judíos. Significa que quien ayuda a los alemanes, directa o indirectamente, está atacando Polonia. Cualquier polaco que extorsione o delate a judíos, se aproveche de su terrible situación o tome parte en los saqueos, está atentando contra las leyes de la República de Polonia y será castigado por ello. Si consigue evitar el castigo o ganarse la protección del malvado criminal, puede estar seguro de que pronto llegará el día en que nuestro país renazca, y entonces pagará por ello»⁸².

El 13 de mayo de 1943, la noticia del suicidio de Szmul Zygielbojm causó conmoción entre los polacos exiliados y los británicos. Zygielbojm era un representante de la Confederación en el Consejo Nacional de Londres, que había sido convocado por el gobierno polaco como asesor del órgano que sustituía a Sejm, la Cámara de los Diputados polaca. Era la trágica protesta de un político ante la impotencia del pueblo judío. La pasividad del mundo libre, la falta de reacción a la llamada de auxilio, la indiferencia ante las pruebas del crimen nacionalsocialista, que eran transmitidas con gran esfuerzo con la ayuda de mensajeros, le había llevado al suicidio. En su carta de despedida escribía, entre otras cosas: «No puedo guardar silencio, y tampoco vivir mientras exterminan lo poco que queda del pueblo judío».

Tres días más tarde, el 16 de mayo de 1943, el jefe de grupo de las SS y el teniente general de la policía Jürgen Stroop comunicaba a sus superiores: «El barrio judío de Varsovia ha dejado de existir».

No era cierto. Cuesta creerlo, pero entre los escombros quedaban supervivientes que aunque no tenían agua, ni comida, ni medicinas, consiguieron resistir hasta la liberación. Después de la guerra se les conocía como «los Robinsones del gueto».

¿Y qué hacía la hermana Jolanta en aquella época terrible? «Montábamos guardia sin cesar ante los muros del gueto. Nuestro presidente, Julián Grobelny, nos ordenó que nos pusiéramos manos a la obra sin perder tiempo. Nos apostamos en distintas zonas, en tapas de las alcantarillas. Organicé varios puestos de ayuda infantil. Busqué vías de fuga, sobre todo en los sótanos de las casas vecinas. Mis colaboradores y yo teníamos mucho que hacer. Irena Schultz⁸³ trabajó más que nadie en un terreno difícil, en una época tan peligrosa como la que vivíamos. Si no podíamos ayudar a los que luchaban dentro del gueto, al menos ayudábamos a los que habían conseguido escapar de aquel infierno. Por desgracia, cualquier esfuerzo era limitado e insuficiente. Sólo durante unos días pudimos conseguir que escaparan niños y adultos, sobre todo enfermos. Más adelante ni siquiera se nos permitía entrar en el gueto con un pase. Después del incendio del gueto, la búsqueda de los judíos en el lado «ario» continuó. Incluso se intensificó. No hay que olvidar que nuestra ayuda no se limitaba a salvar niños», escribe Irena Sendler en el boletín del Instituto Judío de Historia.

«Prestamos ayuda a un grupo de jóvenes que había que alojar o instalar en alguna casa o enviar al bosque, con los partisanos. Igual que cuando salvábamos a los más pequeños, gracias a Grobelny repartimos las direcciones de los puntos de contacto a las organizaciones que combatían en el gueto, las casas a las que podían acudir los que decidieran marcharse. Para la «acción de instalación», como decíamos entonces, reclutamos a nuevos ayudantes. Entre otros, nos apoyó Joanna Waldowa, colaboradora de la oficina de Bienestar Social; su diminuta casa de Grochów estaba abierta día y noche. Además, alquilamos dos viviendas: una en Swider y otra en Otwock. Esta última la destinamos a los enfermos de pulmón; por allí pasaban los que iban al bosque. Ordenamos que en estas casas se establecieran mujeres mayores, aparentemente enfermas, y con este pretexto seguimos en activo. Las formalidades para los que permanecían en Varsovia eran las mismas que para los niños. Mientras un joven que había huido del gueto se quedaba unos días en una de las diez oficinas de asistencia a los jóvenes (había una persona de confianza en todas ellas) nuestras mediadoras se preocupaban de conseguirles ropa. Mediante el Consejo de Ayuda a los Judíos recuperaban el contacto con sus familiares, amigos, conocidos u organizaciones políticas en las que se decidiría su destino. Además, se les proporcionaban documentos «arios», incluido un carné de identidad sin el que resultaba imposible moverse por Varsovia. Muchas veces, con ayuda de los hospitales, les conseguíamos certificados oficiales de enfermedades u operaciones quirúrgicas para protegerles de cualquier tipo de chantaje. El problema fundamental era el alojamiento.

Después de registrarse en la oficina de registro, de acuerdo con las estrictas normas alemanas, y de encontrarles refugio, «organizábamos» a nuestros protegidos. Les dábamos un nombre falso con el que les registrábamos en nuestro fichero por motivos prácticos. Una vez al mes se distribuía el dinero del Consejo de Ayuda a los Judíos, y las mediadoras tenían que saber los apellidos y direcciones de los destinatarios para poder repartirlo. Nuestros protegidos eran asignados a una mediadora determinada o a una tutora, que se ocupaba de permanecer en contacto con ellos y ayudarles a resolver cualquier asunto importante.

María Krasnodeska, era la mediadora y cuidadora del conocido compositor Wladyslaw Szpilman⁸⁴, oculto en el lado ario desde 1943, le llevaba comida y dinero a la casa en la que se alojaba. Compañera de Irena Sendler en la oficina de Bienestar Social. Recuerda lo siguiente: «Los que se unían a los partisanos recibían una ayuda financiera única, bastante cuantiosa, antes de abastecerse de las medicinas y documentos y de que los mediadores previstos por Trojan los condujeran al bosque»⁸⁵. Irena Sendler recuerda con pesar el destino de los niños que vivían ocultos. Había que asegurarse de que los escondites seguían siendo seguros. «Los visitaba con frecuencia y, cuando había peligro, encontrarles otro lugar».

Jerzy Korczak tenía 16 años cuando, a mediados de 1943, conoció a Jolanta en la casa de la calle Markowska 15, en el distrito de Praga, en Varsovia. Recuerda que «Stefan Zgrzembki, su estrecho colaborador que más tarde se convertiría en su esposo, se ocultaba allí, en una casa horrible(...) No podía sentarse tranquilo, tenía que estar todo el rato haciendo algo, rebotaba energía. A Irena Sendler le costaba mucho trabajo darle una tarea que pudiera cumplirse sin tener que salir por la puerta. Le encomendó la distribución de la ayuda financiera. Clasificaba documentos, pensaba dónde podía alojar a los protegidos de Irena, que cada vez eran más (...) Las personas de su entorno que se ocupaban de mí me salvaron enseñándome a emplear el tiempo de forma útil. La clase tenía lugar en un instituto clandestino de Otwock. Disponía de alojamiento, un puesto de trabajo y ropa gratis».

Recuerda a Irena Sendler como «una mujer delgada, menuda, de pelo corto y liso, vestida siempre con sencillez y que no llamaba la atención en la Varsovia ocupada. Sólo los que estaban más próximos a ella eran capaces de distinguir algo especial en

sus rasgos, y si algo destacaba en su rostro eran sus ojos: grandes, claros, observando con detenimiento a su interlocutor. Todo dependía de su decisión correcta: el escondite de alguien que huía, los papeles adecuados, una vida bien pensada. No sólo salvaba a los niños escapados del gueto, que era la tarea encomendada por la organización clandestina: también salvaba a adultos marcados por el estigma de su origen. No se negaba a ayudar a nadie, poco importaba la dificultad. Había nacido para entregarse a los demás. Como colaboradora de Bienestar Social de Varsovia, conoció cientos de vidas y situaciones desesperadas». ⁸⁶

Irena se esforzaba en imaginar cómo sería todo después de la guerra. El futuro de los niños dependía de si sus familiares habían sobrevivido. Los organizadores de la «acción» de salvamento consideraban esencial que la comunidad judía no los perdiera. Para que las familias pudieran volver a encontrar a sus hijos, había un fichero y una guía con sus direcciones de Varsovia y de todo el país.

Irena Sendler fue una de las personas que pasó años elaborando una guía. Resultaba difícil, porque la lista con los nombres, apellidos y direcciones podía caer en manos equivocadas. Sin embargo, era indispensable. El nombre de Marysia Kowalska iba seguido de Reginka Lubliner entre paréntesis, y de la dirección en clave de la niña. Esta guía, que llevaba el rimbombante nombre de «fichero», se componía un montón de trocitos de papel de seda enrollados como un carrete.

«Por razones de seguridad yo era la única encargada de la guía pero, ¿dónde guardarla? La guerra había empezado cuatro años atrás, y los alemanes conocían distintos escondites secretos: los armarios, falsos techos y tablones del suelo ya no eran seguros. Se me ocurrió algo: en el centro de mi habitación, cuya ventana daba al jardín y al patio, había una mesa. Por la noche, antes de acostarme, dejaba el rollo encima. Si llamaban a la puerta, lo tiraba por la ventana. Practiqué mi idea varias veces para estar preparada si «me hacía una visita el invitado no deseado». Y un día sucedió.

13. La detención

El 20 de octubre fue mi santo. Durante la guerra no solía celebrarse ningún santo. A nadie se le ocurría hacer una fiesta. Aún así, una anciana tía y Janina Grabowska, una las mediadoras más valiosas, vinieron a verme a mi casa de la calle Ludwika 6/82, donde vivía con mi madre enferma. Estuvimos charlando hasta las tres de la mañana. La tía y la mediadora se quedaron a pasar la noche, porque a partir de las ocho había toque de queda. Un ruido ensordecedor despertó primero a mi madre: llamaban la puerta. Cuando me desperté y quise tirar por la ventana el rollo con los nombres, me di cuenta de que la casa estaba rodeada por la Gestapo. Le lancé el «fichero» a la mediadora y abrí la puerta: eran once soldados. Pasaron tres horas registrándolo todo. Levantaron el suelo, rompieron las almohadas. Durante todo ese tiempo no miré ni a mi colega ni a mi madre. Tenía miedo de que reaccionaran mal. Sabíamos que el «fichero» era lo más importante. Janka Gabowska, en la que siempre se podía confiar, se lo metió debajo de la axila, porque llevaba una bata amplia donde podía esconder de todo.

Cuando los hombres de la Gestapo me ordenaron que me vistiera, por increíble que parezca me sentí feliz. Sabía que la lista de los niños salvados no había caído en sus manos. Tenía tanta prisa que salí en zapatillas. Sólo quería que los criminales salieran de casa lo antes posible. Janka corrió detrás de mí con los zapatos, y los alemanes me dejaron ponérmelos. Crucé el gran patio intentando que no se me notara el miedo. Miedo por lo que me esperaba. Tenía un nudo en la garganta, pero en aquel día habían sucedido tres milagros: el primero fue que no habían encontrado el «fichero», los niños estaban a salvo! El segundo, que pocas horas antes me habían dado una gran suma de dinero para ayudar a nuestros protegidos y sus direcciones, además de carnés de identidad y actas de nacimiento, auténticas y falsas. Todo seguía debajo de la cama, que se había roto durante el registro. Por suerte, los alemanes no se fijaron en ella, ocupados en romper almohadas y revolver los cajones.

14. En Pawiak

Irena Sendler fue recluida en un «tranvía» del cuartel principal de la Gestapo en Aleja Schucha. Llamaban así a las celdas en las que los prisioneros se sentaban uno detrás de otro. Constató con horror que no era la única trabajadora social arrestada.

«Durante el proceso —anota en sus apuntes—, me di cuenta de que habían descubierto uno de nuestros «buzones» de contacto, ⁸⁷uno de nuestros puntos de reunión en una lavandería de la calle Bracka, entre Aleje Jerozolimskie y Plac Trzech Krzywzy. Habían detenido a la propietaria, que no pudo soportar la tortura y me delató. Durante el interrogatorio me preguntaron por el nombre de la organización y su director. Los alemanes sabían de la existencia de una organización secreta que salvaba judíos. No conocían los detalles: ni el nombre, ni la sede, ni a sus colaboradores. Me prometieron que me soltarían de inmediato si lo contaba todo».

Durante el arresto en la prisión de Pawiak, Irena Sendler fue torturada día y noche. No traicionó a nadie. «Guardé silencio», diría años más tarde. «Prefería morir a dar a conocer nuestro trabajo. ¿Qué importancia tenía mi vida frente a la de otros muchos hombres?»

El hombre de la Gestapo que la interrogó, en perfecto polaco, elegante y bien parecido, creía que hablaba con alguien insignificante dentro de la organización. Le interesaban los nombres y direcciones de sus superiores. Los alemanes no sabían que habían detenido a una de las personas más importantes. Le mostraron a Irena una carpeta con las denuncias: «Me quedé de una pieza. ⁸⁸Me enseñaron una carpeta con datos e información de las personas que me habían acusado. A los tres minutos se dictó sentencia: fusilamiento. El Zegota me envió un mensaje secreto diciéndome que me tranquilizara, que harían todo lo posible para salvarme. Aquello me dio ánimos, me constaba que otros procesados albergaban la misma esperanza que yo».

Saber que no estaba sola, que sus amigos de la organización no la habían abandonado, la ayudaba a soportar los momentos más difíciles. Le daba fuerzas para luchar y significó un escudo de esperanza para los días siguientes.

«Estaba en una celda de la prisión de Pawiak cuando entró un grupo de enfermeros, algunos de ellos detenidos. En aquel grupo se hallaba también una conocida, Jagwiga Jedrzejowska. ⁸⁹Al verme, volvió a entrar y me tiró una manzana. Entre los presos había médicos. La escuché decir: «¡Sendler! ¡Al dentista!». Repitió la frase dos veces. Le respondí que no me dolían las muelas. Cuando me lo ordenó por tercera vez comprendí que se trataba de un plan secreto. Una vigilante alemana me llevó a la «consulta», donde Hania Sipowicz, ⁹⁰una prisionera, ejercía de odontóloga. La «consulta» era una habitación estrecha con un hombre de la Gestapo al fondo. A lo lejos había una silla. La escuché decir: «Le haré una perforación y después se la empastaré». Comprendí que se trataba de un mensaje. Me advirtió en voz baja que había un guarda en cada celda. Me llevaron a tres calabozos distintos: el primero con seis personas, el segundo con cuatro, todas prostitutas, y el tercero con doce. Lo peor eran los abortos: cuatro agujeros en forma de embudo en el suelo de hormigón. En el medio, frente a ellos, se sentaba un hombre de la Gestapo que daba órdenes. Durante unos días fui incapaz de hacer mis necesidades.

Guardo un buen recuerdo de la celda de las cuatro prostitutas. Jadzia me regaló una cajetilla de tabaco, que compartí con mis compañeras de desgracias. No se permitía fumar, y un humo azul nublaba la habitación. Un hombre de la Gestapo irrumpió en su interior hecho una furia, pero las chicas no me delataron. Cuando les di las gracias se ofendieron: «¿Qué se cree? ¿Que las prostitutas no somos patriotas?»

La organización intentaba organizar el rescate de Irena Sendler: al fin y al cabo era la única que conocía el paradero de los niños rescatados. Ella no paraba de pensar en los chiquillos. Durante el tiempo que pasó en Pawiak presencié situaciones espantosas.

Trabajó en la lavandería. Las ventanas daban a un patio, y en el centro había uno o dos hombres de la Gestapo. «Un día vi a un niño de tres o cuatro años, un niño judío. Muchas veces detenían a las mujeres con sus hijos. Se dio la casualidad de que una de las vigilantes alemanas «buenas» había permitido que el chiquillo jugara en el patio. Se me quedó grabada esta imagen: el hombre de la Gestapo le hace una seña al chico, que tiene miedo de acercarse a él. Se gana su confianza mostrándole un caramelo, y le pone un dulce en cada mano. El pequeño regresa por donde ha venido y justo cuando se da la vuelta, el hombre de la Gestapo le dispara a quemarropa».

Tampoco es capaz de olvidar otro incidente: «En la cárcel había dos lavaderos: uno para la ropa negra de los prisioneros y otro para la blanca, la ropa interior de los alemanes. Siempre he tenido la piel sensible y me sangran las manos al lavar, así que una de mis compañeras se hizo cargo de mi trabajo. Había unas veinte mujeres. Lo peor era que los calzoncillos quedaran limpios. No había quien quitara los excrementos secos. La prisionera más veterana nos aconsejó que empleáramos el cepillo del suelo. Nos alegraba ver que los alemanes se cagaban de miedo en los pantalones. Con el tiempo, los calzoncillos se llenaron de agujeros. Un día, los vigilantes nos ordenaron salir y ponernos en fila. Una de cada dos debía dar un paso al frente. Dispararon a las mujeres delante de nuestras narices. No lo soportamos y rompimos a llorar. La doctora Anna Czuperska, «directora del grupo sanitario, pasó a saludarnos. Al vernos tristes nos dijo: «Chicas, ¿qué me contáis? ¿Una de vosotras se ha desmayado? Así es un día cualquiera en Pawiak, queridas».

Los niños que eran detenidos junto con sus madres no pasaban hambre. Las vigilantes «buenas» solían mandarlos a por patatas y zanahorias al sótano. «Acordamos con los chiquillos que nos trajeran patatas al lavadero. Las hervíamos con la ropa sucia. Una vez, uno de los guardas nos siguió la pista y yo corrí al lavabo con la olla. Me senté encima y fingí que hacía mis necesidades».

En Pawiak había dos clases de fusilamientos: «el primero tenía lugar por orden de la central de Aleja Schucha. En ese caso, sacaban a los prisioneros de sus celdas y les disparaban en la zona del gueto. En el resto, dos hombres de la Gestapo entraban en la celda a las cinco de la mañana con un perro. Nos ponían en fila y señalaban a las que debían salir. Entre nosotras se encontraba también la directora de una guardería, Basia Dietrich. Era profesora y cantaba muy bien. La noche de la sentencia cantábamos canciones patrióticas. En una ocasión, Basia se negó a cantar. Le rogamos que se uniera a nosotras, pero nos confesó que iban a ejecutarla al día siguiente. Y así fue. A la mañana siguiente se presentó la Gestapo: «Barbara Dietrich, condenada a muerte, acompáñenos»... Fue ejecutada junto con otra prisionera en Nowy Swiat. Una placa conmemorativa de la calle Foksal recuerda lo sucedido. Después de la guerra se descubrió que las dos trabajaban para el servicio soviético de noticias. En la celda de las doce personas nos comprometimos a que, las que quedaran libres, cuidarían de los niños y las familias de las demás, e intercambiamos nuestras direcciones. Después de la guerra me hice cargo de los niños y de la madre de Basia».

Llegó la época de las ejecuciones en masa en Pawiak. Todas las mañanas se abrían las celdas de la prisión, y los que salían de allí no regresaban jamás.

«Una vez encontré una estampita arrugada en un colchón. «¡Jesús! ¡En ti confío!» La escondí y la llevé siempre conmigo».⁹²

El 20 de enero de 1944, Irena Sendler escuchó decir su nombre. ¿Qué hacer? En un caso así, se repartían las pertenencias entre las prisioneras que quedaban en la celda. La sensación era indescriptible. «Nada de lo que había leído al respecto se correspondía con la realidad. Eramos muchas, tal vez treinta o cuarenta personas. Nos llevaron a la central en Aleja Schucha. Sabía que había llegado el final. Y sucedió algo increíble: leyeron los nombres en voz alta y nos ordenaron que esperáramos en la

habitación de la izquierda. A todas menos a mí, que me trasladaron al cuarto de la derecha. De pronto entró un hombre de la Gestapo que tenía órdenes de acompañarme a un interrogatorio más. Salimos de la central en dirección al edificio Sejm de la calle Wiejska. En la esquina de Aleja Wyzwolenia, Aleje Ujazdowskie y Plac na Rozdrożu, me dijo en polaco: «Estás libre. ¡Márchate!». Me quedé helada. Por ignorancia e inocencia le pedí que me devolviera mi carné de identidad; era el único documento que me permitía libertad de movimientos. Repitió: «¡Márchate!». Y yo me empeñé en recuperar mi carné. Me tiró al suelo de una bofetada y se fue. Me había hecho sangre. Me arrastré a duras penas hasta la farmacia más cercana. Por suerte no había clientes cuando entré, y la propietaria, al verme vestida de prisionera, me acompañó al cuarto trasero. No hizo preguntas, me dio un vaso de agua y unas gotas calmantes y se ofreció a ayudarme.

Le pedí dinero para volver a casa. Tomé el tranvía, y a la altura de la calle Młynarska un vendedor de periódicos entró a toda prisa en el vehículo y gritó: «¡Bajad todos! ¡Hay una redada de la Gestapo a la vuelta de la esquina!» Salí con los demás pasajeros y llegué a mi casa en un estado lamentable.

Me alegré al ver a mi madre. Al poco rato llegó una de las mediadoras, que me advirtió: «No puedes quedarte aquí más de una noche. A partir de mañana tendrás que esconderte». A los pocos días el Zegota me proporcionó documentos con una nueva identidad: Klara Dabrowska.

El rescate de Irena Sendler fue organizado por Julián Grobelny y Maria Palester.⁹³ Sus primeros intentos de liberarla fracasaron. María, que dirigía la asistencia social a recién nacidos, consiguió ponerse en contacto con un conocido, Wladislaw Pozowski, originario de Posen. Hablaba un alemán excelente y sabía cómo sacar provecho de su habilidad. Lo planearon todo hasta el más mínimo detalle. Escondieron un puñado de dólares en la mochila de la hija de María, Malgorzata, entre paquetes de comida, y los llevaron al lugar acordado. Alguien los recogió y consiguieron su objetivo: el hombre de la Gestapo al que habían sobornado «fusiló» a Irena Sendler sobre papel, pero lo pagaría con su vida. Cuando se descubrió lo sucedido, fue destinado al frente oriental junto a sus compañeros por traición al Tercer Reich.

Irena Sendler regresaba a otro mundo. Tuvo que cortar el contacto con el ayuntamiento de Varsovia. Seguía participando en actividades clandestinas, pero ahora, al igual que sus protegidos, debía esconderse. Oficialmente se decía que había sido fusilada. Los partes de noticias colgados en las calles de Varsovia hablaban de su muerte. Los *sczekaczki* («perros ladrones», en la jerga de la guerra: altavoces públicos) dieron el mensaje por las calles. Semanas más tarde salió a la luz la verdad.⁹⁴ Sus superiores le desaconsejaron que pasara la noche en su casa; la Gestapo no arrestaba a nadie durante el día, así que se quedaba con su madre hasta el toque de queda y después se iba a dormir a la casa vecina. Al poco tiempo, ni siquiera su madre enferma pudo permanecer en su hogar. Irena pidió ayuda al doctor Majkowski, director del servicio sanitario, que puso a su disposición una ambulancia para poder transportar a la anciana. «La llevaron al hospital de la calle Ploka y días después la sacaron de allí por la puerta trasera y la trasladaron al segundo hospital, el del Niño Jesús, donde repitieron el mismo truco. Se instaló en casa de unos amigos, los Wichliński. Stefania Wichliriska, compañera de trabajo, había sido arrestada en una pastelería por sus actividades clandestinas, y la Gestapo la torturó durante varios días. A punto de morir, fue trasladada en una camilla a un descampado cercano al gueto y fusilada. Su esposo, Stefan, trabajaba en el depósito de tranvías. Tenían un niño y una niña. Stefan se ofreció a ocultarnos a mi madre y a mí en su casa de la calle Kawecyriska 2», apunta Irena en sus memorias.

El 30 de marzo de 1944, la madre de Irena Sendler empeoró. Mandó llamar al médico de la familia, el doctor Mieczysław Ropek: no sabía que había sido apresado por

extender partidas de nacimiento falsas. «Como en casa de los Wichliński no había teléfono, bajé a una tienda a llamar», cuenta Irena Sendler como si fuera ayer. «¡Qué milagro! ¡Me respondió el doctor Ropek! Me quedé de piedra. Le conté lo sucedido. Me prometió venir enseguida. Al llegar, le sonrió a mi madre; como médico, sabía que pronto moriría. Tomé a mi madre del brazo: «prométeme que no vendrás a mi entierro. La Gestapo te está buscando». Aquellas fueron sus últimas palabras.

Tal y como había prometido, Irena no acudió al sepelio. Los alemanes preguntaron por ella en la iglesia y en el cementerio. La respuesta: la hija de la fallecida había muerto en la cárcel de Pawiak. Uno de los oficiales bramó, enfurecido: «¡Estuvo allí, pero consiguió escapar!»

«Después de lo que viví en Pawiak, me di cuenta de que nunca debe juzgarse a un hombre que no soporta las torturas y que delata a otros (...) Tampoco debe acusarse precipitadamente a nadie por colaborar. Poco tiempo antes de mi detención, una doctora me advirtió de que había sospechas de colaboración con los alemanes. Me sorprendió encontrármela en Pawiak. Dormíamos en un catre, trabajábamos juntas en la lavandería de la prisión. Estaba segura de que era un «topo» de los alemanes. Años después de la guerra se descubrió que había estudiado Medicina en Viena antes de la contienda. Su esposo era oficial y había muerto en el sitio de Varsovia. Vivía en el centro de la ciudad, en la calle Zurawia. Al poco de la entrada de las tropas alemanas, se encontró cerca de su casa a dos oficiales que la saludaron con efusividad: eran antiguos compañeros de la carrera. Atemorizada, no supo qué hacer en aquella situación; los vecinos no tardarían en sacar conclusiones... Los invité a pasar, no convenía levantar sospechas ni provocar comentarios. Como también ayudaba a los judíos, creyó que sus amistades podrían resultarle útiles, y así fue. Resultó que, mientras en una habitación ocultaba a una familia judía, en la otra recibía a sus antiguos compañeros, de los que obtenía información muy valiosa para comprender los planes del enemigo con respecto a judíos y polacos.

Me enteré de lo que había hecho muchos años más tarde, cuando me rogó que uniéramos fuerzas. Antes de ponerme de su parte, le hablé de las sospechas que pesaban sobre ella. Sólo entonces me confesó lo que había sucedido en realidad. De la prisión de Pawiak la trasladaron al campo de Ravensbrück. Allí resistió hasta el final de la guerra y ayudó a sus compañeros de cautiverio, que hablaban maravillas de ella.

15. Entre Abril y Agosto de 1944

«Mi marido estaba prisionero en un campo. Tras morir mi madre me quedé sola, y dediqué todas mis energías a trabajar en el Consejo de Ayuda a los Judíos. También continué colaborando con el PPS en la clandestinidad. Repartí medicinas entre los que se ocultaban en los bosques. A pesar de mi nuevo nombre, carecía de residencia fija. Para garantizar mi seguridad y la de los míos, dormía cada día en un lugar diferente. Únicamente llevaba un bolso con las cosas de aseo y una muda».

Un día que Irena regresaba de uno de sus «viajes», el tren se detuvo en Skierniewice más tiempo de lo normal. Los alemanes registraron a todos los pasajeros, examinaron el equipaje y los documentos; buscaban a alguien. El revisor llevaba consigo una lista de sospechosos. «Ni me inmuté: tenía documentos en los que no figuraba mi verdadero nombre», recuerda. «Confiada, miré a los policías por encima del hombro. Me quedé de piedra: en la lista aparecía el nombre “Irena Sendler”».

En el mes de julio, la ciudad el ambiente de la ciudad se tensaba por momentos. Se notaba que algo iba a suceder. «Personalmente, no creía en el levantamiento. No creía en la victoria de la lucha armada. A pesar de que las tropas alemanas, derrotadas en el frente oriental, llenaban las calles de Varsovia, el poder y la fuerza de los alemanes y de su ejército se dejaban sentir tanto como antes.

Tras fugarme de la cárcel, guardé las tiras de papel de seda con los nombres de los niños rescatados en un tarro de cristal y lo enterré. Durante el levantamiento de Varsovia, los metí en una botella y los oculté casi en el mismo sitio, en el jardín de una mediadora de la calle Lekarska 9. De morir yo, la desenterraría y se la daría a las personas indicadas».

Irena Sendler vivió el levantamiento de Varsovia en plena calle, como otros muchos, en la zona de Mokotów. Se refugió en casa de sus amigos María y Henryk Palester, en la calle Lowicka. Allí se encontraba también Stefan Zgrzebnski, miembro del antiguo PPS, que había resurgido en la zona de Otwock y Praga. Se conocían de antes de la guerra y habían trabajado juntos varios años. Se casaron dos años después de terminarla contienda.

16. El levantamiento de Varsovia

Como Irena había estudiado enfermería en la Cruz Roja polaca durante seis meses, acudió al puesto sanitario más cercano, en el patio de la casa de los Palester. Nada más comenzar el levantamiento multitudde heridos fueron a parar allí. «Los habitantes de las casas vecinas huían ante nosotros, así que la calle no tardó en llenarse de gente», cuenta Irena Sendler en agosto de 2003. «A los pocos días, el puesto sanitario se había convertido en un enorme hospital en el que también ocultábamos a cinco judíos: tres hombres y dos mujeres. Aún hoy conservo mi amistad con ellos (95). Los hacíamos pasar por heridos vendándoles la cara. A finales de septiembre, cuando expulsaron a los habitantes de Varsovia y desmantelaron los puestos sanitarios, nuestro hospital corrió peligro de desaparecer. Sólo disponíamos de una camilla y la evacuación era imposible.

Un alemán se acercó a la directora, María Skokowska-Rudoll, y le ordenó, en polaco: «Venid conmigo». Los heridos leves se desplazaron por su propio pie, y transportamos a los más enfermos como pudimos, en una puerta o en la pala de un molino de agua. Seguimos

al soldado hasta una casa en ruinas, sin tejado ni ventanas, y nos confesó: «Mi padre es alemán, mi madre polaca. Al principio de la guerra me enrolé en el ejército. Tuve que jurarle a mi madre que no mataría a ningún polaco y que ayudaría a los habitantes de este país siempre que pudiera, por esa razón os he traído aquí. Los ciudadanos de Varsovia serán enviados al campo de Pruszków, donde están sucediendo cosas horribles. No quiero que paséis por lo mismo, así que os dejaré aquí. Si os encuentran los alemanes, decidles que habéis actuado obedeciendo órdenes del mayor Patz».

Nos quedamos en la casa, completamente vacía. Dormimos en el suelo de madera y comimos lo que los menos enfermos conseguían traer. Pronto se acabaron los víveres y durante días nos alimentamos sólo de los tomates que crecían en el jardín. Entre nuestros protegidos se encontraba una mujer que había sido ama de llaves. La casa de su patrón estaba en ruinas, pero el sótano había quedado intacto, lleno de comida: sacos de arroz, azúcar, fiambre, carne en conserva. Acompañé a la mujer hasta allí. Cuando estábamos llevándonos todo, entró un alemán. Los tres nos asustamos. Se abalanzó sobre mí y me disparó en una pierna. Resultó ser un desertor buscando ropa de paisano, nos dijo que estaba harto de la guerra: llevaba cinco años matando y no quería seguir. Tenía una gran familia por la que se mantenía vivo. Quería huir de aquel infierno. ¡Nos estaba pidiendo ayuda!

Mi compañera, Marysia Dziedzic, le dio toda la ropa que encontró en el sótano y que había pertenecido a su patrón. Cuando regresamos al hospital con la comida, la doctora Skokowska soltó un grito de alegría, pero se quedó horrorizada nada más ver mi pierna; la herida se estaba infectando. Tuve fiebre durante varios días y estuve a punto de morir. No teníamos con qué desinfectar, pero sobreviví gracias a los esfuerzos de la doctora.

Los bombardeos continuaban. Un casco de una bomba sorprendió a una mujer y le arrancó la mano derecha. Si queríamos salvarla, debía ser operada de inmediato. La doctora Skokowska Rudolf, especialista en tuberculosis infantil, y el doctor Henryk Palester, epidemiólogo, no estaban seguros de quién debía operar: ninguno de los dos era cirujano y nunca lo habían hecho. María resultó elegida, treinta años más joven que Henryk. Mi misión consistió en regresar a la casa en la que nos habíamos refugiado y que había caído pasto de las llamas. Allí herví cuchillos corrientes para la operación.

Colocamos a la herida en una mesa improvisada hecha de tablones. La doctora Skokowska se preparó para operar sin anestesia. Mi tarea consistía en alcanzarle los instrumentos de los que disponíamos: simples cuchillos de cocina. Otras dos «enfermeras» ahuyentaban a las moscas. Había más de sesenta personas refugiadas

en la habitación. De pronto oímos gritar a unos alemanes; discutían con otro médico que los había recibido con una bandera de la Cruz Roja. El alemán bramaba: «¿Quiénes sois? ¿Por qué estáis aquí?» El doctor Palester respondió con tranquilidad que acatábamos órdenes del mayor Patz. El alemán se quedó estupefacto y sorprendido a la vez. Continuó gritando y preguntó que cómo nos atrevíamos a remitirnos a él. Golpeó a Palester, rompió la bandera y se abalanzó sobre nosotros con un «pulverizador», una metralleta, a punto para disparar. La doctora Skokowska, operando, repuso en voz baja: «¿Me permite que termine la intervención y que le explique todo después, señor?» El alemán bajó el arma y esperó.

Después de la operación, el mayor Patz ordenó a la señora Skokowska que le acompañara. Les seguían cuatro soldados. Nuestro equipo, el esposo de la doctora, profesor de la escuela técnica de Varsovia, y su hijo de quince años, esperamos juntos los disparos. Durante dos horas reinó una tranquilidad absoluta. A continuación vimos por la ventana que los soldados se acercaban con dos cestas para la ropa. Estaban llenas de pan y vendas. La doctora Skokowska los acompañaba: nos contó que el mayor Patz la había llevado a su cuartel y que ella le había contado por qué nos encontrábamos en aquel lugar. No le reveló que un soldado alemán nos había escondido allí. Le había explicado el estado de los enfermos, y que no podíamos abandonar Varsovia porque carecíamos de camillas. El mayor Patz admitió que podía habernos matado a todos, pero la operación, llevada a cabo en condiciones increíbles, el valor y la decisión de la doctora, le habían dejado impresionado.

Recuerdo otro dramático suceso: un día, una mujer acudió a nosotros, desesperada. Traía a rastras a su padre y a su hijo, que habían sido rescatados con vida de entre un montón de cadáveres. Descubrimos que no lejos de allí, en el convento de jesuitas de la calle Rakowiecka, se refugiaban muchas personas. El levantamiento de Varsovia las había sorprendido en un pequeño jardín en las afueras, en Pole Mokotowskie. Un día los alemanes prendieron fuego al edificio. Habían estado a punto de morir. La mujer había escuchado a los heridos sepultados en la montaña de cadáveres y había encontrado a sus seres queridos. Quería que la ayudáramos en nuestro pequeño hospital.

A mediados de septiembre, los últimos habitantes fuimos expulsados de la ciudad. Abandonamos Varsovia atravesando Pole Mokotowskie. Las personas de las casas y calles vecinas, que nada tenían que ver con nuestro «hospital», nos secundaron. De pronto escuchamos los gritos de una mujer que estaba a punto de dar a luz, y el llanto de un bebé. La acompañaban su madre y su hermano mayor.⁹⁶ Algunas personas se detuvieron. Busqué a la doctora Skokowska entre la multitud. Dos hombres tomaron de la mano a la parturienta. Llegamos con dificultad al cruce de caminos entre Cracovia y Pruszków. Los guardas alemanes tomaron el que conducía a Pruszków. Uno de nuestros enfermos se volvió hacia ellos y conversaron durante un buen rato. Les dio una gran suma de dinero para que pudiéramos seguir en dirección a Okecie. No nos lo impidieron. Llegamos a una fábrica de mermelada propiedad de un alemán. Cuando vio la multitud de enfermos, inválidos y niños llorando, ordenó a sus empleados repartir pan, mermelada y leche entre los chiquillos. También nos dio un coche para transportar a los impedidos hasta el lugar que había indicado el vigilante. El pueblo nos acomodó en barracas. Comenzamos a repartir los enfermos por las habitaciones. Las barracas estaban sucias, llenas de piojos e insectos, habían albergado a prisioneros soviéticos. Mandamos a la parturienta a un hospital cercano. A los dos días, siguiendo las instrucciones del municipio, nos trasladamos a un edificio contiguo de la cooperativa de viviendas. Sus habitantes se habían marchado por miedo a la revuelta de Varsovia. Un sacerdote de la parroquia vecina se ofreció a ayudarnos dándonos sopa y pan».⁹⁷

17. La liberación de Varsovia

Después de la liberación de Varsovia, el 17 de enero de 1945, el hospital fue transformado en hospicio. Recuerdo que las tropas soviéticas y nuestro ejército marcharon sobre Okecie a las tres de la tarde. Un día nos trajeron varios niños de Auschwitz. Eran muy pequeños, de tres o cuatro años de edad. Habían estado en el campo con sus madres pero, poco antes de la liberación, el ejército rojo los había... quemado vivos. Los niños lo sabían. La marcha de las tropas soviéticas sobre el campo los había salvado.

Todo el personal de nuestro hospicio atendió con cariño a los pobrecitos. Además de un baño, pues estaban repletos de piojos, y comida, ya que las condiciones de vida del campo los habían debilitado, necesitaban apoyo moral y emocional. La neurosis del campo no les dejaba dormir. Había que tomarlos en brazos y acunarlos hasta que conciliaran en sueño. Una de las niñas me preguntó una vez: «¿Sufrió mucho mi madre cuando la quemaron?». Me quedé horrorizada, pero tenía que disimular delante de la chiquilla. Le respondí con tranquilidad: «No, no sufrió, porque un angelito se la llevó enseguida al cielo». A los pocos días, me pidió que le dibujara un... angelito. Y lo pinté, pero fue una de mis peores experiencias de entonces.

Pasamos mucha hambre en aquel hospital. Sobrevivimos de casualidad. En el tren que unía Milanówek y Opacza, una población diminuta a pocos kilómetros de Opacza, encontré a Dziatka (Wladysfawa) Michalowicz, la nuera de Mieczyslaw Michalowicz. Conocía el Zegota por su suegro, que siempre había abierto su casa a los judíos necesitados.

Al verme, me contó que tanto la dirección del departamento de asistencia social del Consejo Principal de Asistencia, RGO, como el presidio de Zegota tenían su sede en Milnówek. Acudí enseguida. Adolf Berman y Marek Arcyriski me garantizaron ayuda financiera para mis protegidos. No recuerdo cuánto me dieron, pero sé que se trató de una cantidad considerable y que nos permitió sobrevivir al duro invierno.

Me puse en contacto con la organización ilegal Zegota la mañana del 17 de enero de 1945. Tras la marcha del ejército soviético sobre Varsovia, se introdujo de inmediato una nueva moneda. Una vez más, el hospital se quedó sin comida. Había unos trescientos enfermos y montones de personas que colaboraban con los médicos, enfermeras y ayudantes. A finales de enero me trasladaron a Lubin, al nuevo gobierno. Allí, el nuevo Ministerio de Salud me ofreció su apoyo: me dieron cien mil zloty en la moneda nueva. Los días que pasé en Lubin descubrí que el director de Zegota, León Feiner, ⁹⁸se encontraba gravemente enfermo en el hospital militar local. Resultó que padecía una neumonía. Al visitarlo, me hizo una promesa: «Jolanta, la guerra ya ha pasado. Mantenemos nuestra palabra: tendrás un monumento en Palestina».

Al poco tiempo, las autoridades del recién creado Consejo Nacional de la ciudad de Varsovia le propusieron a Irena Sendler trabajar en el Ministerio de Salud y Asistencia Social. «Las primeras semanas me negué a viajar a Varsovia —cuenta—. Había vivido el levantamiento con las personas que me rodeaban y me sentía muy unida a ellas. No podía imaginar separarme del personal, de los niños, para los que había sido enfermera, tutora y profesora. Al fin, accedí, después de que Marian Spychalski, (99) la primera presidenta del Estado, me prometió construir un nuevo hospicio. Los antiguos habitantes de Okecie comenzaban a regresar a sus casas.

Me sentía menos triste al pensar que los niños quedaban en manos de María Palester. Decidimos que se hiciera cargo de la dirección del hospicio. La trágica muerte de su marido, Henryk Palester, y de su hijo, que había perdido la vida durante las luchas del levantamiento, la habían hundido. Conocía bien a María, y estaba segura de que el terrible dolor ante la muerte de sus seres más queridos sólo podía aliviarse trabajando con niños.

Llegué a Varsovia el 15 de marzo. Me convertí en subdirectora de la Oficina de Asistencia Social y Sanitaria de la calle Bagatela 10. Un mes después me nombraron directora. El trabajo era interesante, pero muy duro. Miles de personas regresaban a la ciudad de la que habían sido expulsadas, o más bien a lo que quedaba de ella. Toda Varsovia estaba en ruinas. Las casas habían ardido, no había ni luz, ni alcantarillado, ni agua. Los que regresaban, a menudo a pie, carecían de las condiciones de vida más elementales. La oficina de asistencia social tenía que abastecerlas de un mínimo de comida. La tarea parecía irresoluble, pero el empeño y la experiencia de antiguos y nuevos colaboradores ayudó a superar las dificultades. A menudo trabajábamos día y noche, hambrientos y helados. Igual que todos los que habían vuelto a la ciudad, vivíamos en sótanos, muchas veces entre ratas. Mi primer sueldo por un mes de trabajo fue una rebanada de pan. Los campesinos de los alrededores nos dieron comida, al poco tiempo se crearon diez oficinas de Asistencia Social. Se crearon puestos de emergencia para niños de la calle, que solían ser huérfanos, y se les daba una educación, ropa y tres comidas diarias. Los adultos, a menudo enfermos, recibían la misma ayuda. Tuvimos que encontrar alojamiento y trabajo para muchos de ellos. Los ancianos, algunos inválidos y solos, lo tenían difícil. Estaban enfermos física y mentalmente. Había que organizarles una vida en las nuevas condiciones. En muchos casos eran enviados al asilo de Góra Kalwaria, que ya existía antes de la guerra, o en la nueva residencia de Lesznówola.

Una de las grandes tragedias de la época eran las muchachas que regresaban de los campos de trabajo o de concentración alemanes y no tenían familia en Varsovia. Las llamaban «dalias» porque vivían entre las ruinas; se trataba de un juego de palabras: en polaco, «ruinas» se dice «gruzy», y «gruzinki» significa «dalias». Vivían de la prostitución. Una de las máximas prioridades de la Asistencia Social consistía en resolver este problema.

En Henryków, cerca de Varsovia, había un hogar de monjas de clausura para muchachas descarriadas. Durante la guerra, los rusos habían expulsado a todas las mujeres que vivían allí. Nadie sabía qué había sido de ellas. La Oficina de Asistencia Social de Varsovia se hizo cargo de la casa, que poseía un bonito jardín, para crear un nuevo hogar para las «dalias». Asumí la dirección del centro. Decidimos gestionarlo de un modo bastante abierto para que las muchachas carecieran de motivos para marcharse. Nuestra tarea consistía en darles una juventud lo más normal posible, quererlas y tratarlas con cariño. Allí mismo había también una escuela que les ayudaba a llenar «lagunas» de su educación básica. La guerra les había robado sus mejores años, las había convertido en huérfanas y las había desmoralizado. La estancia en nuestro hogar representaba una oportunidad para recuperar una vida normal. El camino eran las clases y el trabajo. Se les animaba a participar en distintos talleres, además de asistir a la escuela y ocuparse del jardín. Creamos un taller de jardinería, con flores, árboles frutales y verduras, un taller de juguetes y una sastrería. Las muchachas también podían ayudar en la cocina, pero con la condición de que hicieran más actividades. Nos encargábamos también de su estado de salud. La dirección del hogar, que estaba muy comprometida, consiguió crear buen ambiente y cuidaba a las niñas con todo su corazón, así que no tenían motivos para no quedarse. Comprendían lo que hacíamos por ellas y nos estaban muy agradecidas. Cuando abandoné la dirección del hogar, el 15 de marzo de 1950, sólo una muchacha se había marchado. Recuerdo que en 1947, cuando nació mi hija, tres de las chicas me regalaron un helecho, fruta que habían recogido y una cesta de tomates del huerto. El helecho creció y se hizo muy grande. Duró hasta 1987, cuarenta años, algo excepcional.

Al poco de marcharme de Henryków, mis sucesores hicieron todo lo que pudieron para destruir el hogar. Años más tarde construyeron un asilo.

18. La posguerra de los niños salvados

En marzo de 1979, Teresa Perkerowa publicó un conocido libro sobre la labor del Consejo Judío en la clandestinidad, Zegota: una explicación de las cuatro tutoras de niños judíos más comprometidas. Constituye un resumen de los esfuerzos llevados a cabo en este período, entre 1939 y 1945. Las autoras de esta explicación son Irena Sendler, Jadwiga Piotrowska, Izabela Kuczkowska y Wanda Drozdowska-Rogowiczowa. Y el documento dice así: «Las abajo firmantes declaramos que, durante la guerra, entre 1939 y 1945, además de trabajar en la asistencia social y sus delegaciones, las oficinas de asistencia social y sanitaria, éramos activistas comprometidas del Consejo Judío, Zegota, a pesar de que no conocíamos el nombre exacto de la organización ni a su personal concreto. Por esta razón, tomamos parte en la salvación de niños judíos antes del exterminio y mantuvimos contacto directo con Irena Sendler, la antigua directora de la Sección de Ayuda Infantil de Zegota. Ratificamos por completo sus informes referidos al número de niños salvados. Hoy en día, casi cuarenta años después, nos resulta difícil determinarlo con exactitud, pero Zegota proporcionó distinta ayuda a unos 2.500 niños. Se trató de la siguiente:

1. Unos 500 niños fueron acogidos en hospicios de religiosas con ayuda de la oficina de asistencia social (Jan Dobraczyński, Jadwiga Piotrowska).
2. Unos 200 niños fueron acogidos en el hogar de los sacerdotes Baudouin, de la Asistencia Estatal a Menores (María Krasnodqbska y Stanisława Zylbertówna).
3. Unos 500 niños fueron acogidos en los hogares del RGO, del Consejo Principal de Asistencia (Alexandra Dargielowa).
4. Unos 100 jóvenes de entre 15 y 16 años fueron enviados a los bosques, con los partisanos (Andrzej Klimowicz, Jadwiga Koszutska, Jadwiga Bilwin y el presidente Grobelny en persona).
5. Se ayudó a unos 1.300 niños y se les alojó en familias adoptivas. Las más activas al respecto fueron: Helena Grobelna, esposa del director de Zegota, María Palester y su hija, Maigorzata Palester; Stanisław Papuziński, Zofia Wedrychowska, Izabela Kuczkowska y su madre Kazimiera Trzaskalska, María Kukulska, Wanda Drozdowska-Rogowiczowa, Wincenty Ferster, Janina Grabowska, Joanna Waldowa, Jadwiga Bilwin, Irena Schultz, Lucyna Franciszkiewicz, Helena Maiuszyńska.

Entre ellos había niños,

Para los cuales Zegota buscaba directamente familias (tutores), que apoyaba de forma económica, con ropa y alimentos, conseguía documentos, etc.

También había un grupo que sólo precisaba ayuda temporal, tanto en forma de documento empadronamiento, acta de nacimiento o ayuda médica; en caso de resultar amenazados por los szmalcowniks, había que ayudar a los niños a cambiar de residencia o pagar rescate.

Un cierto número de familias los adoptaba de forma totalmente desinteresada; en estos casos la ayuda de nuestra organización se limitaba sobre todo a conseguirles actas de nacimiento.

El último grupo lo constituían familias que, debido al contacto que mantenían con los niños, los sacaban del gueto o los recogían de la calle, y se los llevaba con ellas. Solía tratarse de pequeños que mendigaban en casas privadas. Estas familias se encargaban por completo de cuidarlos. En ocasiones había que proporcionarles ayuda médica o medicamentos. A veces también era necesario ingresar a un niño en el hospital. Para ello, nos ayudaron mucho: el doctor Juliusz Majkowski, el doctor Mieczysław Ropek, la doctora Zofia Franio, el profesor Andrzej Trojanowski, la doctora Halina Koiodziejska y la enfermera Helena Szesko.

Por otra parte, creemos que el número de muchachos salvados del gueto de Varsovia

era mucho mayor a la que indicamos aquí, pues además de Zegota había otras muchas organizaciones que prestaban una ayuda extraordinaria.

Entre agosto y diciembre de 1944, se perdió el 25% de la lista de nombres de niños salvados que ocultaba Irena Sendler. Las mediadoras que colaboraban con ella pudieron completarla inmediatamente. Tras la liberación de Varsovia, la lista descifrada, ya íntegra, fue entregada a Adolf Berman, ¹⁰⁰director del comité central de Polonia entre 1947 y 1949. Con ayuda de la lista, los colaboradores de este comité pudieron ir a buscar a los niños salvados a las familias que los cuidaban y devolvérselos a sus padres. Si habían quedado huérfanos, se les alojaba de forma temporal en hospicios ¹⁰¹judíos. Más tarde, un número considerable de ellos fue trasladado a Palestina, y después a Israel. Irena Sendler afirma que se consiguió encontrar a la mayoría de los niños de Varsovia que figuraban en la lista, unos 2.000.

Por desgracia, los problemas de naturaleza psicológica eran inevitables. Los deseos y consejos de Irena Sendler no siempre se escuchaban; en muchas ocasiones recogían a los niños con brusquedad, y ni ellos ni sus tutores estaban preparados como debían. «Los pequeños héroes vivían dramas terribles», recuerda después de tantos años, emocionada. «Algunos encuentros eran bonitos y felices, ¡pero otros eran muy difíciles! Para ambas partes. Los más jóvenes, no recordaban su pasado en la guerra. Los padres «adoptivos» también sufrían. Les resultaba duro separarse de los niños después de haber pasado años con ellos. Como sabían lo que había sucedido con los judíos, creían que todos los familiares del chiquillo debían haber muerto. Por el bien de los pequeños, les ocultaban su verdadero origen. Y de pronto había que contarlo todo. Resultaba difícil decirles toda la verdad. En ocasiones el asunto llegaba a los tribunales.»¹⁰²

A veces, los representantes del Comité Central de los Judíos de Polonia le perdían la pista a un niño. Criados en familias polacas, más tarde descubrían su verdadera historia, o no la descubrían nunca. Se habían convertido en víctimas de los horrores de la guerra, sin importara qué lado del muro del gueto los hubieran vivido. Las terribles experiencias se quedaban grabadas en su mente y marcaban toda su vida. Los más jóvenes tienen hoy sesenta años, y los mayores andan por los ochenta. Todos están unidos por un trauma, independientemente de su sexo y de dónde vivan en la actualidad.

En 1945 «aparecieron de la nada, de pronto. Unos más altos, otros más bajos, pero todos parecidos: flacos, harapientos, a veces descalzos, con el pelo sucio, pequeños ancianos de piel gris y mirada opaca. Eran los que salían de las entrañas de la tierra, de las alcantarillas, los escondites, los agujeros sin luz natural o las ruinas que habían quedado del antiguo gueto de Varsovia. También los había con aspecto sano, como los que habían encontrado refugio en el campo o con los partisanos. Pero todos ellos, sin excepción, compartían una apariencia y un comportamiento común: evitaban mirar a los ojos. La expresión de su rostro y la forma en la que colocaban los brazos mostraban cierta propensión a huir, un miedo solapado, una disposición a regresar a los agujeros, a las ruinas, a los escondites subterráneos; su lugar seguía siendo aquel: no el de los hombres que caminaban erguidos, el de los muchachos alborotadores, seguros de sí mismos. Evitaban directamente a los niños. Les tenían miedo por ser diferentes a ellos, tenían miedo de su normalidad. Se decía: «han regresado a la vida», o, con peor intención «salen de sus agujeros como pequeñas ratas». Son palabras de María Thau (Weczer), autora de un libro conmovedor.

Siendo miembros de la Asociación de Niños del Holocausto, fundada a principios de los años noventa, aprendieron a vivir con el peso del recuerdo. Se apoyan unos a otros. Se ayudan y sienten que se necesitan entre sí.

La Asociación de Niños del Holocausto de Varsovia ha publicado dos volúmenes titulados Hablan los niños del Holocausto. El tercero está en preparación. Constan de

informes y recuerdos. Resulta una lectura emocionante y, a la vez, el documento más terrible del recuerdo. A pesar de que se escribió años más tarde, durante una vida cada vez más «normal», los sucesos descritos no han perdido dramatismo. Lo cierto es que resulta imposible huir de la memoria. Compartir las vivencias con otras personas ayuda a aplacar un poco el dolor. Resultan también útiles los talleres terapéuticos, encuentros en el círculo de los niños salvados del Holocausto.

¿Son conscientes del milagro de su salvación? Por supuesto que sí. Pero no todos han aceptado esta maravillosa salvación hasta el final y se han resignado a ello. Algunos, que no son capaces de vivir con la pesadilla de los recuerdos, se sienten mal por haber sobrevivido. Haber sobrevivido en soledad. Abandonados, privados de sus familias. Con estos problemas, reprimidos durante años, se dirigen también a Irena Sendler, que no se cansa de repetir que no deben agradecerle a ella seguir con vida, sino a sus padres, madres, abuelos y abuelas, que estuvieron dispuestos a separarse de ellos. No siempre quieren que sus hijos y nietos sepan toda la terrible verdad. Llevan años huyendo a pesar de que el pasado les sale al encuentro en los lugares más insospechados. Muchos años más tarde, después de mucho tiempo viviendo en Israel, Australia, Canadá, en los Estados Unidos y a veces en Europa, sus parientes lejanos los buscan y los encuentran. Se producen maravillosos encuentros entre primos y primas. No siempre quieren hablar del tema. «¿Para qué?», preguntan algunos. «Todas las historias son distintas».

Para Irena Sendler la salvación de los judíos todavía no ha terminado. Todavía continúa hoy, gracias al contacto con los salvados, sus hijos y nietos. Recibe cartas de todo el mundo. No la olvidan. Es la última que sabe quiénes eran antes de que dejaran atrás el muro del gueto de Varsovia. En ocasiones, conocía a sus padres, abuelos, hermanos. Es la única que puede responder a la pregunta de los más ancianos: «¿Cómo era mi mamá? ¿Quién era mi papá? ¿Tenía un hermano, una hermana?».

No es posible huir de uno mismo, por lo que muchos regresan desde la lejanía a los lugares que han mantenido para siempre en su memoria. Temen el regreso tanto como lo desean. Después de muchos años intentan enfrentarse a su pasado, un pasado que desean borrar de su memoria. A veces regresan a lugares que apenas existen, buscan a personas que puedan ayudarles a confirmar detalles, a encontrar restos de su casa, de su calle. A veces, gracias al contacto con la Asociación de los Niños del Holocausto, llegan directamente a Irena Sendler. Como la hija de Achilles Rosenkranc, que después de más de sesenta años comenzó a buscar la tumba de su padre en el cementerio judío de Varsovia. Achilles Rosenkranc murió de tifus en el gueto de Varsovia en 1942. Ningún familiar estuvo presente en su entierro. Entre los pocos asistentes se encontraba Irena Sendler: colocó una rama de lila blanca, que llevaba escondida en su blusa, sobre la lápida. Sólo ella podía ayudar a encontrar la tumba. Gracias a su recuerdo, la hija de Achilles Rosenkranc pudo aliviar sus dolorosos recuerdos y tranquilizar su conciencia.

La valiosa lista de Irena Sendler hizo posible que muchos niños huérfanos encontraran a sus parientes lejanos. Adolf Berman llevó la lista a Israel. Aún hoy, las direcciones circulan en muchas casas privadas.

«Sé que la existencia de los niños salvados suele ser muy complicada», dice Irena Sendler. «Todos ellos vivieron una tragedia personal. Los desconocidos les dieron un techo, estudios, les cuidaron, les atendieron. Es mucho. Pero nunca se sintieron como en casa: no eran ni sus padres ni familiares. A menudo vivían con la dolorosa convicción de que, si hubieran permanecido juntos en el gueto, podría haber ocurrido un milagro y sus padres y hermanos podrían haber sobrevivido. En los años de posguerra, un destello de esperanza. Muchos de ellos, a pesar de haber buscado sin parar, aún no han encontrado sus raíces. No saben nada de sus allegados: abuelos, parientes, ni siquiera de sus padres ni hermanos. Sufren por el recuerdo de la

separación. El drama de aquellos tiempos afecta a todos: tanto a los niños salvados como a sus padres, que los dejaron en manos de desconocidos. Pero también a los padres «adoptivos» que los acogieron y los educaron. A menudo los chiquillos los rechazaban, a pesar de que los trataban lo mejor que podían, a veces hasta mejor que a sus propios hijos. Se preocupaban de darles el cariño y el afecto que habrían recibido de sus padres. En ocasiones, y muy a su pesar, los chiquillos se sentían tristes ante tantas atenciones y sufrían por tener una madre que no era la suya.

»El dolor y la tristeza se transformaban en rebeldía y reproches: «¿Por qué estás viva si mi madre ha muerto?» Resultaba difícil dar respuesta a esta pregunta.

«Muchas veces tenía que enfrentarme a ello y sufría cuando despertaba la cólera y el odio en un niño al que trataba mejor que a mi propia hija. A pesar de haber estudiado pedagogía y haber pasado años trabajando con niños y jóvenes, no comprendía el rechazo. Me dejaba perpleja. La pedagogía de entonces desconocía aquellos problemas: los problemas de los supervivientes del Holocausto».

Años después de la guerra se reconstruyeron casas y calles. La vida regresó a las ciudades devastadas, pero en los corazones de los niños salvados reinaban todavía la desesperación, la tristeza y la nostalgia. Son educados, se han desperdigado por todo el mundo, muchos de ellos han conseguido triunfaren su profesión, han formado una familia. Hoy son ya abuelos. Pero en realidad, hasta el final de sus días seguirán siendo «niños» que buscan su pasado. Lo buscan y huyen de él. De los recuerdos que, a medida que se van haciendo mayores, se vuelven cada vez más claros. Los atormentan como una enfermedad; la enfermedad de la memoria, para la que hasta hoy no se ha encontrado ningún remedio efectivo. ¿Existe alguien que los comprenda? Sólo ellos. Elzbieta Ficowska, la menor de los niños salvados por Irena Sendler, hoy presidenta de la Asociación de Niños del Holocausto, cuenta: «En nuestra asociación hay ochocientas personas con vidas parecidas, sólo las distingue la edad. Hay un grupo relativamente pequeño de gente de mi generación que vino al mundo durante la guerra y que no recuerda nada. Tienen un «agujero negro» en la memoria. No saben nada de sí mismos. Por ejemplo, un niño que fue encontrado en un seto sin ninguna información acerca de quién es. Muchas veces, sus padres «adoptivos» les contaron que no eran sus verdaderos padres, y se quedaron solos, sin nadie a quién preguntarle: «¿Quién soy? ¿Cómo me salvaron...? Por suerte, yo no he pasado por eso. No tengo recuerdos de esos días y años. Los viví sin ser consciente, y creo que me ha beneficiado. No recuerdo los horrores de entonces. Para mí, el pasado es igual que una película, igual que un libro que he leído y que no me hace sufrir. Pero lo sé, lo sé todo... En 1942 me sacaron del gueto en un camión cargado de ladrillos y pasé al lado «ario». Entre los ladrillos había una caja de madera agujereada. Dentro había un recién nacido, narcotizado, de unos seis meses, con una cucharilla de plata»

19. La cucharilla de plata de Elzbieta Ficowska

En la cucharilla estaban grabados mi nombre y mi fecha de nacimiento. Gracias a Irena Sendler, mi prima pequeña también salió del gueto. Stanislaw Bussoldowa, una amiga de Irena, me llevó a un centro de asistencia infantil. Era comadrona y ayudaba en los partos del gueto. En principio iba a cuidarme durante las dos primeras semanas, pero me quedé para siempre. Decidió adoptarme porque ninguno de mis familiares seguía vivo. Sé que mi verdadera madre salía del gueto de vez en cuando para visitarme, para escuchar mi voz. Era guapa, podía haberse salvado, pero no quería dejar solos a sus padres, a mis abuelos. Ni siquiera tengo una foto suya. La busco desde que soy adulta, tanto en Polonia como en Israel. Siempre me quedará un vacío, a pesar de lo feliz que me siento con mi familia.

Algunos niños del Holocausto accedieron a hablar conmigo, pero prefirieron permanecer en el anonimato.

«Abandoné Varsovia en el último momento, en diciembre de 1939», cuenta la periodista Helena K. «Llegué a Bucarest pasando por Berlín. Me aseguré de ir bien vestida y disponía de documentos en regla. Mi padre y mi hermano menor murieron. Durante años no pude pensar en ellos. Huía de los recuerdos de la infancia y la juventud que había pasado en Varsovia. Después de la guerra viví en Londres. En 1993 reuní fuerzas para regresar aquí. Participé en el aniversario del levantamiento del gueto de Varsovia. Me quedé entre la multitud y lloré durante horas. Así regresé al pasado, a la historia de la que huía. Entonces acudí al cementerio judío para buscar la tumba de mi madre, que había muerto antes de la guerra. La amiga que me acompañó, una niña del Holocausto, dijo con envidia: «Qué feliz debes estar por haber encontrado la tumba de tu madre. Yo no tengo nada».

El jurista Jerzy K. cuenta: «Desconozco mi edad exacta. Cuando estalló la guerra tenía unos cinco años. Sólo recuerdo que vivíamos en Lemberg. Mi padre murió cuando los rusos marcharon sobre la ciudad en septiembre de 1939. Mi madre, su hermano menor y yo huimos primero a Cracovia y después a Varsovia, donde vivía otro hermano de mi madre, pero no lo encontramos. Como no sabía que íbamos hacia allí, se había marchado a Lemberg al mismo tiempo. Pasamos una temporada de un lado a otro. Después viví con mi madre en el gueto. Mi tío, que nos acompañaba en nuestro viaje desde Lemberg, se unió a una organización clandestina. Se ocultó en los alrededores de Varsovia. Durante un tiempo, mi padre mantuvo contacto con él. El verano de 1942 fue caluroso. Pasé días sentado en una buhardilla, oculto entre edredones de plumas y cojines. No podía hacer ruido. Mi madre trabajaba en una cantina y me traía todos los días una cazuelita de sopa. Un día me dijo que alguien vendría a buscarme, y así fue: alguien gritó mi nombre. Abandoné el gueto al anochecer. Nunca volví a ver a mi madre. Me acogió una familia polaca, pero no podía soportar seguir escondiéndome y huí. Rompí a llorar a la luz de una farola. Alguien se detuvo y me llevó a su casa. Después me acogieron en un hospicio de monjas. Antes del levantamiento de Varsovia nos trasladaron a Otwock. Después de la guerra me declararon huérfano de guerra. Fui de hospicio en hospicio, durante años no he sabido quién soy. Tengo un acta de nacimiento falsa con otro nombre. Nadie me buscó. Yo tampoco busqué a nadie. En 1958, tras hacer la carrera en Posen, llegué a Varsovia. Allí encontré a alguien que me conocía. Sabía mi verdadero nombre y conocía a mis padres. Poco a poco descubrí mi pasado, mi otra vida. Me atormenta. Llevo más de cincuenta años buscando información sobre mí. Cada vez que aparece un rastro, un recuerdo, una pizca de memoria, no me siento aliviado; todo lo contrario: cada vez me resulta más difícil vivir con ello. Con la ignorancia de toda la verdad y de la información que he ido cazando al

vuelo y que me va descubriendo poco a poco esa verdad. A veces lamento haber emprendido la búsqueda y haber seguido el rastro. ¿Tal vez hubiera sido mejor no saber nada de mí? Cuando le conté mi historia a mi hijo, escuché: «Papá, no quiero saber nada». Sus palabras me hicieron daño. Leí un artículo sobre Irena Sendler. Desde entonces no dejo de pensar en ella. ¿Organizó mi huida del gueto? ¿Conocería a mi madre? Sé su edad, y dónde vive, pero no tengo el valor de visitarla y hacerle estas preguntas. ¿Tal vez sea mejor no saber nada?»

Jolanta G, año 1947. Bibliotecaria, vive cerca de Varsovia. «Mis padres se escondieron durante la guerra en los alrededores de Varsovia. Así se conocieron. Mi padre murió en 1953. Mi madre, que era mucho más joven que él, murió hace diez años. Durante mucho tiempo creí que no tenía parientes cercanos, pero en los años sesenta apareció un primo mío, doce años mayor que yo. Quería intimar con nosotros. Nos habló de su padre, que se había marchado a Londres después de la guerra. Durante años no había mantenido el contacto con nosotros: mi madre decía que para mantenernos a salvo. Como mi madre había recibido a su hijo con cajas destempladas, desapareció de nuestra vida tan rápido como había venido. Regresó en cuanto ella murió. Quiere mantener el contacto. Insiste en que tenemos un parentesco muy cercano. Su madre y mi padre se apreciaban mucho; los dos habían huido juntos de Lemberg, su madre, mi abuela, se quedó atrás. Tenemos poco en común. Es muy nervioso... Por mucho que nos esforzamos, no nos entendemos. Las pocas veces que nos vemos siempre repite que tuve una infancia feliz. Un hogar normal. Sí, le digo, pero no sabía nada de mis madres. Mi madre nunca me habló de ella. Tras la muerte de mi padre vivía atemorizada porque la espieran, se sentía amenazada. Cualquier carta del extranjero se abría con miedo. Descubrí la verdad sobre la familia de mi padre, su historia de la guerra, muchos años después. Quedaban cartas, documentos que nunca quise leer. A pesar de que formo parte de la generación de la posguerra, la tragedia heredada de mis padres, de las experiencias de la guerra, me pesa como una losa».

«No me resultó fácil encontrar mi camino después de la guerra», dice Basia, que es maestra: «Tenía cinco años cuando estalló. Vivíamos en una pequeña ciudad. Mis padres decidieron separar a la familia. Yo seguí a mi mamá al gueto, y mi padre y mi hermano mayor se refugiaron en el campo, en casa de unos parientes lejanos. Más adelante, a medida que aumentaba la inseguridad, se trasladaron al bosque. De toda mi familia, sólo yo sobreviví. Cuando lo supe, durante mucho tiempo me resultó difícil vivir feliz. Seguía esperándoles. De hecho, les esperé siempre. Lo peor son los días de fiesta, la época de las felicitaciones, de los regalos, de las reuniones familiares. Me he divorciado dos veces. La relación con mis hijos ha sido problemática, no les comprendía. Tal vez hice mal en casarme y formar una familia. Hoy estoy sola, pero tengo dos amigas con una vida similar. Con ellas me siento muy bien. Nunca han sido felices. No necesitamos palabras para entendernos, nunca hablamos de lo que hemos sufrido. Nos une el secreto de las experiencias de la guerra que no se comparte con nadie. He leído en una revista científica que las personas salvadas del Holocausto sufren un síndrome de estrés postraumático. Es cierto: creo que todos los niños del Holocausto estamos marcados por la desgracia de la guerra. Como pedagoga, entiendo que muchos de nuestros problemas tienen su origen en el pasado. Sufro una grave neurosis que empeora con la edad. Las pesadillas me atormentan cada vez más. No leo libros de la guerra, ni libros conmemorativos, ni diarios. No veo películas bélicas, y las comedias ambientadas en la época me parecen vergonzosas».

Conocí al señor Stanislaw hace unos años, en Londres. Había escuchado su historia y la recordé mientras trabajaba en este libro. Le llamé y le pedí que volviera a contármela. «Huí de Polonia en 1956, cuando se presentó la ocasión de tomar un barco a Dinamarca. Teníamos un salvoconducto de grupo. El barco no salía del puerto, sino de una ensenada. Llegamos a tierra en botes a motor. La mitad de los pasajeros

regresó a Polonia. Tenía un tío en Londres que me facilitó las cosas. Le conté dónde estaba y unas semanas más tarde me visitó. Pasaron unos meses hasta que pude viajar a Inglaterra de forma oficial».

«¿Para qué arriesgar su vida?», le pregunté. «Sabe —respondió—, el hombre no puede estar solo, y después de la guerra me sentí desamparado. Mis abuelos, mis padres, mis dos hermanas habían muerto. Me quedé solo en el campo, trabajé en un molino. Comparado con mis hermanas, no tenía la más mínima posibilidad de sobrevivir. Eran rubias, muy guapas. Yo era moreno y me parecía a mi padre, que tenía unos rasgos muy judíos, por eso me mandaron al campo. Los demás fueron al gueto, sólo yo me quedé con unos conocidos de mis padres. En 1942, cuando nos enteramos de lo que había pasado en Treblinka, tuvieron miedo. Me confiaron a otras personas. Me dieron a entender que un molinero me cuidaría bien. Y me quedé allí hasta la liberación. (...) Era un muchacho de diecisiete años, sano, bien alimentado, deportista. Me gustaba mucho ir en bicicleta. Había oído hablar del levantamiento de Varsovia. No tenía noticias de mi familia desde diciembre de 1943. Durante mucho tiempo no podía creer que había sido el único superviviente. Escribí cartas a la Cruz Roja polaca con la esperanza de que uno de mis familiares hubiera sido enviado a un campo de concentración. En 1954 recibí la noticia del hermano de mi padre, al que había sorprendido la guerra en Lemberg, había podido huir de Rusia gracias al ejército del general Anders y vivía en Londres. Había estudiado Derecho antes de la guerra, trabajó en un restaurante, y más adelante en una estación de metro. Se casó con una inglesa. Tuvieron dos niños. Cuando se enteró de que yo seguía con vida me ayudó a emprender el viaje. Lo había planeado todo. Leí un artículo sobre Irena Sendler en el Tygodnik Polski de Londres, el semanario polaco. Me preguntaba por qué Dios no la habría enviado a casa de mis padres. De haber sido así, tal vez mis hermanas seguirían con vida. Me pregunto una y otra vez por qué he sobrevivido»

20. La posguerra

Irena Sendler en el vehículo de Asistencia Social, el 1 de mayo de 1948. El ministro Aleksander Pacho honra a Irena Sendler con la medalla «Al mérito en el servicio sanitario», Día del Maestro, 1958.

«En la Polonia de antes de la guerra, las autoridades de Varsovia desalojaban a la fuerza a los inquilinos morosos —cuenta Irena Sendler—, y para ello se construyeron dos refugios colectivos donde los expulsados vivían en dramáticas condiciones. Uno se encontraba en las barracas de Annopol, el otro en una antigua fábrica de calzado, en «Polus», en el distrito de Praga. Se trataba de hangares de gran tamaño donde vivían hacinadas montones de personas y compartían una cocina y un retrete. Las riñas y peleas les hacían la vida muy difícil. Decidimos enfrentarnos al problema después de la guerra, y erigir instituciones sociales en aquel lugar vergonzoso de tiempos pasados. Confié esta tarea a dos colaboradoras. Hablé con las autoridades de Wojewodschaft en el oeste de Polonia. Una vez que los alemanes se hubieron marchado de la zona, bloques enteros de edificios quedaron vacíos. Les recomendé trasladar allí a los habitantes de «Polus», y les pedí que garantizaran buenas condiciones de vida y empleo. Cuando «Polus» estuvo reconstruido, montamos una guardería, una residencia para ancianos sin techo, una escuela de trabajo social con una bonita biblioteca y algunas viviendas para nuestros empleados. Al mismo tiempo, organizamos allí el almacén central de ropa del UNRRA.¹⁰³

En aquella época, el trabajo de la Oficina de Asistencia Social era especialmente duro. Teníamos que atender a todos los que regresaban a la Varsovia arrasada. Por una parte nos encargábamos de prestar ayuda a los ciudadanos, atormentados y afligidos por las experiencias de la guerra. Les dábamos comida, ropa y apoyo en la búsqueda de vivienda. La labor más difícil consistía en elaborar un concepto de ayuda social con las nuevas condiciones del sistema. Me marché a Lódz para pedirle consejo a la profesora universitaria Helena Radlińska, no me consideraba lo bastante preparada.

Nada más acabar la guerra, las autoridades del partido no se inmiscuyeron en el trabajo de la Asistencia Social y se dedicaron a politizar a la sociedad. Sin embargo, cinco años más tarde comenzaron a interesarse por nosotros sin razón aparente. Me ordenaron cerrar los diez centros de Cooperación Social, como llamaban a las oficinas de Asistencia Social después de la guerra. Las jefaturas de los subdistritos se harían cargo de la labor. A continuación se ordenó repartir la Asistencia Social en tres Ministerios; el Ministerio de Sanidad se ocuparía de las cuestiones relacionadas con los niños de 0 a 3 años, y el Ministerio de Educación de los de entre 3 y 18 años: el Ministerio de Asistencia Social se dedicaría sólo a ancianos y minusválidos.

Debido a mi dilatada experiencia, opinaba que la asistencia social debía ocuparse de toda la familia en caso de enfermedad, accidente o cualquier circunstancia adversa. La vida cotidiana y los problemas que acarrea afectan a toda la familia. A mi modo de ver, el decreto de entonces no tenía sentido. Me opuse, y quise convencer a las autoridades de que los cambios no harían más que empeorar la situación de los necesitados. Los asistentes sociales nos negamos a colaborar, pero perdimos la batalla. Por esta razón, cinco años más tarde, el 15 de marzo de 1950, abandoné mi puesto. Pensé que tal vez las organizaciones sociales me tratarían mejor y me comprenderían. Comencé a trabajar en la Sección Social de la Asociación de Minusválidos de la Guerra, que se ocupaba de prestar auxilio a los mutilados. Al igual que en el caso anterior, no había posibilidad de ayudar a toda la población.

Una vez más, abandoné mi empleo con la esperanza de poder crear una sección social en la Liga Femenina para solucionar la situación, pero la política se interponía en mi camino. En vista de ello, comencé a trabajar en el Ministerio de Educación en 1952 como directora de inspección educativa. Resultó muy interesante, pero exigía viajar a

menudo y conciliarlo con la vida familiar se me hacía difícil; entonces tenía dos niños pequeños que caían enfermos con frecuencia.

En 1954 me nombraron directora interina de asuntos pedagógicos en el liceo de Feldscherly, una escuela nocturna. No me costó decidirme: la vida me marcaba el camino. Disponía de más tiempo para mi familia durante el día. A partir de entonces pasé varios años trabajando en distintas escuelas médicas: de enfermería, en la sección de enfermeras de pediatría, de matronas, de ayudantes de laboratorio. En estas escuelas predominaba el perfil profesional médico, mientras que apenas se tenía en cuenta la formación pedagógica de los jóvenes. Junto con la sección de enseñanza médica del Departamento de Sanidad, y gracias a la disposición favorable de la dirección, conseguí conceder gran peso a la labor pedagógica con jóvenes. Resultaba muy importante, pues los profesores eran médicos y enfermeras, excelentes especialistas que, por otra parte, carecían de nociones básicas para dar clase. Había que prepararlos como correspondía.

El 1 de octubre de 1958, el antiguo ministro de Sanidad, el doctor Aleksander Pacho, me nombró directora del departamento de Escuelas Medias de Medicina del Ministerio de Sanidad. Ocupé este puesto hasta 1962. A partir de entonces dirigí la sección de Pedagogía de la Facultad de Odontología y Farmacia.

En 1967 me «obligaron» a retirarme: se me reprochaba haber mencionado en clase que me alegraba de que Israel ganara una de las guerras contra el mundo árabe. En aquella época predominaba la intolerancia frente a los judíos. Quería seguir manteniendo el contacto con los jóvenes; toda mi vida me había proporcionado una gran alegría y satisfacción. Comencé a trabajar en la biblioteca de una escuela, donde continué hasta 1984. Mi vida laboral duró 52 años en total: de 1932 a 1984.

Me ganaba la vida con un trabajo, pero nunca dejé de colaborar en causas benéficas. De niña fui un miembro activo de los scouts, donde aprendí muchas cosas útiles. Comprometerme con el grupo resultó muy beneficioso para mí, pues las normas de la organización ejercieron una influencia muy positiva en mi carácter y en mi comportamiento frente a ciertas situaciones. Allí aprendíamos a distinguirlo bueno de lo malo, a cuidar a enfermos y ancianos. Estas experiencias influyeron en toda mi vida. Durante la universidad me uní a las juventudes democráticas. Luchábamos contra las injustas disposiciones de la dirección académica, como el gueto de los bancos y las prohibiciones a los estudiantes de origen campesino. Mientras me dedicaba a trabajar en el Comité Ciudadano de Asistencia Social, y más adelante en la Oficina de Asistencia Social y sus subdepartamentos, me afilié al Partido Socialista de Polonia (PPS). Repartía prensa, panfletos, llamamientos y otros documentos propagandísticos entre las distintas fábricas.

Después de la guerra, en 1948, la antigua dirección del Partido Comunista de Polonia, PPR, se unió al Partido Socialista. Se creó el Partido de la Unión de Trabajadores de Polonia (PZPR). Ingresé en las filas del nuevo partido sin comerlo ni beberlo. Al poco tiempo me di cuenta de que no tenía nada en común con el PPS de antes de la guerra, con las palabras «independencia» y «justicia» escritas en su bandera. Antes de la guerra, el socialismo no significaba tanto una doctrina o un programa político como una clase de responsabilidad social y una negación del culto al dinero. Me sentía muy identificada con aquello. El giro del partido a partir de 1948 me hizo cambiar de opinión; dejé de colaborar y, en consecuencia, tuve muchos problemas que continuaron muchos años después de la guerra. En mi época en la Oficina de Asistencia Social del ayuntamiento fui denunciada porque había ocultado entre mis colaboradores a destacados activistas del Ejército Nacional. Solían reclamarme en la Oficina para la Seguridad Pública. Me amenazaban una y otra vez, incluso estando embarazada de siete meses, por lo que el bebé nació antes de tiempo. Estaba muy débil y murió a los pocos días. Lo viví como una tragedia.

Me libré de milagro de la prisión y las consecuencias de la época estalinista. Tuve que agradecerlo a una de las muchas personas que había salvado, la judía Irena M. P. Después de la guerra se había casado con uno de los responsables del departamento de Seguridad Pública de Varsovia. No lo sabía, no tenía ni idea de qué había sido de Irena tras el levantamiento. Años más tarde, cuando falleció su esposo y nos volvimos a encontrar, me dijo: «Me salvaste la vida durante la ocupación, y yo te salvé después de la guerra. Había una orden de prisión contra ti, lo que equivalía a una sentencia de muerte. Un día mi esposo enfermó. Sus colaboradores vinieron a casa para discutir las cuestiones más importantes y urgentes. Al servirles el café, escuché decir a mi marido: «A la vista de las pruebas, Irena Sendler debe ir a prisión». Cuando todos se retiraron, le conté cómo me había ocultado después de la guerra y el papel que habías desempeñado en mi salvación. Le rogué con lágrimas en los ojos que revocara la orden de prisión. Mi marido me amaba, teníamos dos niños pequeños. Al conocer la verdad, no dudó en ayudarte».

«Como directora de la oficina de asistencia social, fundé un periódico que se publicaba todos los meses, el *Opiekum Społeczny* («Asistente Social»), que permaneció en circulación durante casi cinco años.

Durante muchos años, en la Cruz Roja Polaca (PCK), fui miembro del comité examinador de la junta directiva, y una de las fundadoras de la Liga Contra el Racismo, una organización que contaba con muchos activistas del antiguo Zegota. Duró poco tiempo: el partido no tardó en suprimirla.

También formé parte, aunque poco tiempo, de la junta directiva de la Sociedad de Amigos de los Niños (TPD), además de la Sociedad de la Escuela Laica y el Sindicato Polaco de Profesores. Durante dos mandatos fui consejera nacional de la capital, siendo presidenta del Comité de Sanidad.

Cuando se creó *Solidarnósc*, en 1980, sus ideales me entusiasmaron. Abandoné el sindicato de profesores de Polonia y me uní a *Solidarnósc*. Conseguí convencer al personal de la escuela en la que trabajaba. Permanecí fiel a la nueva organización hasta que me jubilé.

Soy miembro de la organización República Abierta desde que se fundó, la Unión contra el Antisemitismo y la Xenofobia. Hace años que formo parte de la Asociación de Mutilados de Guerra y de la Asociación de Combatientes.

Recibí muchas condecoraciones por mi trabajo voluntario.¹⁰⁴ La más importante para mí es la medalla «Justa entre los Gentiles», que me otorgó Yad Vashem el 15 de diciembre de 1965».

Irena Sendler no pudo plantar su árbol en la Avenida de los Justos hasta 1983: durante años, las autoridades polacas se negaron a darle un pasaporte a pesar de las muchas invitaciones del Estado de Israel. Entonces se encontró con los niños que había salvado, que ya eran padres y abuelos. Casi todos ocupaban puestos de responsabilidad, eran profesores, médicos, abogados, artistas. La recibieron con cariño, al igual que los jóvenes israelíes.

21. Agradecido recuerdo

Irena Sendler planta un árbol en Yad Vashem, 1983; Janina Zgrzemska junto al árbol de su madre, en 1988; el árbol de Irena Sendler tiene ya veinte años!

Irena Sendler sufre sabiendo que las personas más comprometidas en la salvación de los judíos durante la ocupación han caído en el olvido. Entre ellas se encuentra Julián Grobelny y su esposa Helena. Ella lo recordó así en el suplemento especial de Gazeta Wyborcza, el 18 de abril de 2003: «Con motivo del 60 aniversario de las primeras actividades del Consejo de Ayuda a los Judíos, Zegota, que tuvo lugar en diciembre del año pasado, y del 60 aniversario del levantamiento del gueto de Varsovia, me gustaría recordar a su presidente, Julián Grobelny, conocido como Trojan, y a su esposa, Helena, conocida como Halina. Durante años fueron destacados activistas del PPS de Lodz. Julián trabajaba en Asistencia Social. Poco después de estallar la Segunda Guerra Mundial, cuando los alemanes marcharon sobre Lodz, los dos fueron incluidos en la lista negra del Tercer Reich. Después vivieron en su casita de Ceglów, cerca de Minsk Mazowiecki. Allí continuaron su labor en la izquierda polaca, en el marco del PPS en la clandestinidad. Cuando Julián Grobelny se convirtió en el presidente de Zegota, se instaló con su mujer en Varsovia en casa de unos amigos. Para garantizar su seguridad y la de sus conocidos, cambiaban de domicilio cada noche o cada dos noches.

Una tarde de diciembre de 1942, los intrincados caminos de la vida en la clandestinidad me condujeron al tercer piso de la calle Zurawia 24. Trojan me abrió la puerta al dar la contraseña. Quería conocerle y establecer contacto con él. Trabajábamos en un departamento de la oficina de asistencia social y sanidad del ayuntamiento, y a la vez salvábamos judíos. En principio éramos cinco personas, y más tarde diez. Cada vez resultaba más difícil conseguir ayuda material para los perseguidos. En octubre de 1939, los alemanes habían decretado la destitución de todos los colaboradores de origen judío y la supresión de las ayudas a la población judía que, según una orden de 1923, contaba con la misma asistencia social que los polacos.

Fuimos al gueto e hicimos lo que pudimos por sacar al mayor número posible de niños. Las condiciones empeoraban de un día para otro. Mientras me dedicaba a esa misión con mi colega Stefania Wichlińska, entre otras, intermediaria de Zofia Kossak-Szczuzcka, me enteré de que el Zegota disponía de medios financieros de la delegación nacional del gobierno. Después de haber informado a Julián Grobelny sobre nuestros tres años de actividad destinada a salvar a los judíos, respondió, con su omnipresente sentido del humor: «Jolanta, hagamos un trato y saldremos los dos ganando: usted dispone de una serie de personas de confianza, y nosotros de los medios económicos necesarios para ayudar a muchos más necesitados». Y así comenzó el siguiente capítulo de mi trabajo en la clandestinidad. Un mes después dirigía la Sección Infantil, como sucesora de Aleksandra Dragielowa. Había tenido que renunciar al trabajo porque su actividad profesional en el Consejo Principal de Asistencia (RGO) no le permitía dedicarse al Zegota.

Recuerdo a Julián Grobelny como una persona extraordinaria, un patriota. Participó activamente en los tres levantamientos de Silesia. Siempre prestaba atención y ayuda a las minorías nacionales, luchaba porque se respetaran sus derechos y se las tratara con respeto. Trabajaba sin descanso y era más exigente consigo mismo que con los demás.

Era un hombre intachable. Tenía una virtud de la que suelen carecer los hombres que ocupan altos cargos: la modestia. Trabajaba en cuestiones importantes, pero a sus ojos todos los hombres eran iguales. Prestaba ayuda a todo el que la necesitaba. En ocasiones, me avisaba por teléfono y me pedía que me acercara de inmediato a uno de los puestos de socorro. Yo me apresuraba, pues suponía que se trataba de un asunto

clave, y a veces así era:

Había que ocuparse de un niño judío porque acababan de asesinar a sus padres en su presencia. En otra ocasión me ordenó que fuera a un bosque entre Otwock y Celestynów, con un médico de confianza, a llevar medicinas a una mujer que se escondía en un vertedero con su bebé. Una profesora de la aldea vecina se encargaba de darle de comer, pero el pequeño estaba muy enfermo y necesitaba ayuda médica.

La bondad y el compromiso que demostraba Trojan siendo presidente de Zegota despertaban la simpatía y la admiración de todos los que le rodeaban.

Trabajaba sin parar, días y noches enteros. Tenía muy buen humor y, a la vez, su extraordinaria fortaleza tranquilizaba a los demás. A pesar de la amenaza constante de la muerte, su fuerza interior daba seguridad a los que le conocían.

Trojan fue autor de apasionados llamamientos en la prensa clandestina. Se dirigía, entre otros, a la delegación del gobierno, y exigía luchar de forma sistemática contra la extorsión. Propuso un decreto según el cual el chantaje debía castigarse con la muerte. También reclamaba que Zegota remitiera los delitos de extorsión a un tribunal especial. En consecuencia, el Zegota publicó unos panfletos en los que se pedía a los polacos que ayudaran a los judíos. A pesar de ser el principal responsable de la institución, su mujer y él repartían su trabajo entre más de diez judíos, antiguos colegas del PPS.

Se preocupaba por todos nosotros: el mejor ejemplo de ello fue cómo colaboró en mi liberación. Mientras me encontraba en la prisión de Pawiak me envió varias comunicaciones clandestinas en las que me aseguraba que el Zegota estaba haciendo todo lo posible para sacarme de aquel infierno. En cuanto existió la posibilidad de chantajear a uno de los hombres de la Gestapo y de rescatarme de la prisión, a pesar de la sentencia de muerte, Julián Grobelny y la junta directiva de Zegota, no dudaron un instante en reunir la cantidad solicitada.

Cuando los habitantes del gueto se sublevaron en abril de 1943, Trojan les proporcionó armas inmediatamente.

Su discreción innata y su amabilidad contribuyeron en gran medida a que Zegota funcionara a la perfección, a pesar de que la junta directiva estaba compuesta por representantes de todos los partidos políticos, a excepción del Stronnictwo Narodowe (Partido Nacional) y el PPR (Partido Polaco de los Trabajadores)

Durante toda la ocupación, el matrimonio vivió en la miseria. Llegaron a pasar hambre. Como activistas del PPS, al igual que todos los miembros, recibían una pequeña ayuda. A ello se añadían las insignificantes cosechas del jardín de la casita de Ceglów. No bastaba para alimentarse bien y los precios subían sin parar, de un día para otro. Como no tenían casa propia en Varsovia y se veían obligados a cambiar de residencia a menudo, tenían que comer en la ciudad, pero no siempre les llegaba el dinero. La salud de Grobelny, que sufría tuberculosis, empeoraba poco a poco.

Cuando fue detenido en enero de 1944 en Minsk Mazowiecki, tuvo suerte en la desgracia. La Gestapo no sabía que era presidente de Zegota, así que no lo apresó por ser presidente de Zegota, sino por considerarlo un activista peligroso de la izquierda polaca. La acusación resultaba bastante grave: los alemanes imponían castigos cada vez más drásticos a los que ayudaban a los judíos, incluida la pena de muerte.

Todo nuestro círculo era consciente de que Grobelny sufriría en la cárcel: su enfermedad avanzaba a pasos agigantados, estaba consumido por la guerra y su cuerpo no soportaría ni las torturas ni la dureza de la prisión. Nos dispusimos a proporcionarle medicinas y comida suficiente. Los médicos que trabajaban en la clandestinidad nos ayudaron, entre otros: Zofia Franio, directora de la clínica para tuberculosos, Mieczysław Rompek, del hospital para enfermedades respiratorias de la calle Spokojna 15, en Varsovia, y Jan Rutkiewicz, miembro del PPS. Gracias a sus esfuerzos, Trojan sobrevivió al final de la guerra y salió de la cárcel.

Fue nombrado jefe del subdistrito de Minsk Mazowiecki, pero su enfermedad continuó

avanzando. Falleció en 1948, tras un año de excelente trabajo en el nuevo puesto. Fue enterrado con todos los honores que le correspondían a un activista de su talla. Sus restos descansan en el cementerio de Mińsk Mazowiecki.

Su mujer, Helena, tardó mucho tiempo en recuperarse de la pérdida de su esposo. Vendió la casita de Ceglow e invirtió parte del dinero en un apartamento en Lodz. Enfermó. Al igual que todos los que recibimos la medalla «Justo entre los Gentiles», una fundación de Nueva York le otorgaba una ayuda simbólica, y la Fundación Anna Frank de Basel le proporcionaba medicinas.

Fui a visitarla a Lodz en varias ocasiones. Falleció en 1993. Asistieron a su entierro la representante del Instituto Histórico Judío, Halina Grubowska, y sus amigos y colegas del PPS. Todos recordaremos a Helena como la fiel seguidora de su esposo, Julián.

Nunca olvidaremos que Julián Grobelny dedicó su vida a luchar por la justicia social de todos los polacos, independientemente de su origen y su religión.

En el archivo de Irena Sendler se encuentra también la copia de la declaración de Helena Grobelna, con fecha del 20 de abril de 1963: «Por la presente, declaro que mi esposo Julián Grobelny, nombre en clave Trojan, presidente del Consejo de Ayuda a los Judíos durante la ocupación, me comunicó lo siguiente:

1. Irena Sendler, nombre clave Jolanta, colaboró estrechamente con la presidencia de Zegota.
2. Fue apresada por la Gestapo a causa de dicha actividad en otoño de 1943, encarcelada en Pawiak y condenada a muerte.
3. Como Irena Sendler guardaba en su casa parte del archivo del Consejo de Ayuda a los Judíos, había organizado la salvación de montones de niños y era la única persona que sabía de memoria sus escondites en clave, la presidencia del Zegota hizo todo lo que pudo por salvarla. Los esfuerzos de mi esposo y de los demás miembros de la presidencia dieron como resultado la liberación de Irena Sendler de la prisión de Pawiak el día en que iba a ser fusilada. Ese día, los altavoces del poder de ocupación pronunciaron los nombres de los asesinados, entre los que se encontraba Irena Sendler.
4. Desde entonces, Irena Sendler tuvo que vivir con falsa identidad, abandonar su casa y ocultarse. Aún así, continuó colaborando con el Consejo de Ayuda a los Judíos hasta el fin de las acciones militares».

22. ¿Si nos acordamos? ¡Nos acordaremos!

Michal Dudziewicz dirigió el documental *La lista de Sendler*, ¹⁰⁵galardonado en los festivales de cine de Estocolmo y Niepokalanów. «En Polonia siempre se ha preferido hablar de mártires que de héroes. Es preferible hablar de Janusz Korczak que de Irena Sendler, pues nos recuerda lo que no hemos hecho, a pesar de que podíamos hacerlo», dice Leszek Kantor, politólogo de la Universidad de Estocolmo y organizador del Festival de Cine Documental.¹⁰⁶

«En el verano de 2002 invité a mi casa a un grupo de muchachas estadounidenses que habían escrito una obra de teatro sobre Irena Sendler —cuenta Tomasz Szarota—. Cuando hablé con ellas, apenas pude decirles si Polonia había honrado a la mujer que había salvado a varios cientos de niños judíos».¹⁰⁷

Szewach Weiss, embajador de Israel en Polonia, dijo a la periodista del semanario *Wprost*: «Los hombres no nacen para ser héroes. Las madres traen a sus hijos al mundo y los educan para la vida, así de simple. Por esta razón no hay héroes más destacados ni valientes que los “Justos entre los Gentiles”». (108)

Hablando con Joanna Szwedowska, Weiss comentó: «Cuando estuve en Polonia me convencí de que, tanto aquí como en Israel, el Holocausto continúa. En la conciencia de los hombres, en su memoria, en la memoria de los niños. En los problemas morales que debe resolver de algún modo la sociedad. La esperanza está en la generación siguiente (...) Conozco a muchos polacos que me han contado cómo salvaron a judíos durante la guerra. Ya se sabe que durante muchos años en Polonia no se habló del tema, como si ocultar judíos fuera algo por lo que sentirse avergonzado».¹⁰⁹

Al final de la película de Michal Dudziewicz, que también habla de la estancia de las cuatro estudiantes estadounidenses, Irena Sendler dice: «Mientras viva, mientras tenga fuerzas, no me cansaré de repetir que lo más importante del mundo, lo más importante en la vida, es el Bien».

Antes de regresar a los Estados Unidos, las muchachas se despidieron de su heroína con estas palabras: «¡Nos acordaremos!».¹¹⁰

23. Identidades divididas

«No dejo de pensar que estoy aquí de milagro: se me perdonó la vida», dice Michal Glowinski, especialista en literatura y autor de unas memorias tituladas *Archivo de experiencias y liberación*.¹¹¹

«Se trataba de un fenómeno social en Polonia, Israel, en casi todas partes. Se evitaba hablar del exterminio. Hasta hace veinte años, nadie se interesaba por el tema. Cada vez quedan menos supervivientes.

Al fin, ahora todos son conscientes de lo sucedido y quieren escribir y hablar sobre ello. El proceso se observó en Polonia, Israel y América (...) En las casas no se toleraba, nos lo guardábamos. Nunca le conté demasiado a mis amigos y colegas porque el miedo seguía dentro de mí. No dejé de sentir su peso hasta 1989 (...) El gueto es un misterio para mí. No acabo de creérmelo, y eso que lo vi en un mapa. (...) Tengo la sensación de que todo lo que pasó no puede justificarse desde un punto de vista religioso, independientemente de la creencia. Resulta difícil encontrar una teodicia, una justificación divina a la preponderancia del mal en el mundo».¹¹²

«Cubrí con el velo del silencio todo lo que era importante para mí», escribe en su relato autobiográfico *Historia jednej topoli*, «Historia de un álamo».¹¹³ «Era consciente de que no había acabado en un campo gracias a una serie de circunstancias. Años después, considero que fue un verdadero milagro». También fue un milagro que toda la familia de Michal Glowinski pudiera salvarse. Sus padres y abuelos sobrevivieron a la guerra. Por separado. Todos se ocultaron en un lugar distinto. Al reencontrarse después de la liberación, pocas veces recordaban a todos los miembros de la familia, amigos y conocidos que habían perdido la vida. «Cualquier recuerdo iba unido al dolor, reabría las heridas, evocaba momentos terribles, el sentimiento de pérdida que nadie conseguía asimilar, y demostraba que era imposible librarse del peso de lo sucedido, un peso que oprimía más que una piedra de molino. No podíamos librarnos de aquello: todos los que lo vivimos seguimos cargando con la cruz, está en nuestras vidas como una especie de pólipo que no se pudiera eliminar con una operación, por complicada que fuera.

En otro libro autobiográfico de Michal Glowinski, *Tiempos oscuros*, llaman la atención reflexiones muy íntimas: «Tengo la sensación de no haber salido todavía del sótano en el que viví, no consigo ordenar en mi memoria la terrible odisea en el lado «ario», soy incapaz de situar en el tiempo los acontecimientos (...) Interioricé un preciso sistema de alarma que se activaba cada vez que mi lengua se desataba para hablar de mi origen. En lo más hondo de mi ser, interioricé las reglas para ocultarme. Era muy consciente de todas ellas, me esforzaba por no resistirme». El autor de estas palabras apenas tenía cinco años cuando estalló la guerra. Vivió la expulsión del gueto en Pruszków, en el distrito judío de Varsovia. Fue testigo presencial del terror en la plaza de los trasbordos, recuerda las condiciones de vida de su familia tras la gran acción y de la huida junto a sus padres una mañana de invierno, el 2 de enero de 1943.

«Llevo muchos años intentando encontrar una descripción literaria del miedo, pero no he dado con ella, y creo que no existe». Tal vez estas palabras sean el mejor testimonio del horror que vivió.

Jadwiga Kotowska, autora y heroína del recuerdo estremecedor de un niño, cuenta: «Hay heridas que no sangran, pero que se reabren en cuanto se habla de todo. Entonces es difícil. Es como volver a vivirlo, como volver a verlo».¹¹⁴

Durante años me dediqué a estudiar el teatro polaco en el exilio. Mi investigación me condujo a Londres, Nueva York, Chicago y Washington. Por todas partes encontraba personas que huían de sus experiencias de la guerra. ¡Se ocultaban de ellas en el fin del mundo! ¡Literalmente! Pero no era una huida del horror de los recuerdos. Huían de sí mismos. En California, alguien me dijo: «Sabe, de niño pasé cuatro años escondido.

Salí con vida, pero no sé para qué. Hace más de cincuenta años que sigo escondiéndome. Tuve que olvidarme de todo para vivir. Lo más difícil ha sido olvidar a mi madre, nunca he querido saber qué le pasó, cómo murió. He querido ahorrárselo a mi cabeza y a mi corazón. Nadie de mi familia actual conoce mi historia de la guerra. Ni mi madre, ni mi hijo, ni su familia. Creía que me iría mejor si no me hubiera marchado de Polonia y me sentía extranjero en todas partes: así que viajé a Polonia. Entré en la casa en la que nací y en la que viví hasta 1939. Tuve una extraña sensación. La casa había resultado bastante dañada, pero se había librado en gran parte del levantamiento. Hoy en día está en ruinas, pero sigue habitada. Viven allí ancianos, mendigos. Antes de la guerra era propiedad de personas pudientes. Estaba limpia, reluciente, olía a limpio. ¡Recuerdo el aroma! Y también el del caldo de gallina, ¡no había otro igual! No quedaba nada de aquello... Pero volví del viaje cambiado, aliviado. Me había reconciliado con mi pasado y con mis recuerdos. Incluso quise contárselo todo a mi mujer y a mis hijos, pero dejé las cosas como estaban. Era mi mundo, un mundo que ya no existe y que nadie que no lo haya vivido comprenderá jamás».

Entendí a mi interlocutor, que ha querido permanecer en el anonimato, cuando leía las palabras de Szewach Weiss, también niño del Holocausto: «Cuando sentí nostalgia de Polonia en Israel, quise regresar a los lugares de mi infancia y me entristecí. Pero la tristeza, las personas. (...) El alma, el interior de los hombres, se compone de distintos colores que son el reflejo de los sentimientos (...) El silencio sobre el exterminio es el pecado más grande de la humanidad. Durante muchos años no se habló de ello ni en Israel ni en Polonia. Es un fenómeno de la tercera generación. La primera generación, que protagonizó la Historia, que había vivido la guerra, que había sufrido experiencias dramáticas como el exterminio, el exilio: aquello le cambió la vida. La segunda generación, la de los hijos, está tan cerca que ni siquiera tiene el valor de conocer la verdad, de hacer preguntas. Las palabras «no se hablaba del tema» son un ejemplo de ello. Tanto la segunda generación como la primera, la de los salvados, se esfuerza en tener una vida normal: casa, trabajo, escuela, normalidad. La normalidad define la vida de la primera generación antes de la tragedia, la generación de los nietos lleva una vida tranquila, como la de todos los hombres: está lista para plantear preguntas y buscar respuestas. Comienzan, así, a descubrir y describir la historia de la primera generación».¹¹⁵

Aquello me recordó las palabras de la nieta de Irena Sendler, Agnieszka: sorprendida ante la visita de un equipo televisivo extranjero, preguntó: «Abuela, ¿qué has hecho para ser tan conocida?». A una pregunta tan sencilla, Irena respondió con brevedad: «Seguí la voz de mi conciencia. No podía sobrevivir a la guerra de ningún otro modo», añadió durante uno de nuestras conversaciones. No pude evitar hacer otra sencilla pregunta, que no le gusta nada a Irena Sendler. «¿Tuvo miedo?». «Sí. Tuve miedo. Pero el odio y la ira fueron más fuertes que el miedo». En otra ocasión, me respondió a la misma pregunta: «Me comportaba como si aquellos sentimientos no existieran. Algo me impulsaba a actuar así, a hacer aquellos esfuerzos. Era más fuerte que el miedo. Sabía que debía hacerlo, que no debía vivir de otro modo. Claro que hubo momentos de debilidad, de temor, de miedo, como todo el mundo. Pero, ¿tenía otra elección?»

En una ocasión, estando yo presente, Irena rechaza hacer una entrevista. El periodista argumenta que es la última testigo de los acontecimientos, que la Historia, que el mundo necesita su testimonio de la verdad. «¿El mundo?», se sorprende. «¿Me ayudó el mundo cuando salvaba a niños, cuando salía a la calle y lloraba impotente?», pregunta, con amargura.

«No me preocupaba por mí, sino por los niños salvados. Pensaba cómo sería su vida en el futuro. Siempre me preguntaba si habría hecho todo lo que podía, si de verdad estarían a salvo. Sabía que los horrores de la guerra marcarían su vida futura. Todo el que ha sobrevivido a la guerra tiene algún tipo de neurosis.

«Todavía hoy siento cierto miedo. Por ejemplo, no puedo ir a un café y sentarme de espaldas a la entrada principal», reconoce Antoni Marianowicz en su libro *Zycie surowo wzbronione*, «Prohibido vivir». «Son miedos irracionales que deben de tener su origen en aquella época, cuando la salvación de los judíos rayaba el milagro. (...) Quien no lo ha vivido no puede opinar».

Magdalena Grodzka-Guzkowska escribe en su libro *Szqsciara*, «Buena estrella»: «Hoy en día las librerías de Polonia están llenas de recuerdos del tiempo del exterminio. ¿Por qué tantos años después? Es una pregunta para psicólogos y sociólogos». A los 78 años, esta autora tuvo el valor de «hablar en voz alta de recuerdos que la atormentaban». Durante la guerra era una muchacha. En mayo de 1942 estaba a punto de entrar en la universidad. Soñaba con estudiar Medicina. Participó en actividades clandestinas. Fue perseguida por la Gestapo. Jaga Piotrowska, una de las mejores intermediarias de Irena Sendler, le encomendaba «tareas insignificantes, pero especiales». Era «una de las personas que devolvía la luz del sol a los niños judíos, pálidos, que respiraban aire puro después de meses escondidos en espacios oscuros. Estaban tan pálidos al salir a la calle... Todo el mundo se daba cuenta. Les llevaba del lugar A al lugar B. Les daba de comer. Y les enseñaba a no mostrar a los alemanes y szmalcowniks que eran judíos». «Llevaba a niños lívidos, anémicos, al Vístula. Jugaban al sol, se bañaban en el río. Después de unas cuantas excursiones recuperaban su apariencia sana, normal. Aquello resultaba muy importante para su vida futura, para garantizar su seguridad. No podían salir si se distinguían de los niños polacos de su edad.

Natan Gross escribió en su artículo *Irena y Jan*, publicado en el semanario *Nowiny Kurier* de Tel-Aviv: «Irena Sendler es una mujer extraordinaria. Se dice de ella que fue la estrella más brillante en el oscuro cielo de la Polonia ocupada. El premio que se le concedió, el Jan Karski, puede considerarse el premio de la conciencia. En mi opinión, Irena Sendler y Jan Karski son dos personas que merecen el ser recordadas siempre por todos los judíos».

En una de nuestras últimas conversaciones, justo antes de entregar el manuscrito a la editorial, Irena Sendler dijo: «Al analizar la vida de los niños salvados nos damos cuenta de que su vida está en pedazos. Las trágicas vivencias de su infancia, la pérdida de sus familiares más cercanos, padres, abuelos, hermanos, los han marcado para siempre. De nada sirvieron los esfuerzos de las monjas, de los hogares que los acogieron, de las personas que arriesgaron su vida y que hicieron todo lo posible por endulzar un poco su juventud. Sufren el drama de su infancia y no han superado la pérdida de sus seres queridos. Les embarga la sensación de llevar una vida partida en dos. A pesar de llevar años buscando intentando encontrar sus raíces. Nada más hacerse adultos buscan el rastro de sus familias, de sus orígenes, por insignificante que sea.

Y muchas veces la búsqueda es infructuosa. El anonimato les atormenta sin cesar y envenena su vida, que suele ser estable. Todos los supervivientes del infierno nacionalsocialista sufren la misma enfermedad. A menudo, en su vida actual han alcanzado la estabilidad familiar y profesional que anhelaban pero, a pesar de todo, son personas que tienen muy presente el drama de la guerra.

24. La vida familiar después de la guerra

«Mis abuelos paternos murieron antes de la Primera Guerra Mundial», cuenta Irena Sendler. «No los conocí. Mi abuela materna murió pocas semanas después de mi nacimiento, tampoco la conocí. Mi abuelo, Ksawery Grzybowski, falleció en 1923. Yo tenía trece años. Sufrí mucho al perderlo: al regresar de Rusia ocupó el lugar de mi padre, que había muerto 1917».

«Mis padres se conocieron antes de la guerra», cuenta la hija de Irena Sendler, Janina Zgrzemska. «Mi padre estudió Derecho en la Universidad de Varsovia, y, después de la guerra, Historia en la Universidad de Jagiellon, en Cracovia. Era activista del PPS, y se conocieron en el partido. Durante la guerra vivió en Praga y Otwock. Su nombre clave era Adam. Mamá le ayudó de algún modo. Se casaron en cuanto pudieron. Vivíamos en la calle Belwederska. Recuerdo que mi padre solía escribir a máquina y leía mucho. Daba clases de Historia en una escuela. Amaba Varsovia. Recuerdo que me llevaba a dar largos paseos por la ciudad, yo tendría unos cuatro o cinco años. Me hablaba de las casas, calles, plazas. Entonces me cansaba y me aburría escucharle. El matrimonio de mis padres fracasó. Se separaron cuando tenía 14 años y mi hermano 10. Poco después mi padre murió de apoplejía, a los 49 años.

Nuestra casa estaba siempre abierta a los necesitados, y pululaban los extraños, jóvenes y ancianos. Para mí siempre eran viejos. Mi madre respondía enseguida cuando le preguntaba quiénes eran: «mi intermediaria», «un conocido de la guerra». Después dejé de preguntar. Nuestra casa estaba cuidada. Teníamos una asistenta que se ocupaba de las tareas domésticas. Mi hermano y yo esperábamos constantemente a nuestra mamá, pero sólo tenía tiempo para los demás. Trabajo. Y después del trabajo, reuniones, conferencias, visitas a las distintas instituciones sociales. A los tres años le pedí que me llevara con ella al orfanato. Sorprendida, me preguntó el porqué. «Para verte más», respondí. Dejaba circulares del colegio en la mesa en las que se convocaba a los padres de los alumnos. Soñaba con que mi madre, y no la asistenta, me acompañara a la escuela el 1 de septiembre. Nos educaba por teléfono. Nos llamaba desde el trabajo y nos preguntaba si todo iba bien. Daba instrucciones sobre lo que debíamos hacer y comer.

En 1965, mi madre recibió la medalla Yad-Vashem. Yo tenía 18 años, así que entendía por qué se la habían otorgado. En marzo de 1968, mi madre se puso muy enferma. Tenía riesgo de infarto. Pero no se quedó en la cama. Decía: «Apalean a los judíos, ¡hay que fundar otro Zegota!» Y nos daba 100 zloty a mi hermano y a mí. «Son para el vigilante de la cárcel: si os detienen, avisará a alguien». En aquella época iba a la universidad, y mi hermano a la escuela. No éramos lo que se dice buenos estudiantes. Pero también había sorpresas. Una vez recibimos un paquete de América con delicatessen. Lo enviaba un tal Frank Morgens, ¹⁷ superviviente del Holocausto. Lo había salvado Wala Zak, había oído hablar de mi madre y quería demostrarle su gratitud. Conocí a Wala Zak en Israel, en 1988. Escribió una dedicatoria en la foto que le envió a mi madre: «...Para que sepas que puedes contar con mi amistad».

Mi madre tenía muchos amigos. En Polonia, Israel, Suecia, Dinamarca, Canadá, Venezuela. Allí donde hay judíos que han sobrevivido al Holocausto. Escriben cartas, mandan libros, la visitan. La primera vez que fui a Israel, en 1988, el árbol de mi madre tenía cinco años. ¡Hoy tiene veinte! En todas partes era bienvenida y me invitaban siempre. Entonces comprendí de verdad lo que había hecho mi madre. Tengo amigos en Israel que me acogieron en sus familias por ser hija de Irena Sendler. Me sentí orgullosa y feliz. Mi mamá me contó que una vez, en una de sus visitas, sucedió algo curioso: un sábado alguien la llevaba en coche por Jerusalén. Absortos en la conversación, pasaron por un barrio de ortodoxos. De pronto empezaron a tirar piedras al coche. El conocido de mi madre rió: «en la guerra salvabas a los judíos y ahora te

lapidan».

«A veces creo que he sido una mala hija, una mala madre y una esposa bastante mala», dice Irena Sendler. «Dos matrimonios rotos. Siempre fuera de casa. Mis compromisos laborales y con la beneficencia tuvieron un efecto negativo en mi vida».

Durante la guerra era consciente de que lo que hacía para salvar a los judíos ponía en peligro a mi madre, gravemente enferma. Si todo hubiera estallado, tal y como sucedió al final, mi madre se habría quedado sola y habría muerto, pero nunca me dijo: «¡No hagas eso! No corras riesgos, cuídate». Sabía lo que hacía. Contaba con su aprobación y apoyo moral. Después de mi detención, mis colegas se hicieron cargo de mi madre. Me aliviaba saber que podía confiar en ellas. No me derrumbé. Más tarde sufrí mucho por la muerte de mi madre porque ni siquiera pude asistir a su entierro. Después de la guerra, pasé mucho tiempo yendo a su tumba cada día.

No me decidí a tener hijos hasta los treinta años, a pesar de mis muchas obligaciones profesionales y para con la causa benéfica. Mi hija lleva el nombre de mi madre, Janina. Nació el 31 de marzo de 1947. Mi primer hijo, Andrzej, vino al mundo el 9 de noviembre de 1949. Desafortunadamente, los constantes interrogatorios a los que me sometieron las autoridades provocaron que naciera prematuro. Sólo vivió once días. Tuve otro hijo, Adam, el 25 de marzo de 1951.

Ahora sé que, como madre, es imposible conciliar la vida familiar con el trabajo y el compromiso benéfico. Y los que lo sufren son los hijos. Sé que mis hijos siempre han estado esperándome. Soy consciente de que mi actividad durante la ocupación alemana ha influido de forma negativa en ellos. A pesar de haber superado el examen para estudiar literatura polaca, Janka fue tachada de la lista de admitidos por razones que no llegamos a conocer, y me preguntó: «mamá, ¿qué barbaridad has hecho?» Tuvo que cursar estudios en la universidad nocturna. Años después, mi hijo se encontraba en la misma situación. Recuerdo como si fuera ayer cómo me miró: desesperado, impotente y ofendido. También él me preguntó: «¿Por qué?». Estudió biblioteconomía en el turno de noche, en Breslau.

Recuerdo cómo me decía que, de niño, había estado a punto de romper un cristal con la mirada fija en la ventana durante horas. Una vez, cuando tenía cinco años, mi amiga Adas le preguntó por qué no me contaba a mí todo lo que le contaba a ella, y replicó: «A mi madre no se le puede contar nada. Cada vez que le cuento algo, se va». Adam nos abandonó de pronto, la noche del 23 de septiembre de 1999. No consigo aceptar lo sucedido. El recuerdo me consume.

Además de dos hijos propios, tuve dos hijas adoptivas mayores. Se trata de una historia particular. Durante la guerra, mientras se exterminaba a los judíos y yo hacía todo lo posible para salvarlos, tuvimos que acoger a dos muchachas con especial cariño. Habían sufrido mucho en la ocupación. Una de ellas, Teresa, de doce años de edad, vivía con sus padres y su hermana menor en Ceglow, en el distrito de Minsk Mazowiecki. Su padre y su hermana habían sido asesinados en su presencia. Se trasladó con su madre a Varsovia gracias a Julián Grobelny, y fueron acogidas por una familia en Praga y por el activista del PPS Szymon Zaremba. Teresa no permaneció mucho tiempo con él: la Gestapo lo perseguía y tuvo que abandonar Polonia. Me puse en contacto con Grobelny y le rogué que se ocupara de la niña. Pasó unos días en mi casa, atemorizada. No podía quedarse, porque también yo había sido amenazada a causa de mi trabajo. Días después la llevé con una familia, Zofia Wedrychowska y Stanislaw Papuziński, en la calle Matwicka número 3 del distrito de Ochota. Tenían cuatro hijos y siempre acogían con cariño a los niños que les enviaba.

A los pocos meses sobrevino la tragedia: el 21 de febrero de 1944, la Gestapo entró en la casa mientras los dos hijos de Papuziński organizaban una reunión de los scouts y hacían tiro al blanco. Uno de hombres de la Gestapo lo vio, disparó un par de tiros y se retiró para buscar ayuda. Hirió gravemente a uno de los jóvenes, un amigo del hijo de

Papuziński. Zofia Wedrychowska ordenó a Teresa que huyera con los demás niños a casa de unos conocidos en la calle Krucza. Se ocupó del muchacho herido. Al poco rato llegaron más de cien hombres de la Gestapo y se los llevaron en un «cuchitril», un camión cubierto con un toldo. «Por suerte» el chico murió durante el viaje. Zofia Wedrychowska fue trasladada primero a Aleja Schucha y después a Pawiak, donde fue fusilada días más tarde, el 26 de abril de 1944. Me encargué de llevar a los niños al campamento cerca de Garwolin. Se quedaron allí hasta el final de la guerra. Después los llevé a un orfanato de Okecie, construido en lugar del hospital de insurrectos. Cuando regresé a Varsovia, el 15 de marzo de 1945, Teresa estaba en mi casa. Fue al colegio y estudió odontología. Se casó y emigró a Israel en 1956. Tiene dos hijos. Nos escribimos, y me visitó cuando vino a Polonia con su familia. Me acogió en su casa de Israel en 1983.

La otra muchacha, igual que una hija para mí, se llamaba Irenka. Sus padres habían sido ricos comerciantes antes de la guerra y tenían una empresa con un polaco cuando se marcharon al gueto. A cambio de una buena cantidad de dinero, el polaco les prometió ocuparse de los niños, Irenka y su hermano, en el lado «ario». Una de mis intermediarias supo indirectamente del destino de estos niños. Acogió al chico, y yo me hice cargo de la niña. Desafortunadamente sus padres murieron en el gueto.

Cuando trabajaba en el hospital de los insurrectos le presenté a mi hija. La cuidé hasta que su tía materna volvió de Rusia en 1950. Irenka vivía en nuestra casa. Iba a la escuela. Cuando terminó se fue a un campamento, conoció a alguien y se casó. Se trasladó a Stetin, donde estudió agronomía en una escuela nocturna. Su hija es oncóloga, vive en Varsovia.

Teresa me escribió después de varios años: «¿Sabes por qué era tan mala y desobediente contigo? Porque tu bondad me afligía. Pensaba: ¿con qué derecho sustituyes a mi madre?»

25. Voces de los niños salvados

Este capítulo surgió por iniciativa de Irena Sendler. Pidió a algunos de los niños a los que había salvado que escribieran algo sobre sí mismos, sobre aquella época y lo que habían vivido. ¿Qué sentían entonces? ¿Qué recordaban ahora? ¿Cómo había influido su pasado en su vida? No importaba ni cómo lo contaran ni si era mucho o poco. Resultó que no fue tarea fácil escribir sobre lo que habían vivido ni sobre lo que sentían por Irena en lo más hondo de su corazón. Abría heridas que el tiempo había curado. Pero sin su visión personal, sin su cariñoso recuerdo y su enorme agradecimiento a Irena, este libro quedaría incompleto.

Teresa Körner (Israel)

Nací un 14 de febrero en Ceglów. Me llamaba Chaja Estera Szatjn. Durante la ocupación, Irena Sendler me proporcionó un acta de nacimiento con el nombre de Teresa Tucholska. Irena y Julián Grobelny, amigo de mi padre, me salvaron. Me entregaron a sus

conocidos Zofia y Stanislaw Papuziński. Después de la guerra volví a encontrar a Irena y viví los primeros años con ella, hasta el bachillerato. Compartí con Irena y su familia la falta de espacio, de pan y de leña durante el invierno. Me ponía nerviosa con su instinto protector, quería sustituir a mi madre. Al terminar el bachillerato me matriculé en Odontología, necesitaba estar con personas de mi edad. Me trasladé a una residencia de estudiantes. Llevo muchos años viviendo en Israel, pero sigo en contacto con Irena. Estuvo en mi casa en 1983 en Newe Monson, cuando vino a Israel a plantar su árbol en Yad Vashem. Y también vino su hija. Cada vez que voy a Polonia, sola o con mis hijos, le hago una visita a Irena. Nunca olvido ni su cumpleaños ni su santo.

Irena Wojdowska (Stettin)

Conocí a Irena en Praga el verano de 1943. Me refugié allí gracias a ella. Supongo que el Zegota financió mi estancia. Era el lugar donde se ocultaban los perseguidos por el poder de ocupación. Antes me había escondido con mi hermano Bogdan en casa de Jadwiga Bilwiny Jadwiga Koszutska en la colonia de Kolo, calle Obozowa, en el barrio de Wola de Varsovia. Allí viví con muchos judíos, en un apartamento en el que se hacían personas de izquierdas que querían ponerse en contacto con los partisanos. El escondite se descubrió un día de primavera de 1943. Los szmalcowniks de Varsovia y los «azules» lo asaltaron a plena luz del día persiguiendo a alguien que estaban espionando. Descubrieron algunos «arrendatarios» indeseados, no registrados. Pasé casi un año separada de Bogdan.¹¹⁸ En los documentos que nos habían conseguido figurábamos como hermanastros. Nos echábamos mucho de menos, y más aún cuando no podíamos ponernos en contacto para garantizar la seguridad de otros. Me enviaron a un campamento de verano para huérfanos cerca de Varsovia. Pasé allí unas dos semanas hasta que me refugié en Praga. No sabía ni el paradero de mi hermano y qué habría sido del resto de los habitantes de la calle Obozowa. En mi nuevo escondite me hice con nuevos documentos y una vida ficticia. Durante la ocupación tuve que cambiar de identidad tantas veces que sólo recuerdo mi último nombre. En Praga conocí a Stefan, activista del PPS. Creo que le caía bien. Stefan me daba clases. Era un hombre muy listo y bondadoso, conocido de Irena. Entonces no conocía su apellido.

La ocupación me enseñó que no hay que cargar a un niño de información inútil. A veces, Irena Sendler venía a la casa de Praga. Irradiaba optimismo y una cierta libertad. Era muy activa, cariñosa y amable. En otoño de 1943 la perdimos de vista. La tristeza y la desesperación se apoderaron de nosotros. Aún hoy recuerdo que me temía lo peor, a pesar de que no pregunté qué había sucedido. Parte de los habitantes de la casa se trasladó a Otwock. Yo me pasé todo el invierno entre Varsovia y Otwock. Transportaba la comida que nos cocinaba María Kukulska en grandes pucheros de loza. Tenía que caminar un buen trecho entre la parada del tranvía y la estación, muy cargada para mi edad. Nunca me quejé a nadie. Durante el viaje en tren deseaba que alguien me recogiera en la estación de Otwock y me ayudara. A pesar de que tenía once años, comprendía bien la gravedad de la situación. Recuerdo que la época de tristeza y desesperación se transformó en alegría, casi euforia. Entonces me contaron que Irena había sido detenida y que podrían liberarla. Me enteré de los detalles después de la guerra. Irena conocía bien a las personas que me cuidaban. Resultó que había colaborado con Jadwiga Bilwin, empleada de la Oficina de Asistencia Social de Wola durante la ocupación. En enero de 1944 regresé a la calle Obozowa.

Mi siguiente encuentro con Irena Sendler fue inesperado. Irena vino a Lublin en invierno de 1945, destinada a proporcionar ayuda económica al asilo de Okecie, en Varsovia. Allí trabajaba, entre otros, Stefan Zgrzembki. Nos alegramos mucho de vernos, pues no sabíamos quién había quedado con vida tras el levantamiento. Entonces, por primera vez tuve que tomar una decisión importante. Irena me propuso regresar con ella a Varsovia, a Okecie. Tuve que decidir si dejar a mi hermano y las dos Jadwigas y hacer realidad los planes de buscar a mis padres. Puede que estuvieran en Varsovia. Quería creer que seguían vivos y que los encontraría allí. A veces sucedían ese tipo de cosas, la gente regresaba de los campos o de sus aventuras por el extranjero. Yo contaba con ello. Quería asistir a clases, nunca había ido a la escuela. En teoría iba a empezar el 1 de septiembre. Por otra parte, quería facilitarles la vida a las mujeres que se ocupaban de mí. Decidí regresar a Varsovia. En Okecie no me fue bien. Irena y Stefan me trataron como a una hija. Las condiciones de vida eran pésimas, como en toda Varsovia. Vivía con Irena Sendler y otras dos familias en una sola habitación. Dormía en la cama de Irena, y cuando estaba enferma me cuidaba con un mucho cariño. Fui a clase y conocí a gente de mi edad. Al cerrar el asilo de Okecie nos trasladamos a lo que quedaba de Varsovia. Ocupamos una casa vacía, abandonada por sus antiguos propietarios. Vivimos entre las ruinas. Nuestra primera casa en la calle Sienna estaba hecha de escombros. Desde allí íbamos con Irena a buscar leña y agua de la fuente. Había que hervirla antes. Vivimos en la miseria, pero yo estaba acostumbrada. Recuerdo muy bien aquella época que pasamos juntas. Irena y yo hablábamos mucho, estaba muy pendiente de mí y me ayudaba en todo. Disfrutaba de nuestras conversaciones. Podría decirse que manteníamos una gran amistad que iba creciendo con el tiempo.

Nuestra última casa «clandestina», es decir, en la que vivimos sin permiso, la compartimos con dos o tres familias más en Aleja Jednoski Narodowej, entre las calles Wawelska y Koszykowa.

Mientras vivimos allí estudié en el instituto Slowacki, en la calle Wawelka, después de aprobar sexto curso en la calle Sienna.

Recuerdo un incidente con un cura en el primer curso de instituto. Era un profesor muy culto para la época que había estudiado dos carreras. Daba clase de filosofía y religión. Comenzó a tomar nota de si íbamos a misa o no. Daba clase los lunes. Ponía malas notas a los alumnos que no iban a la iglesia. Una vez le mentí porque tenía miedo de que me pusiera un dos, que en Polonia equivalía a un cero. Irena no había tenido tiempo de arreglar las cosas y hablar con la directora. Como no me gustaba mentir, le metí prisa para que tomara cartas en el asunto. Se encargó de que quedara exenta de

religión. A su vez, el cura me propuso no asistir a sus clases. Era un hombre de extrema derecha, siempre me provocaba para que discutiera con él, y siempre ganaba: era un orador excelente y brillante. Al fin se dio cuenta de que molestaba, así que yo disponía de una hora libre. Irena insistió en que le describiera con detalle el incidente porque ya no se acordaba. Yo aprovechaba la hora libre para ir de oyente a la clase de botánica de tercer curso, en el jardín de la escuela.

Cuando mis «tías de la guerra», Jadwiga Bilwin y Jadwiga Koszutska, regresaron a Varsovia, viví con ellas en casa de conocidos de la época de la ocupación. Ante todo me dispuse a terminar mis estudios. No encontré a mis padres, y mi hermano se marchó al internado de Karpacz.

Muy de vez en cuando retomaba el contacto con Irena y su familia. Las dos estábamos muy ocupadas.

Al terminar el bachillerato, el verano de 1952, me trasladé a Stettin. Precisamente allí volví a encontrarme con Irena hacia 1960. Ella regresaba de vacaciones con sus hijos y se alojó en mi casa. Cuando nuestros niños se fueron a dormir comenzamos nuestra habitual charla nocturna. Hablamos hasta las tantas de la mañana, ¡y nos faltaba el tiempo! Mi marido se preguntaba cómo podíamos estar tan entretenidas. Por primera vez, Irena me dijo que iban a escribir una novela sobre ella.

Seguimos en contacto tanto como podemos, igual que su hija Janka. Irena ha sido y sigue siendo una persona muy importante en mi vida. Me siento orgullosa de nuestra relación tan cercana, y también de que nos entendemos sin palabras aunque no siempre compartamos la misma opinión.

Sé que muchas personas la tienen en gran estima y me alegro de ello. Ha ayudado a todos sin importarles sus tragedias, sus enfermedades ni su edad. Su mente sigue tan despierta como antes y tiene una memoria extraordinaria. Ojalá mantengamos siempre nuestra amistad. Nunca he conocido a nadie igual, y me siento feliz de haber vivido entre personas tan excepcionales, a pesar de los horrores de la guerra. Les debo mucho.

He escrito sólo parte de lo que recuerdo de Irena. Han sido sesenta años en los que han pasado muchas cosas. Me alegraría saber que Irena comparte mi visión, aunque sólo sea en cierto modo. Y me alegro mucho de que se publique la historia de su emocionante vida.

Michał Glowiński (Varsovia)

Si tuviera que escribir un artículo sobre Irena Sendler para una enciclopedia, y tuviera que describirla con pocas palabras, diría: «una gran activista por voluntad propia». Creo que esta frase refleja su personalidad y los esfuerzos que llevó a cabo durante toda su vida.

Procedía de la izquierda democrática, que había marcado de forma decisiva a la sociedad polaca desde la segunda mitad del siglo XIX. Sus representantes se preocupaban poco de la política y más del bienestar de los necesitados.

Irena Sendler se comprometió con la causa benéfica en la juventud. Siendo estudiante de la Universidad de Varsovia trabajó en organizaciones e instituciones que ayudaban a los desempleados. Ya entonces, en los años treinta, se comprometió de forma activa en la lucha contra las leyes antisemitas de las universidades polacas.

Sus heroicas acciones durante el exterminio fueron la continuación de lo que llevaba años haciendo, con lo que había crecido, sólo que el alcance fue mucho mayor porque salvó vidas humanas. Irena Sendler ayudó desde el principio, y cuando comenzaron las deportaciones de judíos del gueto de Varsovia al campo de concentración de Treblinka,

puso en marcha una gran acción de salvamento. Gracias a su dedicación y sacrificio, gracias a su valor sobrehumano y a sus actividades clandestinas, consiguió salvar a más de 2.500 personas de una muerte segura. Un número comparable con la labor del japonés Ushikara en Kowno, Kaunas, y el sueco Raoul Wallenberg. Los tres salvaron al mundo arrancando a miles de judíos de las garras de la muerte.

Irena Sendler no luchaba sola por la vida de los niños judíos: era miembro de Zegota, se rodeó de un grupo de más de cien mujeres extraordinarias, valientes, sacrificadas. Y hay que reconocerle una cualidad a Irena Sendler que suele olvidarse: tenía un increíble talento organizativo, porque para salvar niños en una situación tan terrible no basta con la buena voluntad. Había que organizar el trabajo, pensar en los métodos, etc. Al iniciar y dirigir la acción de salvamento se encargó de todo.

Escribo sobre Irena Sendler con gran agradecimiento. Soy consciente de que sobreviví al exterminio gracias a ella: me salvó. Abandoné el gueto con mis padres en enero de 1943. Irena me envió al orfanato de las Siervas de María al este de Polonia, en Turkowice, cuando no había esperanza en Varsovia. Resistí allí hasta la liberación. En realidad le estoy doblemente agradecido a Irena porque salvó también a mi madre, fallecida en 1986. Cuando se quedó sin trabajo le buscó un empleo de asistente en casa de una profesora de Otwock. Al hablar de los niños salvados no hay que olvidar que Irena Sendler también salvó a adultos, tanto conocidos como desconocidos. No sé la cifra exacta, pero sí que es un motivo más para respetar a esta heroica mujer. La «señora Sendler» nunca fue una «gran desconocida» para mí, ni alguien de quien se habla con veneración sin haberla visto nunca. Hace más de sesenta años que estoy en contacto con ella, desde mi infancia. Tenía relación con parte de mi familia. Nos visitaba cuando venía al gueto, todo un honor para nosotros. Recuerdo que mi abuela decía: «Cuando Irena Sendler entra en casa, una sonrisa lo inunda todo». La señora Sendler irradia optimismo, energía, sabiduría y bondad, siempre dispuesta a ayudar a los necesitados. Y sonrío, a pesar de que es difícil sonreír con una vida tan dura y maravillosa a la vez.

Piotr (Zysman) Zettinger (Estocolmo, 18/09/2003)

Estimado redactor:

Le doy las gracias por el artículo que ha escrito sobre mí. Sus observaciones acerca de mi labor y la de mis colaboradores me llenan de orgullo, pero también me siento un poco avergonzada: no merezco tantos elogios. Hicimos lo que habría hecho cualquiera para ayudar a los desfavorecidos. ¡Nada más! Saludos cordiales,

Irena Sendler

Esta es la carta que me envió la señora Sendler, pidiéndome que se la hiciera llegar al periodista sueco Nuri Kino. Su artículo se publicó en febrero en el periódico de Estocolmo Dagens Nyheter. Trataba de una mujer que había salvado a 2.500 niños del gueto de Varsovia. Nuri Kino visitó a Irena Sendler a mediados de diciembre del año pasado, y aún hoy afirma que el encuentro le cambió la vida, la forma de ver el mundo y de ver a los demás. Por primera vez en su carrera periodística, había conocido a una persona que irradiaba la nobleza de espíritu y la voluntad para ayudar a los demás sin esperar nada a cambio. Nuri Kino supo ver la personalidad de Irena Sendler.

«Conozco su actividad anterior a la guerra por lo que me contaba mi familia del Comité Ciudadano de Ayuda Social. Mano a mano con mi padre, ayudaba a los pobres a salir del laberinto burocrático y jurídico. Mi padre era abogado, Irena «el hada madrina de los necesitados», citando la obra de Michal Glowinski Tiempos oscuros. No quiero escribir nada sobre la época de la guerra. Seguro que otros habrán hablado de la labor de Irena y yo no me acuerdo bien. Sé que se ocupó de mí cuando conseguí huir por las

alcantarillas, a los cuatro años de edad. Encontró un lugar donde ocultarme, mejor dicho, muchos lugares, porque tenía que irme moviendo a cada poco. Lo sé por lo que me contó otra gente, porque la señora Sendler nunca hablaba de sí misma: hacía lo que cualquiera debía haber hecho.

Sólo mencionaré un detalle de la guerra: un día, a finales de enero de 1968, la señora Sendler me invitó a su casa de Plac na Rodzdrozu. Los dos estábamos muy asustados por lo que sucedía a nuestro alrededor. Pero no quiso hablar de lo que temía, sino de lo que había planeado hacer: «Ya me he puesto en contacto con mis camaradas de la época de la ocupación. Si la situación empeora y tenemos que ponernos manos a la obra como en la guerra, estamos preparadas. No se preocupen».

Se me quedaron grabadas sus palabras, y me ayudaron a sobreponerme a los acontecimientos. La señora Sendler fue para mí, como para otros muchos, un hada madrina.

KatarynaMeloch(Varsovia)

Considero a Irena la primera «salvadora» del gueto. Dirigía la Sección Infantil de Zegota. La organización clandestina me ayudó a huir cuando me quedé sola tras la muerte de mi madre, mi abuela Michalinay mi tío Jacek. Irena volvió a salvarme en los años noventa, cuando fui rechazada por mis familiares más cercanos. No lo soporté. Irena me consoló día tras día, hora tras hora. Me transmitió fortaleza de espíritu. Su amistad también me ayudó a apoyar a las personas que más quería. Irena continúa salvándome de situaciones difíciles en mi vida. Sigo confiándole las dificultades que me depara la vida, que no son pocas. Me apoya siempre.

Como es natural, durante la guerra ignoraba la existencia del Zegota. Y tampoco conocí a Irena Sendler. No sabía que los esfuerzos por salvarme eran parte de un gran proyecto para salvar a niños judíos. No tenía ni idea de que «la señora Wisia» seguía medidas necesarias y, en cierto modo, rutinarias. Ahora me explico la adquisición del acta de nacimiento auténtica para Kasia Meloch por parte de Irka Dabrowska en la iglesia de Targówek, cómo acogieron a la muchacha con un nombre nuevo en el hogar de los sacerdotes Baudoiun. Todo se hacía con un objetivo: enviarme a orfanato de monjas.

El 2 de marzo de 1946, un año después del final de la guerra, apunté en una consulta al psicólogo: «Quiero pasar a segundo curso. Si me quedara en primero perdería un año entero y mis esfuerzos serían en vano. Además, me moriría de vergüenza. Pero en realidad mi mayor deseo es otro: me encantaría encontrar a mis padres. Y mi tercer deseo es darle las gracias a todos los que me han ayudado, me siento obligada a hacerlo». Entonces tenía trece años.

Mi padre, Maksymilian Meloch, debió de morir durante los primeros días de la guerra entre Rusia y Alemania, en 1941. ¹²⁰ Mi madre, Wanda Meloch fue la primera persona que hizo todo lo posible para salvarme, y la más importante. Yo tenía diez años cuando los alemanes la capturaron y la asesinaron en Bialystok. Sabía que iba a morir. No tenía fuerzas para luchar contra su destino, pero fue capaz de creer en la salvación de su hija. Se le ocurrió una buena idea: durante días y noches me repitió la dirección de su hermano Jacek Goldman en el gueto de Varsovia: «calle Elektoralna 12». No podía olvidarla. Me despertaba para comprobar que me acordaba. Se me quedó grabada. Cuando me trasladaron al orfanato judío de Bialystok, en el gueto, lejos de mi madre, conseguí enviarle un mensaje a Jacek. Gracias a la carta, mi familia de Varsovia me sacó del gueto de forma ilegal. Wanda Meloch me dio la vida dos veces. La primera cuando me trajo al mundo, y la segunda cuando ideó un plan para salvarme. Al

trasladarme a Varsovia no corrí el destino de los niños de Bialystok. Los deportaron a Theresienstadt, y después murieron en Auschwitz. Me lo contó Chajka Grossman.

La abuela Michalina, la madre de mi madre, me recibió en Varsovia con estas palabras: «Niñita, ¿dónde están tus padres?». No le dije la verdad. Jacek no me lo permitió, pero ella adivinó lo sucedido. Desde el inicio de las «acciones» en el gueto de Varsovia, es decir, ya en julio de 1942, teníamos un escondite familiar. Jacek, mi tío y tutor, había encontrado una habitación en el hospital del Espíritu Santo, en parte derruido. Era un caluroso día de julio. No recuerdo por qué, pero yo justo acababa de salir del escondite. La policía judía me detuvo y para llevarme a la plaza de los trasbordos. Sentí que moriría. Comencé a llorar desconsolada. La abuela Michalina me escuchó y salió. Entretuvo a uno de los policías dándole conversación y me hizo señas para que escapara. Me oculté en una farmacia cercana, donde Eugenia Sigalin, la mujer de Jacek, me escondió entre unas cajas. Llevaron a mi abuela a la plaza de trasbordos en mi lugar. Así, se convirtió en una de mis salvadoras. Se reunió con nosotros en la calle Elektorana. La madre de uno de los compañeros del hospital del gueto la salvó.

Estuvo a punto de morir entonces, en Treblinka, y yo de no volver. Mi madre esperaba de mí que sobreviviera, y en Bialystok decidí que cumpliría con su voluntad.

El verano de 1942 fue caluroso. Hacía un sol de justicia cuando me acompañaron desde el gueto hasta el lado «ario». Salí de forma totalmente legal. No tuve ni que chantajear a un policía ni que buscar un agujero en el muro. Puede que fuera Ala Golab Grynberg la que me sacó de allí, una enfermera que disponía de un salvoconducto para el lado «ario». Jacek la conocía, y también una amiga polaca de mi madre, Jadwiga Deneka.¹²¹ Jacek me entregó cerca de la puerta del gueto. Se despidió de mí como si fuéramos a volver a vernos pasadas unas horas, unos días. Pero desapareció de mi vida para siempre. Desapareció sin dejar rastro durante una expedición de los partisanos. Murió, como todas las personas a las que amaba.

Detrás del muro del gueto, a la entrada de una casa, me esperaba Barbara Wardizianka, otra enfermera en la cadena de salvadores. Me dijo que podía llamarla Basia. Conocía a mis padres y a Jacek. Tenía unos treinta años, y cuando me tomó la mano con decisión me sentí segura. Tomamos el tranvía hasta la colonia de Kolo, en la calle Obozowa 76. Nos alojamos en casa de Jadwiga Deneka. A partir de entonces, la antigua alumna de mi madre fue dueña de mi destino.

Jadwiga Salek, no Deneka, tenía una expresión muy seria para su edad en la foto de su carné escolar. Pelo corto, ondulado. Un collar alrededor del cuello, blanco imaculado. La conocí siendo adulta. Me enseñó a rezar y las costumbres cristianas. Me consiguió un acta de nacimiento católica de una chica polaca un año mayor que yo: Irena Dabrowska, hija de Ana, nacida Gaska, bautizada en los años treinta en la iglesia de Targówek.

Jadwiga Deneka, a la que llamaba «señora Wisia», tenía sólo seis años menos que mi madre. Mi madre le había dado clase de latín en un instituto de Lodz. Con el tiempo habían hecho amistad. Jadwiga era una mujer de izquierdas, igual que Wanda y la mayoría de los amigos de mis padres antes de la guerra, igual que los judíos polacos y que Polonia. En 1968, el hermano de Jadwiga hizo todo lo posible para que Yad Vashem la considerara «Justa entre los Gentiles», y yo lo apoyé hasta que lo conseguimos. Entonces me enteré de que la señora Wisia había perdido a su hija en 1939. Por primera vez, en el Instituto Histórico Judío, leí algo acerca de los judíos a los que había ayudado, los israelíes de la posguerra. En la época de la ocupación supe que había salvado a miembros de mi familia.

En la calle Obozowa viví oculta, dentro y tras un armario. Permanecí allí con mi abuela Michalina, que había abandonado el gueto antes. Aunque era peligroso, salíamos al jardín de la señora Wisia y paseábamos por el bosque cercano.

Soy hija de un historiador, no me bastan mis recuerdos. ¿Qué iba a saber una

muchacha de nueve o diez años? Desde que soy adulta escucho con atención las historias de los que presenciaron lo sucedido. Leo informes del Instituto Histórico Judío dirigidos a Yad Vashem. Conozco las memorias de Jan Dobraczyński, ¹²² Tylko wjdnym zyciu, «Sólo en una vida», el director de la sección de tareas especiales de asistencia social en el ayuntamiento de Varsovia. Al evocar la llegada de niños judíos a orfanatos y asilos, escribe, treinta años atrás: «Apenas colaboré. No buscaba a los niños ni los sacaba de allí, y tampoco les proporcionaba documentos falsos. Jaga Piotrowska u otra trabajadora social llegaba a mi oficina y me daba un papel para que lo firmara. La mayoría de las veces ni siquiera lo leía. Las colaboradoras me contaban que estaban haciendo algo extraordinario, que sacaban a los niños del gueto por no sé qué agujeros. Después los escondían en sus casas y los llevaban personalmente a los orfanatos (...) Muchos niños tenían rasgos judíos. Las trabajadoras sociales les ponían otra ropa y les hacían fantásticos peinados. Todas acogían a los niños en sus casas durante varias semanas».

Gracias a una de esas acciones acabé en el orfanato de Turkowice. El autor de la novela Najezdzy, «Invasores» firmaba documentos falsos para los niños judíos. Tal vez el de Irena Dabrowska, hija de Anna Gaska. Puede que tuviera que ver en mi salvación... Son suposiciones.

El niño sólo veía a unos pocos eslabones de la cadena. Supe de algunos muchos años después. De otros no sabré nunca nada. Pero todos eran necesarios para que la cadena no se rompiera en un instante.

El invierno de 1942-1943 llegó a Turkowice la siguiente señal en clave, puede que en una de las cartas que, a primera vista, parecían inofensivas. Irena Sendler solía informarasí a las monjas del envío de niños judíos a Turkowice.

Las hermanas sabían interpretar las cartas cifradas. La hermana Irena, Antonina Manaszczuk, se dirigió a Varsovia y me llevó a Turkowice. En nuestro viaje tuvimos que sortear distintos peligros: pasamos la noche en salas de espera de las estaciones de Lublino Rejowiec; se fijaban mucho en las caras de la gente, sobre todo de los niños. Llegamos a nuestro destino sin problemas. En la puerta del orfanato femenino de Turkowice había un cartel que decía: «¡Judíos! ¡Piojos! ¡Tifus!» Allí vivíamos felices muchachas judías salvadas del Holocausto. En el idílico paisaje de Zamojszczyzna, aquel símbolo del odio parecía irreal. No me dio nada de miedo.

Jadwiga Deneka era una de las intermediarias de Irena Sendler. Nunca sabré si se había convertido en intermediaria por decisión del RPPS, ¹²³ no reconocido por el gobierno de Londres, o por voluntad propia.

Cuanto más pasa el tiempo más pienso en la señora Wisia. Estoy segura de que nos hubiera salvado aunque no hubiera pertenecido al PPS, aunque no hubiera colaborado con la organización de Zegota. No volví a verla desde que me dejó en el asilo de los Baudouin, a pesar de que nunca dejó de preocuparse por mí. Se esforzaba por adivinar mis necesidades y mis deseos. Como miembro de la izquierda socialista, cada vez se involucraba más en la conspiración. Dirigía la parte técnica y se encargaba de la impresión y distribución del boletín del RPPS. Estaba expuesta a un grave peligro: esconder judíos en su casita de Varsovia era parte de ello. Contaba con que la Gestapo la descubriría antes o después. Por miedo a ser detenida y torturada, le sugirió a la superiora de Turkowice que me trasladaran a otro orfanato. Ella se negó. Insistió que en Turkowice estaba a salvo. Pero «por si acaso» tachó mi nombre de la lista de niños. Desde entonces permanecí allí de forma ilegal, por partida doble. Gracias a la decisión de la superiora me quedé en Turkowice hasta el final de la guerra y me enteré del asunto después de la liberación. Jadwiga Deneka, nombre clave Kasia, fue detenida durante el hectografiado del boletín del RPPS en la zona de venta de prensa que dirigía, en la calle Nowiniarska 16. Allí se encontraba también el escondite de un grupo de judíos. Kasia, encerrada en Pawiak, mandó comunicaciones

clandestinas desde allí para dar la alarma. A pesar de que la torturaron no delató a nadie. La fusilaron en enero de 1944 junto con once judías en las ruinas del gueto de Varsovia.

La hermana Stanisława, una mujer procedente de una familia de tártaros polacos, no conocía el miedo. Se enfrentaba al peligro como a un desafío. Llevaba la voz cantante en todo lo que sucedía en Turkowice. Su inagotable energía convirtió Turkowice en un orfanato que no tenía con qué compararse en todo Lublin, y que además constituía una excepción frente a los demás orfanatos de religiosas. En tiempos del Holocausto, la «república de Turkowice» era la casa de salvación de niños judíos, unos treinta y seis. Más de cincuenta años después de la guerra todavía me acuerdo de los nombres y apellidos de trece de ellos. Un refugio en Turkowice, en un hogar dirigido por las Siervas de María, lo mejor que pudiera imaginarse. Edmund Bojanowski, un poeta romántico y traductor de Byron, había fundado la orden de las Siervas de la Virgen Madre de Dios en el siglo XIX. El terrateniente de Posen se dedicó en cuerpo y alma a ayudar a los pobres y a los enfermos, sobre todo a los niños.

La hermana Irena nos había acogido a Stacha, una chiquilla de pelo negro, a Stefa, de Lemberg, algo gordita y muy guapa, y a mí. Le di bastantes problemas. Armé alboroto en la sala común sin preocuparme de los alemanes que venían «de visita» hasta que la hermana Irena tuvo que advertirme de que me alejara de ellos. Me sentía a salvo, como en mi casa. La hermana Irena solía ser discreta. No es de extrañar que nos sintiéramos afortunadas. Podía olvidar quién era antes de dejar atrás los muros del gueto y que me acechaba el peligro, igual que los demás niños del orfanato. La hermana Irena estaba con nosotras día y noche. Dormíamos en el mismo dormitorio, separadas de ella por la «clausura».

Le habían encomendado que nos alejara del horror de la guerra, y lo conseguía. Alegraba a todos con su buen humor, nos animaba a jugar, a ensayar canciones antes de acostarnos, a hacer obras de teatro.

Durante la época que pasé en Turkowice hubo más salvadores sin los que los niños judíos no habrían sobrevivido. Uno de ellos fue Saturnin Jarmulski, administrador de Lublin. Conocía a la superiora de antes de la guerra. No tenía secretos para él. Le dijo que ocultaba a niños judíos en su orfanato. Lo único que le exigía era que tuviéramos documentos «arios» en regla. Parece un milagro que consiguiera mantener su antiguo puesto en la burocracia alemana.

El sacerdote y jesuita Stanisław Bajo cumplía a la perfección con sus obligaciones: daba la comunión a los niños judíos de Turkowice.¹²⁴ Después de la guerra, en el hospicio de los jesuitas de Bydgoszcz, me dijo: «Así lo quería la superiora, inspirada por el Espíritu Santo». Me acordaré de todos mientras viva».

Elzbieta Ficowska (Varsovia)

Querida Irena:

Te escribo esta carta para tu libro. Como bien sabes, entonces no tenía ni voz ni memoria para recordar lo que sucedía a mi alrededor. Tenía seis meses. Mis padres y mis abuelos querían que sobreviviera a toda costa. Mi madre judía. Heina Koppel, Rochman de apellido de soltera, te confió mi destino.

Elzbieta Ficowska

Me entregaste a mi madre polaca, Stanislaw Bussoldowa, ¹²⁵que me dio amor y seguridad. Gracias a la acción organizada, me sacaron del gueto en una caja de madera. Llevaba una cucharilla de plata que me habían regalado mis padres a modo de talismán. Todavía la tengo, con mi nombre y mi fecha de nacimiento grabadas. Es mi ajuar y mi acta de nacimiento, se convirtió en el objeto más valioso de todos los bienes familiares que se perdieron durante la guerra. Mi cucharilla de plata me da suerte a lo largo de la vida. Ahora soy directora de la Asociación de Niños del Holocausto de Polonia. Sé que no todos los niños que se salvaron son felices. Parte de mis compañeras de desgracias no saben dónde nacieron. Puede que algún día lean sus nombres en la tira de papel de seda que describes y que escondiste en una botella enterrada, pero sus familias han muerto, así que nadie puede decirles quiénes son.

Querida Irena: la mayoría de las personas que salvaste no saben que te deben la vida. Nadie reveló esa clase de información para no ponerte en peligro. Yo lo sé. Mi hija, tu nieta adoptiva, también lo sabe. Y también sus dos hijos pequeños, que te van a visitar de vez en cuando y que algún día sabrán lo agradecidos que estamos. Tú lo sabes mejor que nadie, mucho mejor que yo. Si te lo repito es porque no has conocido personalmente a todos los niños que has salvado. ¿Cómo ibas a saber que yo, una anciana, soy aquel bebé? ¿Alguien que no existiría sin ti? Con mis mejores deseos,

Bieta

EPÍLOGO

Estimada y querida señora Sendler,

He sido informado de que ha recibido el premio Jan Karski al «Valor y coraje». Le ruego que acepte mis más sinceras felicitaciones y mis palabras de reconocimiento por sus valientes actos durante la ocupación alemana, cuando, arriesgando su vida, salvó a muchos niños del exterminio y prestaba ayuda humanitaria a sus semejantes, necesitados de ayuda espiritual y material. Fue víctima de torturas físicas y morales, pero no se rindió, sino que sirvió a los demás y se sacrificó implicándose en la creación de orfanatos y asilos. Que Dios misericordioso la bendiga por sus buenas acciones. Reciba mi agradecimiento y mi bendición apostólica

Juan Pablo II

Ciudad del Vaticano, 25 de octubre de 2003

«Los habitantes del barrio cercado se sentían muy solos», escribe Bárbara Engelking en el libro *El gueto de Varsovia. Guía de viaje de una ciudad inexistente*. «Sentían que todos los habían abandonado, judíos y no judíos, que los observaban sin hacer nada. Dejados de la mano de Dios. El mundo, cercano y lejano, permanece indiferente. La Varsovia «aria» estaba a su alcance, pero la distancia era insalvable. La frontera entre el gueto y el resto de la ciudad separaba dos mundos. Su cercanía física aumentaba la distancia psicológica. Los judíos del gueto tenían la sensación de encontrarse a una distancia infinita de Varsovia. La veían, pero no podían vivir allí (...)

Wladislaw Szlengel miraba con nostalgia por la ventana que daba al otro lado de su ciudad natal, que para él se había convertido en una ciudad prohibida. En su poema *Teléfono* escribe acerca de la soledad y la amargura. Sentía que sus amigos le habían abandonado. Ni siquiera tenía a nadie a quien llamar al otro lado del muro a quien llamar al otro lado del muro (...)

La destrucción del gueto de Varsovia dejó a sus víctimas mudas ante la tragedia vivida, ante la muerte de sus seres queridos. Les hizo dudar de la existencia de Dios».¹²⁶

Rafael Scharf, fallecido en otoño de 2003, señalaba con acierto en uno de sus libros que «el Holocausto mostró el abismo en el que puede caer el hombre, y a la vez lo alto que puede elevarse el espíritu humano. Casi siempre existe la elección entre lo bueno y lo malo: puede que llegue un momento en el que tengamos que decidirnos entre lo uno y lo otro, y que resulte arriesgado. Es aconsejable pensar que, para que pueda reinar el Mal, basta con que los hombres de buena voluntad se abstengan de intervenir».¹²⁷

Robert Szuchta y Piotr Trojański son los autores de una obra muy destacada: *Comprender el porqué del Holocausto*. De gran valor informativo, cuidadosamente editada e ilustrada, contiene, además de los hechos, propuestas de discusión, iniciativas de reflexión acerca del futuro. En el capítulo final, los autores subrayan que el Holocausto mostró «lo que sucede al tratar la vida de los seres humanos no como un valor en sí mismo, y un hombre es humillado por los demás al servicio de una intolerancia exaltada. Para que la humanidad perdure, debe aprender a aceptar a los demás y a ver la diversidad y la heterogeneidad como una experiencia positiva y enriquecedora. Debemos velar por la defensa de los derechos fundamentales. Debemos recordar la importancia de enfrentarse al Mal desde la raíz, y que en una sociedad civilizada no hay espacio para el racismo ni el antisemitismo. ¡Debemos recordar el Holocausto!».¹²⁸

Muchos años más tarde, le preguntaron a Irena Sendler si había salvado judíos por

motivos religiosos en la Segunda Guerra Mundial. «No. Me salía del alma hacerlo». Cuando un periodista alemán le preguntó si habría salvado a niños alemanes con el mismo espíritu de sacrificio, respondió: «Sin duda». Cuando Bogna Kaniewska¹²⁹ quiso saber qué consideraba más importante en la vida de una persona, replicó: «Amor, tolerancia y humildad».

El 16 de marzo de 2006, una coproducción cinematográfica entre Estados Unidos y Polonia realizó unas tomas en las habitaciones de la Residencia de los Hermanos de la Caridad donde residía Irena. El título del documental es *In the Name of Their Mothers*, «En el nombre de sus madres». La realizadora es Mary Skinner, de madre polaca.

Después de lo que había vivido durante la ocupación alemana, su reacción fue olvidar Polonia. Mary Skinner visitó por primera vez la patria de su madre a los cincuenta años de edad para trabajar en la película dedicada a Irena Sendler. Mary desea mostrar al mundo el corazón de la heroica polaca, quiere mostrar el Holocausto en los testimonios de los supervivientes, pero ante todo en los testimonios de sus salvadores. Irena Sendler es la última salvadora de los niños del gueto de Varsovia, junto con sus colaboradoras. Cito algunas palabras de su mensaje a los espectadores:

«Ojalá que se terminen todas las guerras del mundo en los próximos años. Que se extingan las llamas del fuego que destruye a los pueblos y cubre de sangre muchas partes del planeta, que mata a miles de personas, a las más inocentes: los niños. Ojalá que todas las personas del mundo, a las que me siento muy unida independientemente de su credo, raza o procedencia, piensen en la dignidad y el sufrimiento de los hombres en todo lo que hagan, y busquen siempre el camino del entendimiento mutuo y la comprensión. ¡Ojalá triunfe el Bien!»

Guardar el miedo bajo llave
con los labios sellados.

Ponerse el abrigo.

Pasar rápido
ante el centinela de la esquina.

Aguantar la respiración.

Llamar a la puerta.

Tomar de la mano al niño
con el corazón roto
ante la separación no deseada.

Modelarlo de nuevo en barro
para el mundo.

Creecer en sus ojos
hasta la cuarta dimensión.

Dar a la supervivencia
un lugar celestial
en el que refugiarse.

Salvarlo de las balas.

Cerrarle los ojos ante el miedo.

Ser delicada.

Y siempre eficaz...

¿Quién es capaz de vivir así
sin buscar agradecimiento?

Muchas personas
vienen al mundo.

Pero le damos gracias a Dios
por haber traído a Jolanta
al umbral de una casa en llamas.

Para nuestra querida Irena.

Por ella.

Para ella.

Agata Barańska, 6 de junio de 2001

APÉNDICE

16 de febrero de 2003

El semanario Wprost informa de la decisión de la Asociación de Niños del Holocausto de nominar a Irena Sendler para el premio nobel de la paz. Apoyan su candidatura dos premios nobel de literatura: Czeslaw Miłosz y Wislawa Szymborska. La asociación se esfuerza por que se escuche las voces del premio nobel de la paz Lech Wałęsa y Jimmy Carter.

«Desde Jedwabne se busca a un héroe», comenta Irena Sendler con amargura. «Recordad que no habría podido hacer nada sola», añade con humildad.

19 de abril

Con motivo del 60 aniversario del levantamiento del gueto, la fundación Judaica de Cracovia distingue con una medalla a Irena Sendler, por sus méritos en la salvación de niños del gueto de Varsovia.

26 de julio

Por la mañana, el canal de televisión privado TVN 24 informa de que Irena Sendler recibirá el premio Jan Karski al «valor y la valentía».

29 de julio

El Dziennik Polski i Dziennik Zoinierza, Diario Polaco y Diario de los Soldados, de Londres, informa en primera plana acerca del premio Jan Karski otorgado a Irena Sendler. «La fundación Jan Karski concede el premio todos los años. Trabaja en el marco del Centro americano de cultura polaca de Washington, y se apoya en la iniciativa privada. Irena Sendler fue nominada por la Asociación de Niños del Holocausto de Polonia y la Federación Mundial de Niños Judíos supervivientes del Holocausto, a la cual pertenecen personas que Irena había salvado del gueto de Varsovia hacía más de sesenta años. Norman Conrad, profesor de Historia en Kansas, apoyó su candidatura, y también las cuatro alumnas que escribieron la obra de teatro sobre la valiente polaca.

La fundación Jan Karski se creó en la memoria del legendario correo del ejército nacional, Armia Krajowa, que, a pesar de no ser escuchada, informó al mundo acerca del exterminio judío en la Polonia ocupada por la Alemania de Hitler. Irena Sendler no sólo fue la salvadora de niños judíos, sino que también guió a Jan Karski durante las horas que pasó en el gueto de Varsovia.

7 de agosto

En la sede de Varsovia de la Asociación de Niños del Holocausto tiene lugar una conferencia de prensa dedicada a la ganadora del premio Jan Karski, en la que participan tanto su hija, Janina Zgrzemska, como algunos «niños» a los que salvó Irena. La directora de la Asociación, Elzbieta Ficowska, declara: «La señora Sendler no sólo nos salvó a nosotros, sino también a nuestros hijos, nietos y a las siguientes generaciones. Salvó al mundo del odio y la xenofobia. Durante toda su vida ha tenido

palabras de verdad, amor y tolerancia hacia los demás.

15 de agosto

Pawet Jaros, portavoz de la Liga de Protección a la Infancia de Polonia, escribe en su carta de enhorabuena a Irena Sendler: «El nombre de este premio manifiesta su compromiso con la defensa de los derechos infantiles. Cuánta valentía y qué gran corazón debe de tener para haber salvado a 2.500 niños de las garras de la muerte en el gueto de Varsovia. Los ocultó en familias polacas, orfanatos y conventos. Salvó sus documentos para que recuperaran su identidad después de la guerra. Su labor en la posguerra, al servicio de los niños perdidos, abandonados y miserables, merece también ser reconocido. Las personas como usted constituyen un ejemplo extraordinario para todos aquellos que aman y dedican su vida a los niños.

18 de agosto

Szewach Weiss, embajador de Israel en Polonia, honra a Irena Sendler con su visita.

10 de octubre

Jolanta Kwasniewska, esposa del presidente de Polonia, visita por primera vez a Irena Sendler.

23 de octubre

Elzbieta Ficowska recibe el premio Jan Karski en Washington en nombre de Irena Sendler, ausente. Jolanta Kwasniewska, esposa del presidente de Polonia, es la invitada de honor de la celebración. En la entrega del premio participan también las estudiantes americanas con su profesor, Norman Conard.

Irena Sendler agradece por escrito el premio que le han otorgado:

«Damas y caballeros, queridos amigos:

Cuando, en mi juventud, participé en una arriesgada expedición de Jan Karski al gueto de Varsovia y le hice de guía, no podía adivinar que, mucho tiempo después, a los 93 años de edad, me otorgarían su premio. ¡Un gran honor para mí!

Me inclino ante el héroe, ante Jan Karski, y no me canso de repetir que cumplí con mi deber como persona. Si me lo permiten, me gustaría recibir este premio en nombre de mis colaboradores ya fallecidos. Poco podría haber hecho sin su ayuda. También me gustaría que se mantenga vivo el recuerdo de muchos hombres nobles que salvaron a sus hermanos judíos, cuyos nombres han caído en el olvido.

Nosotros y la generación siguiente debemos mantener viva la memoria de la infamia humana y del odio, que conducen a entregar al vecino al enemigo, a la muerte.

También vimos la indiferencia ante la tragedia del exterminio. Sueño con que su recuerdo se convierta en una advertencia para el mundo. Que no se repita nunca una tragedia humana como esta.

Doy las gracias a todos los que me han escuchado.

Doy las gracias al destino por haberme permitido vivir el día de hoy».

Fragmento del discurso de Elzbieta Ficowska durante la ceremonia

«Le debo la vida a Dios, a mis padres judíos, a mi madre adoptiva polaca y a Irena Sendler.

En general la gente no se sorprende por estar viva. Yo tampoco.

Mi marido me escribió su poema Tus dos madres:

Tus dos madres

te enseñaron

a no sorprenderte en absoluto

cada vez que dices

SOY

Hoy en día ya no nos acompañan. Irena Sendler sigue aquí. Para mí y para muchos niños judíos supervivientes Irena es nuestra tercera madre. Es buena, cariñosa, está siempre dispuesta a abrazarnos, a consolarnos, a alegrarse por nuestros éxitos, a compartir nuestros fracasos. Visitamos a Irena cada vez que buscamos consejo en momentos difíciles de la vida.

Irena conoce a nuestros hijos y nietos, conoce sus nombres y recuerda sus cumpleaños. Ellos no siempre son conscientes de que también le deben la vida. Irena Sendler sabe tratar a los jóvenes. Consigue contagiarles su entusiasmo, su voluntad de hacer el Bien y de mejorar el mundo.

Su amistad con las jóvenes estadounidenses y el profesor Norman Conard hizo que en el otro lado del mundo supieran algo más de la tragedia de los judíos condenados al exterminio. La raíz del Mal que nos rodea todavía hoy está en la indiferencia del mundo frente a esta tragedia.

Por suerte, en aquella época también había justos que no permitieron que el mundo se hundiera.

Me siento honrada, orgullosa y agradecida de ser quien recoge el premio otorgado a Irena Sendler. El galardón se le concede a los grandes héroes de la Segunda Guerra Mundial, y lleva el nombre de una autoridad moral: Jan Karski».

25 de octubre

El Santo Padre Juan Pablo II felicita por carta a Irena Sendler: «Le ruego que acepte mis más sinceras felicitaciones y mis palabras de reconocimiento por sus valientes actos durante la ocupación alemana, cuando, arriesgando su vida, salvó a muchos niños del exterminio y prestaba ayuda humanitaria a sus semejantes, necesitados de ayuda espiritual y material. Fue víctima de torturas físicas y morales, pero no se rindió, sino que sirvió y se sacrificó por los demás implicándose en la creación de orfanatos y asilos. Que Dios misericordioso la bendiga por sus buenas acciones».

4 de noviembre

Segunda visita de la esposa del presidente de Polonia, Jolanta Kwasniewska, acompañada por Elzbieta Ficowska. Entrega del premio Jan Karski y de la estatuilla.

5 de noviembre

El periódico Rzeczpospolita publica el artículo «Adiós a Polonia» de Szewach Weiss, en el que el escritor, se despide recordando a sus muchos amigos polacos: «Entre otras cosas, vine a Polonia con el objetivo de conocer a la maravillosa Wislawa Szymborska y al querido Czesław Miłosz, y para estar cerca de Władysław Bartoszewski e Irena Sendler, que salvó a los niños judíos con tanta abnegación».

10 de noviembre

El presidente de la República de Polonia, Aleksander Kwasniewski, honra a Irena Sendler con la mayor distinción polaca, la Orden del Águila Blanca. La Asociación de Niños del Holocausto había propuesto concedérsela en 2002.

Durante la ceremonia de entrega, el presidente dice: «Supongo que su mayor alegría y la medida de su heroísmo y de sus acciones es la vida. La vida de los miles de supervivientes, su agradecimiento, sus sonrisas, que hayan formado una familia».

Irena Sendler le da las gracias al presidente: «Mi vida transcurrió sin esperar premios ni reconocimiento. Me esfuerzo por comportarme de forma humana, lo que no siempre ha sido fácil, sobre todo cuando el ser humano está condenado a morir. Todos los niños que se han salvado con mi ayuda son una justificación de mi existencia en la tierra y no una página de gloria. Significa para mí un gran honor recibir de manos del presidente Aleksander Kwasniewski la mayor distinción de mi país: la Orden del Águila Blanca.

También hoy existen graves dificultades en Polonia y en todo el mundo: problemas dolorosos, tragedias contra las que debemos luchar. Y tenemos que ser capaces ayudar a las víctimas de la injusticia. En mi opinión, señor presidente, no les defraudaremos.

Le agradezco mucho que me haya concedido este galardón. Permítame que se lo dedique a las personas que colaboraron conmigo durante aquellos años, la mayoría de las cuales han abandonado ya este mundo.

Le agradezco al consejo de la Orden y al señor presidente que me consideren digna de esta distinción, otorgada a hombres y mujeres de buena voluntad».

En nombre de los miembros de la Asociación de Niños del Holocausto, Elżbieta Ficowska toma la palabra:

«Querida señora Sendler,

Los miembros de la Asociación de Niños del Holocausto le debemos la vida: hace más de sesenta años, se enfrentó usted con valentía a los criminales más crueles de este mundo. Una vez más, le damos las gracias por estar vivos. Hoy, con motivo de la entrega de la Orden del Águila Blanca, le damos las gracias en nuestro nombre y en el de todos los que no nos acompañan; los hermanos y hermanas que nos fueron arrebatados por la muerte. Usted, sus colaboradores y miembros del Żegota son los responsables de nuestra gran suerte: seguir vivos.

A veces hemos intentado averiguar de dónde venimos, cómo fue nuestra infancia, por qué sobrevivimos. Al conocer la verdad, no olvidamos que es nuestra madre y que, de no ser por usted, no estaríamos aquí.

No se nos ocurre mejor modo de expresar nuestros sentimientos que con una palabra repetida hasta la saciedad: gracias».

12 de noviembre

La Gazeta Wyboreczka publica un artículo del profesor Michał Glowinski: «El día que el señor presidente distinguió a Irena Sendler fue una fiesta para todos los que le debemos la vida. El lema de la institución israelí Yad Vashem reza: «Quien salva una vida, salva al mundo entero». La señora Sendler salvó de la muerte a 2.500 niños y a un número considerable de adultos; salvó muchos mundos. Es una heroína y una santa entre los vivos. Todo el que conoce el significado del Holocausto y lo que sucedió, sabe cuánto esfuerzo, sacrificio, valor, ingenio y talento organizativo requerían sus actos. Admiramos a Irena Sendler y a todos los que la ayudaron. La conozco desde hace más de sesenta años y me maravilla su valentía, franqueza y sabiduría.

15 de noviembre

Kaya Mirecka-Ploss, directora del Centro Americano de Cultura Polaca de Washington, impulsora del premio Jan Karski, visita a Irena Sendler. La acompaña Mary Skinner, periodista, que filmó un documental de la televisión polaca para la cadena estadounidense PBS. «Esta película representa el primer intento de dar a conocer a la heroína polaca en nuestro país. Hasta el momento, la televisión sólo se ha interesado por mostrar a los polacos indiferentes ante el destino de los judíos»; dice la Gazeta Wyboreczka.

En diciembre se publica el artículo de Marti Attoun The Woman Who Loved Children en la conocida revista femenina Ladies Home Journal. Habla de la historia de Irena Sendler durante la Segunda Guerra Mundial y de la amistad que mantiene con las estudiantes estadounidenses y sus profesores.

NOTAS

Prólogo de la autora

1. Pohlman, judía polaca superviviente del exterminio. Vive en Londres.
 2. La Asociación de Niños del Holocausto se fundó en Polonia en 1991. La forman un grupo de niños judíos que sobrevivieron al exterminio. Comenzó con 45 miembros y en la actualidad tiene más de 800. Existen grupos regionales en Cracovia, Breslau y Danzig. Forma parte de la Federación de asociaciones judías de Polonia, y de la Federación mundial de niños judíos supervivientes del Holocausto. Esta federación tiene la tarea de crear una comunidad de supervivientes del Holocausto para apoyarse mutuamente, conmemorar lo sucedido, recordar la vida de la comunidad judía en la Polonia de antes de la guerra, superar la soledad y la distancia.
 3. Artículo no publicado de Irena Sendler, año 2003.
 4. Irena Sendler, O działalności kół młodzieżowych przy komitetach domowych w getcie warszawskim, «La labor de los Jugendkreise en los Hauskomitees del gueto de Varsovia», Buletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego, «Boletín del Instituto Histórico Judío», 1981, n° 2 (118), pág. 98.
 5. Irena Sendler recibió la medalla Yad Vashem en 1965, pero no plantó su árbol hasta 1983. La denominación «Yad Vashem» posee un carácter simbólico: significa «monumento y nombre» en hebreo. Procede del libro de Isaías 56-5. Lis la promesa del Señor a los hombres de distinto origen que se unen a su pueblo: «Yo les daré en mi casa, dentro de mis muros, poder y nombre mejor que hijos e hijas. Yo les daré un nombre eterno, que no es borraré». Véase M. Grynberg, Księga Sprawiedliwych, «El libro de los Justos», Varsovia, 1993, pág. 11.
 6. El premio Jan Karski lo otorga desde 2001 el Centro Americano de Cultura Polaca y la Fundación Jan Karski. Jan Karski, cuyo verdadero nombre era Koziński (1914-2000) fue mensajero de la Polonia ocupada durante la guerra. Karski estuvo en el gueto en dos ocasiones entre el 20 al 25 de agosto de 1942. El 1 de octubre de 1942 se dirigió al oeste, y llegó a Londres en noviembre con la misión de dar a conocer al mundo la tragedia de los judíos. «Se reunió con representantes del gobierno polaco, periodistas y políticos británicos. Su crónica causó una honda impresión, pero no influyó más mínimo en la política de los aliados durante la guerra, a pesar de que el gobierno polaco le presentó propuestas estratégicas para poner fin a la locura del exterminio. Karski fue desde Londres a Estados Unidos, se entrevistó con Roosevelt y mantuvieron una larga conversación. Ni siquiera los judíos, entre otros Morgenthau, le creyeron. En junio de 1982 se reconoció su labor con un árbol en la Avenida de los Justos de Yad Vashem», escribe Nathan Gross en el artículo «Irena y Jan», publicado el 1 de agosto en el semanario polaco Nowiny-Kurieren Tel Aviv.
Después de la guerra, Jan Karski se convirtió en un prestigioso historiador, politólogo y profesor de la Universidad de Georgetown, Washington. Escribió varios libros, entre otros Tajemne miasto (La ciudad subterránea).
- 1. ¿Qué pasó en Uniontown?**
7. Gabrielle participó poco tiempo en la iniciativa. Su compañera Janice Underwood la sustituyó en la representación.
 8. Richard Z. Chesnoff, «Los otros Schindlers», U.S. News and World Report, 21 de marzo de 1994.
 9. Marcin Fabjański, Zycie w sloiku, trwa dziesięć minut, «La vida en el tarro de cristal dura diez minutos»; Gazeta Wyborcza n° 116, 19-20 de mayo de 2001.
 10. El Zegota era una organización clandestina no retribuida que nació por iniciativa de Zofia Kossak-Szczucka y Wanda Krahelska-Filipowicz. La dirigían representantes de distintos partidos que trabajaban en la clandestinidad (Liga, Frente por el Renacimiento de Polonia, Partido Socialista Polaco, Partido Democrático Polaco y Unión Sindical

Polaca). Su primera misión consistió en ayudar en todo lo posible a los judíos que buscaban vivir a salvo fuera del gueto. Pronto se constató que las necesidades superaban la capacidad financiera de la organización original. Tenía delegaciones en otras zonas del país. Sus directores eran Wladyslaw Laryssa Chomcowa, en Lemberg, y Stanislaw Wicenty Dobrowolski, en Cracovia,

11. El rabino Joshua Taub dijo al periodista polaco: «Estas chicas tuvieron el valor de entrar en una sinagoga judía y contarles a los judíos parte de su propia Historia. Si lo hubiera hecho yo, nadie me habría escuchado. Habrían dicho: «Otra vez está el rabino hablando del Holocausto por obligación». Nos han demostrado que esta parte de nuestra Historia también es importante para los no judíos». Marcin Fabjanski, Zycie tu sloiku, trwa dziesiqc minut, «La vida en el tarro de cristal dura diez minutos»; Gazeta Wyborcza n° 116, 19-20 de mayo de 2001.

12. Lugar de carga y vía de tren de la calle Stawki desde donde se transportaba a los habitantes del gueto deportados a los campos de concentración.

13. Zofia Wierzbicka (1910-2001), pedagoga.

14. En febrero de 2004, Irena Sendler recibió la buena noticia de que las estudiantes americanas y su profesor vendrían a visitarla a Polonia por tercera vez.

15. El conductor de tranvías Leo Szesko era militar (v. nota 46). Se llevaba bien con sus compañeros de la clandestinidad, que oficialmente trabajaban en el registro de empadronamiento. Fue fusilado el 13 de noviembre de 1943.

16. Varios autores hablan del tema en sus memorias de la guerra. Entre otros Antoni Marianowicz en su libro Zycie surowo wzbronione, «Vida rigurosamente prohibida», Varsovia 1995, pág. 67: «La élite de jóvenes juristas se unió a la policía judía: Zóglinge von Berenson, Brokman, Neufeld, Schonbach...

Personas con autoridad moral. Al principio estaba justificada, pues se trataba de fuerzas del orden para garantizar el buen funcionamiento del gueto. Una gran comunidad no se mantiene sin fuerzas del orden ni organización interna. Los que formaban parte de la policía no podían imaginarse que su papel iba a cambiar, que ayudarían a los alemanes a destruir el gueto. Que desempeñarían una labor vergonzosa».

17. Se refiere a los placówki, «puestos externos», empresas alemanas de producción y servicios en el lado «ario». En julio de 1942 había en Varsovia 90 «puestos externos» en los que trabajaban judíos: descargando trenes en la estación del este, en empresas metalúrgicas, de construcción, de tratamiento de residuos, en la administración de las SS, en la policía y el ejército, el ayuntamiento, la central de gas... En agosto de 1942, 7.600 judíos trabajaban en los «puestos externos».

2. Raíces, infancia, hogar

18. Cito los apuntes que Irena Sendler comenzó a escribir en 1987. Por otra parte, dictó sus recuerdos a Jolanta Migdalska Barañska. Le pedí a Irena que incluyera sus memorias escritas en las muchas reuniones que mantuvimos entre mayo de 2003 y marzo de 2004.

19. Horadar el hueso del cráneo para realizar una operación en el cerebro.

20. Jerzy Czaplicki (1902-1922) cantante y pedagogo.

21. En 1919 dieron comienzo los enfrentamientos militares entre tropas polacas, ucranianas y ruso-bolcheviques. En agosto de 1920, los bolcheviques ocuparon Polonia durante la guerra ruso-polaca en el este de Polonia, incluida buena parte de Galitzia. Tras la victoria del mariscal Pilsudski contra los bolcheviques en el Vístula, el 18 de marzo de 1921 se firmó el tratado de paz de Riga, y la frontera de Polonia quedó fijada a 250 km. al este de la línea Curzon.

3. Estudios universitarios en Varsovia

22. Jan Mosdorf (1904-1943) comenzó la carrera de Filosofía en 1928 en la Universidad de Varsovia, y se doctoró en 1934. Fue presidente de la organización

juvenil del partido nacionalista Obóz Wielkiej Polski, «el Campo de la Gran Polonia», que se prohibió en 1933. A partir de entonces, Jan Mosdorf se convirtió en uno de los impulsores del Obóz Radykalno-Narodowy, «Campo Nacional Radical», partido antisemita de extrema derecha que simpatizaba con los fascistas italianos y españoles. A partir de 1935, Mosdorf se alejó de la política, pero se convirtió en uno de los publicistas más destacados de la extrema derecha colaborando con su pilar intelectual, el periódico Prosto z mostu. A principios de la Segunda Guerra Mundial participó en las actividades nacionalistas clandestinas. En 1940 fue detenido por la Gestapo, y fue trasladado de la prisión de Pawiak al campo de concentración de Auschwitz a comienzos de 1941. Trabajó de escribano en el hospital y fundó una organización nacionalista clandestina de unos treinta miembros que habían pertenecido a partidos polacos y checos antes de la guerra. Ayudó también a prisioneros judíos dándoles ropa y comida. Cuando su organización clandestina fue descubierta le fusilaron junto a los demás miembros, el 11 de octubre de 1943.

23. El Comité Ciudadano de Bienestar Social de Varsovia, una asociación benéfica fundada en 1926 que estuvo en funcionamiento hasta 1939. Se componía de siete cocinas económicas, un albergue para mujeres en la calle Leszno y parques infantiles. Por orden del Ministerio de Bienestar Social y Sanidad, recopiló una lista con todas las personas de Varsovia que recibían ayuda social, y creó una oficina de empleo para mujeres en la calle Foksal, donde se impartían también cursos de economía doméstica.

24. Helena Radlińska (1879-1974), pedagoga, historiadora, bibliotecaria.

25. María Uziemblo (1894-1976). Su hija Aniela Uziemblo mantiene la amistad con Irena Sendler. Irena escribe sobre María en la Gazeta Wyborcza el 30 de agosto de 2001.

5. La ocupación

26. La asistencia social polaca proporcionaba ayuda oficial a los polacos de origen judío desde 1923.

27. Los intermediarios de Irena Sendler eran: Janina Piotrowska, Irena Schultz, Izabela Kuczkowska, Janina Grabowska, Wanda Drozdowska-Rogowiczowa, Zofia Patecka, Lucyna Franciszkiewicz, Jadwiga Deneka, Maria Roszkowska y Wycenty Ferster.

28. El primer intento de construir un gueto en la capital tuvo lugar el 4 de noviembre de 1939. Pasados unos días se aplazó la decisión, probablemente por diferencias de opinión entre la Gestapo y el ejército alemán. En marzo de 1940, la parte de la ciudad donde vivían los judíos se declaró «zona prohibida por riesgo de epidemias». En los límites se colocaron carteles de «prohibido el paso». El 27 de marzo de 1940 se ordenó al Consejo judío construir un muro alrededor del barrio, que ocupaba el 4% de la superficie total de Varsovia. El 10 de mayo de 1940 se entregó el plano del gueto a Adam Czeniaków. A principios de junio se construyó la primera frontera y veinte fragmentos del muro, que se terminó mientras se cercaba el gueto. El 12 de octubre de 1940, los alemanes ordenaron al Consejo Judío que fundara el gueto. Unos cien mil judíos vivirían hacinados en una superficie de apenas 400 hectáreas, el 2,4% de la superficie total de la ciudad. Tras el muro, de 3 metros de altura y 18 kilómetros de longitud, se encontraban 73 de las 1.800 calles de Varsovia, aproximadamente 7.000 viviendas, un cementerio y un estadio. En el gueto no había ni parques ni jardines. El paisaje cambiaba sin cesar. En octubre de 1941 se construyó otra frontera y el gueto se dividió en dos, el pequeño y el grande, unidos por un puente que cruzaba la calle «aria» Clodna. La policía polaca y la alemana vigilaban la parte exterior del muro, y la judía la interior. A pesar del contrabando y los esfuerzos de las organizaciones internas era imposible satisfacer las necesidades de los habitantes del barrio cerrado. El hambre acampaba a sus anchas en el gueto.

29. Feliks Tych, nacido en 1939, fue prisionero en el gueto de Varsovia. Después de dos años consiguió huir al lado «ario», en 1942, donde unos católicos polacos le

proporcionaron un escondite. Sus padres murieron en Treblinka. Después de la guerra estudió Historia en Varsovia y se doctoró en Moscú. De vuelta en Varsovia, tras rechazar un puesto de profesor en la capital soviética, fue miembro de la Academia Polaca de Ciencias y de otras instituciones. En 1968, durante las campañas antisemitas en Polonia, se desvincula del gremio científico y en 1987 renuncia a la jubilación anticipada por motivos políticos. Siendo escritor, editó unas mil cartas de Rosa Luxemburgo a Leo Jogliches inéditas hasta entonces.

30. Con el nombre falso «Oneg Schabbat» («Alegría en Sabbath») un grupo encabezado por el historiador Emanuel Ringelblum, 1900-1944, recopiló documentos y testimonios únicos del día a día en el gueto de Varsovia. Ringelblum y sus colaboradores arriesgaron su vida ocultando el material. Parte se recuperó, oculto entre de las ruinas, al terminar la Segunda Guerra Mundial. El archivo Ringelblum se conserva hoy en el Instituto Histórico Judío.

31. Ringelblum-Archiv. Dzieci—tajne nauczanie w getcie warszawskim, «Niños: enseñanza clandestina en el gueto de Varsovia», tomo 2, ed. Ruta Sakowska, prólogo de Feliks Tych, Varsovia 2000, pág. V.

32. «Stalag» es la abreviatura de Stammlager, «campo de prisioneros de guerra» en la época del nacionalsocialismo.

33. A partir del 26 de octubre de 1939, Frank fue gobernador general de los territorios polacos ocupados; supervisaba la entrada de los judíos polacos en el gueto y los trabajos forzados de los polacos.

34. A finales de abril de 1940 había 788 Hauskomitees en 878 casas de Varsovia, en mayo de 1940, 1.518 en 2.014 casas, y en septiembre de 1940 unos 2.000. Más adelante disminuyeron, pasando a ser 1.108 en enero de 1942. Además de los comités, se organizaron comisiones benéficas: económica, de actos sociales, de asistencia, de guardería, de ropa etc. También se crearon distintas asociaciones juveniles y femeninas, se patrocinaron residencias de ancianos y desplazados, hospicios y cocinas económicas. Los comités más grandes se componían de unas treinta o cuarenta personas. Organizaban reuniones en las que se recaudaban fondos para su trabajo, se ponía en común la comida (una rebanada de pan, un plato de sopa), el carbón, los medicamentos, etc.

Los miembros del Hauskomitee se ocupaban de presionar a los habitantes del gueto que más tenían, apelaban a su espíritu de sacrificio, escribían peticiones. Levantaban puestos para pedir limosna a las amas de casa que volvían a casa del mercado: una patata, una zanahoria o un rábano bastaban. En la recogida se llevaba también a cabo la «acción cucharilla», en la que los habitantes de las casas daban a los hambrientos una cucharilla de harina, azúcar o sémola. Se multaba a los que no tomaban parte en las acciones: en las puertas de las casas se colgaban listas negras con los nombres de los que se negaban a ayudar a los vecinos, y no se saludaba a los «marcados».

6. En el recuerdo

35. Al igual que en otros guetos, el poder de ocupación alemán instituyó un Consejo judío en Varsovia, y nombró presidente a Adam Czerniaków (1880- 1942). El consejo era el nexo de unión entre los alemanes y los judíos, y se responsabilizaba de la administración interna del gueto, la asistencia a los más pobres y el cumplimiento de las ordenanzas alemanas.

36. Rudolf Weigl, biólogo. Vacuna contra el tifus exantemático que lleva su nombre.

37. Ludwig Hirszfild (1884-1954), microbiólogo, inmunólogo, serólogo, pionero en la investigación de grupos sanguíneos. En 1941 fue presidente del consejo sanitario y profesor de la facultad clandestina de medicina de la Universidad de Varsovia, en el gueto.

38. Hotel Polski: uno de los centros de emigración judía creado por los alemanes a principios de 1943, reabierto ese mismo verano, que resultó ser una trampa. Allí, con

ayuda de judíos agentes de la Gestapo, se compraban pasaportes latinoamericanos y «certificados de Palestina», que en teoría permitían salir del país y hacerse pasar por alemanes. Parte de los judíos del hotel Polski fue trasladada al campo de concentración de Vittel, Francia, donde en noviembre de 1943 y marzo de 1944 tuvo lugar el intercambio de internos. Los transportes posteriores del hotel Polski se enviaron a Bergen-Belsen y Auschwitz, y algunos prisioneros fueron fusilados en Pawiak. De las 4.000 a 5000 personas que buscaron ayuda en el hotel Polski, un 10% sobrevivió a la guerra.

39. Obóz Wielkiej Polski, «Gran Campo Polaco», partido nacional demócrata de 1926 a 1933, que más adelante se llamó Obóz Nadorowo-Radykalny, «Campo Nacional Radical».

40. A finales de octubre de 1939 se creó la organización clandestina de profesores, la TON, formada por la principal asociación de profesores de Polonia y cinco más. Por iniciativa de las autoridades militares, la resistencia armada ZWZ, se creó la comisión de educación popular. Había también iniciativas regionales. Más adelante, en 1940, se creó la sección de educación y cultura de la delegación del gobierno polaco. Su tarea principal consistía en preparar planes de enseñanza y exámenes, además de elaborar proyectos de futuro. La TON disponía de subvenciones del gobierno polaco en el exilio. Se creó un sistema de enseñanza clandestina que se apoyaba en toda la sociedad. Era una forma de luchar contra la ocupación.

41. Wanda Zieleńcyk, cuyo nombre en clave era Dziula (1920-1943), poetisa de la resistencia, fue detenida por la Gestapo con sus padres y su hermana mayor el 21 de julio de 1943 y fusilada en Pawiak el 27 de agosto de 1943.

42. Antoni Marianowicz lo cuenta en su libro *Zycie surowo wzbronione*, «Vida rigurosamente prohibida», págs. 59-60: «El doctor organizaba conciertos en su hospicio. En cierta ocasión asistí a uno de ellos: mi padre me dio una entrada, pues se había ofrecido a repartirlas. La ayuda consistía en que Korczak le entregaba un montón de entradas y, como mi padre no quería complicarse la vida, las pagaba todas. Yo salía ganando, porque siempre tenía entradas para mí y para mis amigos».

43. Jonasz Turkow (1898-1989), actor, regidor, director escénico. Se trasladó a Israel después de la guerra.

44. Se citan fragmentos muy extensos, completos y corregidos, de las memorias de Irena Sendler. Estas se publicaron en 1981 en el *Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego*, Boletín de Instituto Histórico Judío, n° 2, págs. 89-118, *O dziatłańskich kół miodzieżowych w getcie warszawskim*, «La labor de los Jugendkreise en el gueto de Varsovia». En el último fragmento, al que se renunció por motivos de redacción, Irena Sendler escribe: «El resto de la historia de los Jugendkreise después de la primera «liquidación», entre el verano y el otoño de 1943, va unida a la tragedia general del gueto. Después de los terribles y sangrientos traslados de población y de la gran deportación, tanto los Hauskomitees como los Jugendkreise desaparecieron. Se obligó a los que quedaban a trabajar en «tiendas», talleres del gueto al servicio de los alemanes. A los pocos meses tomaron las armas y protagonizaron el levantamiento de Varsovia, en una encarnizada lucha contra el enemigo. En las filas de la heroica resistencia del gueto se encontraban muchos jóvenes, chicos y chicas de los Jugendkreise». En otro fragmento de sus recuerdos, Irena Sendler describe los rincones de juego para niños, dirigidos por Romana Wyszacka y Estera Markin. Antes de la guerra habían trabajado como asistentes del profesor Władysław Witwicki, conocido psicólogo de la Universidad de Varsovia. El profesor se interesaba por la vida de sus antiguas alumnas y por su labor educativa en el gueto. Las apoyaba y les mandaba juguetes, muñecos hechos a mano, y comida.

7.La «granacción»

45. Jan Dobraczyński, *Tylko w jednym życiu*, «Sólo en una vida», Varsovia 1970, págs.

231-232.

46. «A finales de 1941, al gobierno en el exilio de Londres llegaron mensajes acerca de asesinatos en masa cuyas víctimas eran los judíos, y en 1942 una nota sobre la misma cuestión alcanzó los Estados Unidos. En diciembre de 1942, el ministro Edward Raczynski envió al gobierno de los Estados Unidos una nota explicativa que describía el exterminio judío llevado a cabo hasta entonces. El correo del comandante del ejército nacional, presentó informes detallados sobre la situación del gueto y los crímenes cometidos a las autoridades polacas, británicas y estadounidenses. Gracias a la intervención y las entrevistas de Karski, la opinión pública del mundo anglosajón supo lo que estaba sucediendo. Las autoridades polacas intentaron obligar a los aliados occidentales a responder al terror nazi mediante la fuerza. Ante la insistencia, los aliados reaccionaron negándose. A pesar de la presión de los judíos más influyentes, el gobierno tardó en hacer un llamamiento a los polacos para que ayudaran a los judíos. Se temía que las diferencias de opinión aumentaran en el gobierno, sobre todo en la clandestinidad: había grupos que no tenían simpatía por los judíos e incluso los odiaban», Andrzej Friszke, *Polska, Lojpanstwa i narodu 1939-1989*, «Polonia, Historia del país y de la Nación», Varsovia 2003, pág. 62.

Se sabe que Jan Karski había entregado a las autoridades polacas en el exilio un «Informe sobre la situación cada vez más desesperada de los judíos». Su primer informe «proporcionó material de gran valor sobre las primeras fases del terror antisemita de Hitler(...) El trabajo de Jan sobre «La situación de los judíos en el país» consistió en una descripción despiadada de las humillaciones y traumas que sufrieron los judíos de Polonia. Incluía testimonios de Jan acerca de las condiciones de vida en distintas partes del país ocupado. Dice lo siguiente sobre la situación de las regiones occidentales anexionadas a Alemania: «La situación de los judíos es clara, sencilla, fácil de comprender: están fuera de la ley...» Se les ha arrebatado la vida. Jan veía que en el gobierno general del centro de Polonia «parece que los alemanes quieren crear una especie de reserva judía», E. Thomas Wood, Stanisław M. Jankowski, Jan Karski: solo frente al Holocausto. Un correo en misión secreta, Gerlingen 1997, pág. 73.

47. Ejército Nacional (Armia Krajowa, en polaco), organización militar clandestina fundada en 1942, subordinada al gobierno del exilio de Polonia en Londres. Tras la invasión alemana de Polonia, el gobierno polaco y las tropas del ejército huyeron a Rumania, donde fueron apresados. De allí pasaron a Francia, donde el 30 de septiembre de 1939 se formó el gobierno polaco en el exilio. Tras la derrota de Francia se trasladó a Londres, donde defendió los intereses de Polonia hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, y coordinó la lucha armada del ejército nacional contra la ocupación alemana de Polonia. El ejército nacional clandestino se componía de 380.000 soldados, el más grande de la Europa ocupada. Su acción militar más importante fue el levantamiento de Varsovia, que comenzó el 1 de agosto de 1944 y fue reprimido por los alemanes 65 días más tarde.

48. Stefan Korboński (1903-1989), escritor, publicista, fue uno de los fundadores del movimiento clandestino de Varsovia. Desde mediados de 1941 tomó el mando del KWC, Komenda Walki Cywilnej, «Directiva de Lucha Civil». A partir de marzo de 1945 fue vicepresidente en funciones del gobierno clandestino y el último delegado del gobierno nombrado por el gobierno polaco en el exilio, en Londres.

49. Stefan Korboński, *Wimieniu Rzeczypospolitej...* «En nombre de la República...», París 1954, págs. 253-255.

50. Las «tiendas» eran empresas alemanas establecidas en el gueto. Después de las grandes deportaciones del verano de 1942, el gueto dejó de ser una zona residencial para convertirse en un enorme campo de trabajos forzados. Los alemanes lo llamaban «Restghetto».

51. Archivum Ringelbluma. Dzień po dniu Zagłady, Archivo Ringelblum. El exterminio

día a día. Selección y edición de Katarzyna Madoñ-Mitzner en colaboración con Agnieszka Jarzebowska y Tadeusz Epsztein, «Karta», n° 39/2003,pág.

8. Ylo vi con mis propiosojos...

52. Teresa Prekerowa, Zarys dziejów Żydów w Polsce w latach 1939-1945, «Breve Historiade los judíos en Polonia, 1939-1945», Varsovia 1992, pág. 103.
53. Teresa Prekerowa, Kospiracyjna Rada Pomocy Żydom w Warszawie 1942-1945, «El Consejo secreto de ayuda a los judíos, Varsovia, 1942-1945», Varsovia 1982, págs. 35-36.
54. La representación de la obra La oficina de correos, del escritor indio Rabindranath Tagore, tuvo lugar en el orfanato de Korczak el 18 de julio de 1942. La directora del grupo teatral era la profesora Estera Winogrom, deportada a Treblinka a finales de julio de ese mismo año.
55. En la entrevista de Tomasz Szarota, Irena Sendler cuenta lo siguiente: «Solía visitar el gueto por las tardes al salir del trabajo, pero ese día fui por la mañana. Pasé por la calle Leszno hasta llegar a la calle Zelazna, y me dirigí a la salida entre Chlodna y Zelazna, donde había un puesto de vigilancia, una puerta por la que salía del gueto (...) Las calles estaban casi desiertas, todos seguían su camino, nadie se detenía. La gente tenía miedo. Yo era consciente de que KorczaJk y sus niños iban a morir; ya habían enviado a otros orfanatos a la plaza de transbordos». Ostatnia droga Doktora, «El último paseo del doctor», conversaciones con Irena Sendler, Jolanta, directora de la sección infantil del Zegota, acerca de los últimos días de Janusz Korczak, Polityka n° 21, 24 de mayo de 1997

9. Porqué se creó Zegota

56. Stefania Wichlinska era una mediadora de Zofia Kossak-Szczucka, algo que Irena Sendler no sabía en aquel entonces.
57. Zofia Kossak-Szczucka (1890-1968), escritora. En junio de 1945, Jakub Berman, hermano de Adolf Berman, le ayudó a huir de Polonia para agradecerle la salvación de niños judíos. Estaba amenazada por la Central de Seguridad Pública, la UB. El 15 de agosto de 1945 huyó con su hija a Suecia, y después a Gran Bretaña. El 21 de febrero de 1947 regresó a Polonia. Escribió varias novelas, y en 1989 se publicó su biografía, escrita por Mirosława Palaszewska (Zofia Kossak, Varsovia 1989, pág. 187)
58. Su verdadero nombre era Ferdynand Arzyński (1900-1979), empleado de la dirección de ferrocarriles, funcionario del Ministerio de deportes, periodista, miembro del Partido Democrático a partir de 1939. Vivió en Varsovia hasta 1942, donde fue tesorero del Consejo Judío. Después de la guerra adoptó el nombre clave «Marek».
59. Julián Grobelny, nombre clave «Trojan», presidente del Zegota.
60. Por iniciativa del Frente del Renacimiento de Polonia se publicó la octavilla «Protesta», impresa y distribuida por Zofia Kossak-Szczucka. Cita de la selección de fuentes Polacy-Zudzy 1939-1945, «Polacos-judíos 1939 1945», publicado por Andrzej K. Kunert, prólogo de Władysław Bartoszewski, Varsovia 2001, pág. 213.
61. Wanda Kraheńska-Filipowiczowa (1886-1968), activista voluntaria, publicista.
62. Los miembros del Consejo de ayuda a los judíos eran, entre otros: Ferdynand Arczyński, Władysław Bartoszewski, Adolf Berman, Witold Bienkowski, León Feiner, Piotr Gajewski, Szymon Gottesman, Julián Grobelny, Emilia Hizowa, Román Jabłonowski, Janina Raabe-Wasowiczowa, Ludwig Rostkowski, Zofia Rudnicka, Tadeusz Sarnecki, Stefan Sendlak.

63. La primera directora de la sección infantil fue Aleksandra Dargielowa (1890- 1959), profesora y activista voluntaria. Tuvo que abandonar el puesto porque le resultaba difícil combinar la ayuda desinteresada con su empleo en el Consejo de asistencia principal, Rada Główna Opiekuncza, RGO. La sección infantil no se creó de forma oficial hasta el 16 de agosto de 1943. Desde el principio, el Consejo de Ayuda a los Judíos consideraba que su tarea más importante era la salvación de niños judíos y acudió rápidamente en su ayuda.

64. Después de la guerra, Maurycy Herling-Grudzinski fue juez del Tribunal Superior de Justicia. En 1976 reveló por primera vez su papel en el Zegota. Se sabe que ayudó a unos 500 judíos. Era hermano de un conocido escritor en el exilio que alcanzó la fama después de la guerra. Gustav Herling-Grudzinski.

65. En sus memorias, Irena Sendler dice lo siguiente: «Como es natural, para obtener ayuda material del Consejo Judío no se necesitaban pruebas ni documentos. Por motivos de organización y control de la presidencia del consejo, las personas que se beneficiaban de nuestros servicios recibían un justificante en el que figuraban su nombre en clave, conocido por los mediadores, y la cantidad de dinero», *Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego*, Boletín del Instituto Histórico Judío, 1963, n° 45/46, págs. 234-247.

10. La salvación de los niños

66. Archivo Ringelblum, vol. 2, pág. 302.

67. Aleksander Rowiński, *El viaje de Zygielbojms*, Osnabrück 2004.

68. Szmul Mordechaj Zygielbojm (1895-1943), miembro de la Liga, nombre clave en el partido: Artur. A partir de 1942 fue miembro del Consejo nacional del gobierno polaco en Londres. Su mujer, la actriz Mania Rozen, perdió la vida junto a su hijo de nueve años.

69. En una entrevista de un periodista sueco, dice: «Lo veo como una película. Veo cómo mi prima de dos años y yo pasamos por un hueco que llevaba al lado «ario» a través de los canales. Veo la espalda del hombre que nos precedía y que alumbraba el camino con una linterna. Y más adelante aprendí a dejar de pensar en mi vida anterior, a borrarla de mi memoria. Me dijeron que debía ocultarme. De pequeño me oculté en una buhardilla. Sabía que no podía hablar con nadie salvo con las monjas. Comprendí que me escondían por ser un fugitivo, un niño distinto a los demás. Acepté la situación: era el único modo de sobrevivir» (16 de marzo de 2003).

70. Michal Gfowinski: *Czarne sezony*, «Tiempos oscuros», Cracovia 2002, pág. 124.

71. Michal Glowński: *Czarne sezony*, «Tiempos oscuros», Cracovia 2002, pág. 116.

11. Los escondites de los niños

72. En opinión de Irena Sendler, es necesario aclarar el papel fundamental de muchas instituciones religiosas que apoyaban la acción civil y secreta de la ayuda a los judíos durante la ocupación alemana. Teresa Prekerowa publicó un informe de Irena Sendler que dice lo siguiente: «Es necesario mencionar la orden de la Marienfamilie, y a su superiora, la hermana Matylda Getter (1870-1968) en Chomotów, Varsovia, y a las hermanas de la Inmaculada Concepción, al frente del asilo de Turkowice, cerca de Lublin. Allí trabajaba la hermana Witolda, a la que enviábamos telegramas en clave, entre otros con información sobre un paquete de ropa. Vino a Varsovia y se hizo cargo de algunos niños a los que no podíamos dar cobijo, porque las casas en las que se ocultaban habían sido descubiertas o amenazadas. Solían tratarse de chiquillos con

rasgos semíticos que se diferenciaban mucho de los demás y que corrían gran peligro. La hermana Witolda hizo con ellos el camino de Lublin a la frontera pasando por Chelm, un tramo muy vigilado por los militares. Los muchachos que fueron a parar allí vivieron momentos trágicos durante los últimos años de la guerra, entre 1944 y 1945» (Konspiracyjna Rada Pomocy Zydom w Warszawie 1942-1942, «El Consejo Secreto de Ayuda a los Judíos en Varsovia 1942-1945», Varsovia 1982, pág. 209). «Sólo en Turkowice se ocultaban 36 niños judíos. No hubo sacerdote o monja que me negara a salvar niños judíos: al contrario, me ayudaron hasta el final de la guerra arriesgando su vida y la de los que les rodeaban. Ningún asilo religioso se negó a aceptar a los muchachos que les encomendaba», subraya Irena Sendler.

73. Michal Glowinski lo describe así: «(Mi madre) sabía que estaba en Otwock, pero ponerse en contacto conmigo habría sido una imprudencia. Yo no tenía ni idea de que estaba cerca. Me acogieron como huérfano y mi madre tenía papeles falsos que daban a entender que era soltera (...) Comprendió que nadie debía reconocerla o la despedirían. (...) Resultó especialmente difícil para ella, porque quería acercarse a mí y a la vez tenía que pasar desapercibida. Tuvo que esforzarse porque ninguno de los presentes notara que se comportaba de forma extraña o incomprensible. Para mí, aquel día de enero transcurrió con total normalidad, no era consciente de las complicaciones (...) Nos habían enseñado a comportarnos con discreción, a mezclarnos entre la gente, a no destacar, a ser la persona más gris que pudiera existir». Czarne sezony; «Tiempos oscuros», págs. 104-114.

12. El levantamiento del gueto

74. El 31 de enero de 1943, el Consejo de Ayuda a los Judíos dirigió un escrito a las autoridades del gobierno solicitando una subvención especial en vista de la amenaza que pesaba sobre el gueto, diciendo: «Sin duda, la acción ha sido un síntoma de que los alemanes se disponen a acabar con el gueto de Varsovia, a asesinar a los judíos que quedan en Varsovia. En pocos días han enviado .1 unas al campo de concentración de Treblinka. Entre los deportados se encontraba la mayoría de los miembros del Consejo Judío, 400 empleados de las empresas de servicios, unos 300 médicos y colaboradores del Ministerio de Sanidad, una serie de activistas voluntarios e intelectuales. Primero vino el «traslado de población», consecuencia del levantamiento armado de los habitantes del gueto. El destino de los que quedaban estaba sellado. Estaba claro que acabarían con el gueto. Después de la «acción» muchos huyeron; cada día más. La tarea prioritaria consistía en ponerlos a salvo nada más salir. Había que conseguirles alojamiento, documentos, dinero, papeles, ropa. En el gueto de Varsovia quedaban muchas personalidades destacadas de la vida social, cultural, científica y artística que había que salvar lo antes posible. Por no hablar de unos mil niños que habían sobrevivido a la masacre, especialmente cruel con los más pequeños; había que sacarlos de allí, por pocos que fueran», cita de Teresa Prekerowa, Konspiracyjna Rada Pomocy Zydom w Warszawie 1942-1945, «El Consejo secreto de ayuda a los judíos, Varsovia, 1942-1945», Varsovia 1982, págs. 9-10.

75. Getto warszawskie, «El gueto de Varsovia», Varsovia 1982, págs. 9-10.

76. Marian Apfelbaum, Dwa szatandary. Recz o powstaniu w getcie warszawskim, «Dos banderas. Informes sobre el levantamiento del gueto de Varsovia», Cracovia 2003, págs. 184-185.

77. «El lunes 19 de abril dio comienzo Pesaj. A la una de la madrugada del domingo al lunes, la policía alemana y los «azules» rodearon el gueto. Por la tarde entraron por segunda vez». B. Engelking, J. Lezociak, Getto warszawskie, Przewodnikpo nieistniejącym miéscie, «El gueto de Varsovia. Guía de una ciudad inexistente»,

Varsovia 2001, pág. 733.

78. Natan Gross, Kim pan jest, panie Grymiek?, «¿Quién es usted, señor City miek?», Cracovia 1991, págs. 276-279.

79. Marian Wyrzykowski, Dzienniki 1938-1969, «Diarios 1938-1969», Varsovia 1999, págs. 79-80.

80. Ludwig Landau, Kronika lat wojny i okupacji, «Crónica de los años de la guerra y la ocupación», volumen 2, diciembre 1942 - junio de 1943, Varsovia 1962, pág. 369.

81. Teresa Prekerowa, Kospiracyjna Rada Pomocy Żydom w Warszawie 1942-1945, «El Consejo secreto de ayuda a los judíos, Varsovia, 1942-1945», Varsovia 1982, págs. 372-375.

82. La octavilla original se encuentra en la colección de Władysław Bartoszewski. Primera impresión en: Ten jest z oczyzny moje], «De mi patria», 1ª edición de 1996. Cita de T. Prekerowa, págs. 375-376.

83. Irena Schultz (1902-1983), periodista. «Merece la pena recordar que Irena Schultz se trasladó a Lemberg en octubre de 1942, donde Pokiziak, que era cura, le entregó una gran cantidad de formularios de partidas de nacimiento. Por lo que parece, las había rescatado del incendio de la iglesia de Santa María Magdalena. Los formularios se emplearon más adelante en Varsovia para conseguir carnés de identidad», cita de M. Grynberg, Księga Sprawiedliwych, «El libro de los justos», Varsovia 1993, págs. 447-478.

84. Władysław Szpilman (1911-2000), un conocido compositor y prestigioso pianista, no describe a la persona que lo salvó ni en la primera edición de sus memorias, Smierc miasta, «La muerte de la ciudad», ni en la segunda, corregida más de cincuenta años después. El libro alcanzó fama mundial gracias a las traducciones a distintos idiomas (en español: Amaranto Editores, Madrid 2000) y la película El pianista del gueto de Varsovia, de Román Polański. Si lo menciono es porque a Irena Sendler le duele que no se recuerde a las personas que arriesgaron su vida para salvar a los demás. Sin duda merece la pena recordar a María Krasnodobska. Gracias a ella se incluyó al prestigioso músico Władysław Szpilman en la lista de protegidos del Żegota que recibían una cantidad de dinero fija mensual, 500 zloty, algo que el artista nunca mencionó.

85. Irena Sendler, Ci, którzy pomagali Żydom, «Personas que ayudaron a los judíos», Buletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego, «Boletín del Instituto Histórico Judío», 1981, n° 45/46 págs. 234-247.

86. Jerzy Korczak, Oswajanie strachu, «Domesticar el miedo», Tygodnik Powszechny n° 33, 17 de agosto de 2003.

14. En Pawiak

87. «Los «buzones» desempeñaban una función fundamental en la labor del Żegota», recuerda Irena Sendler. «Eran lugares en los que los colaboradores podían darse cita. Depositaban en ellos instrucciones importantes y urgentes, dinero para los necesitados».

88. Thomas Roser, «La lista de Sendler», Frankfurter Rundschau, 19 de abril de 2003.

89. Jadwiga Jedrzejowska fue detenida el 13 de noviembre de 1942. A partir de abril de 1942 trabajó en una colonia sanitaria en la que también colaboraban prisioneros y proporcionó ayuda secreta a las prisioneras. Les hacía llegar comunicaciones clandestinas y mensajes. El 30 de junio de 1943 la trasladaron a Ravensbrück. Murió en 1987.

90. Anna Sipowicz-Goscicka, dentista, fue detenida el 17 de mayo de 1941 junto a su marido. Fue médico en el hospital de Pawiak. Colaboró como mediadora en la prisión

clandestina y se destacó por su valentía. Fue liberada el 31 de julio de 1944 durante la evacuación de Pawiak y tomó parte en el levantamiento de Varsovia.

91. Después de la guerra, Anna Czuperska-Sliwicka escribió un libro sobre Pawiak: Cztery lata ostrego dyzuru, «Cuatro años de servicio de emergencia».

92. Irena Sendler envió esta estampita junto con una carta al papa Juan Pablo II en su primera visita a Polonia. Para ella tenía un gran valor. No indicó su dirección, sólo contó la historia de la estampita.

93. María Szulislawa Palester, 1897-1997, romanista. Su marido Henryk, que era médico, murió en un accidente de tráfico a los 75 años, el 19 de noviembre de 1944. Vivían en la calle Lowika 53, apartamento 8. Tuvieron dos niños: el hijo mayor, Krysztof, perdió la vida en el levantamiento de Varsovia. La menor, Malgorzara, es médico y vive en Varsovia. Escondieron en total a doce judíos en su casa. Andrzej Klimowicz, miembro del Partido Democrático ya antes de la guerra, se puso en contacto con Emilia Hizowa (1895-1970), también del Partido. Esta había dirigido la sección de vivienda y más tarde la sección sanitaria del Consejo de ayuda a los judíos. Gracias a Andrzej, María consiguió conocer a la presidencia del Zegota, algo muy difícil dado el secretismo que rodeaba a la organización.

94. El 1 de febrero de 1944, los soldados del ejército nacional Pegaz condenaron a muerte a Franz Kutschera, dirigente de las SS y de la policía del distrito de Varsovia. Su ejecución fue un duro golpe para la lucha clandestina. La Gestapo irrumpió en casa de Irena Sendler, en Wola, pocos días después.

16. El levantamiento de Varsovia

95. Una de estas personas, Jaga Rosenholz, vive en Canadá. Irena Sendler la recuerda como la más valiente de todo el grupo. Durante los bombardeos alemanes se abrió paso entre las barricadas para ir a buscar un cubo de agua.

96. La señora Moszyńska encontró a Irena Sendler muchos años después al leer un artículo en la Gazeta Wyborcza.

17. La liberación de Varsovia

97. «El puesto de salvamento de insurrectos nº 2 de la calle Falats 4 fue trasladado a la calle Strafweg, al oeste. De casualidad, los médicos consiguieron llevarlo a Okecie en lugar de la estación del oeste. Las barracas, en las que se torturó a judíos y a prisioneros de guerra rusos, se convirtieron en el hospital de la Cruz Roja nº 2, y después en el hospicio de Varsovia. El objetivo era salvar al mayor número posible víctimas trasladadas a Pruszków. Para alojar a los refugiados y salvarlos de los bombardeos alemanes, a finales de septiembre de 1944 el municipio de Okecie trasladó a evacuados de Varsovia a la casa de la calle Bandurski 21. En noviembre, los niños abandonados víctimas de la tragedia acudieron en masa al orfanato de la capital. Las autoridades de la asistencia social polaca los recogían de las aldeas, donde las condiciones de vida solían ser aún peores. En enero y febrero de 1945 comenzaron a llegar los pequeños que habían perdido a sus padres durante el levantamiento: habían sido acogidos por desconocidos que habían cambiado de opinión y querían librarse de ellos. Por último, llegaron los hijos de la tragedia, los que regresaban de los campos de concentración. Testigos de la violencia, de asesinatos y ejecuciones en masa. En agosto de 1945, quedaban en el orfanato 120 niños de entre 1 y 8 años». Discurso de María Szulislawska Palester, directora del orfanato de Varsovia, Opiekum Spoieczny, «Asistente social», nº 3-5, junio-julio de 1946, págs. 71-73.

98. León Feiner (1888-1945), jurista, abogado, miembro del Bund de Polonia y representante de ésta en la clandestinidad. Vicepresidente del Consejo de Ayuda a los Judíos de enero de 1943 a julio de 1944, y último presidente desde noviembre o diciembre de 1944.

99. Marian Spychalski (1906-1980), miembro del Movimiento de los Trabajadores, mariscal polaco, arquitecto, alcalde de Varsovia desde 1945.

18. La posguerra de los niños salvados

100. Adolf Berman (1906-1978), doctor en Psicología, activista del movimiento sionista de izquierdas Poale Zion. Director de CENTOS en el gueto. Pasó al lado «ario» en septiembre de 1942 por orden de su partido. Colaboró con el Zegota como secretario de la organización. Después de la guerra fue presidente del Comité Central de los judíos de Polonia. Se trasladó a Israel en 1950. Es autor de artículos y memorias.

101. «A partir de 1945, los orfanatos polacos crecieron como setas. Según el Instituto Histórico Judío (ZIH), se abrieron hospicios en Cracovia, Tschcnstochau, Lublin, Zatrzebie, Otwock, Pryzórów, Helenówek, cerca de todz, Przemyśl, Varsovia, Chorzów, Torun, Ostrowiec, Staszów, Ramdonsko, Garwolin, Krzeszów, Pietrolas, Katowice y Kielce. La mayoría de los niños tenía entre 4 y 16 años. Muchas veces estaban enfermos, desnutridos, tuberculosos, tenían infecciones en la piel o en los oídos, heridas abiertas en las extremidades, estaban llenos de piojos... Llevaban entre cuatro y seis años sin escolarizar: eran analfabetos a los diez años de edad. Niños miedosos, desconfiados, siempre dispuestos a huir», escribe María Thau (Weczer) en su libro Powroty, «El regreso», Cracovia 2002. Según Irena Sendler, los niños que llegaban a los orfanatos en peores condiciones no eran los que habían sobrevivido a la guerra con familias polacas, sino los que habían vivido escondidos en cualquier sitio.

102. Carta de Irena Sendler a Kaya Ploss, directora del Centro Americano de Cultura Polaca de Washington, 30 de agosto de 2003: «Acordé con el presidente Berman que, al recoger a los niños de los orfanatos de monjas y separarlos de las familias de acogida, había que hacerlo con tranquilidad y con mucho tacto. Había que prepararlos antes, porque lo que se avecinaba era el tercer drama de su corta vida. (...) En aquella época yo dirigía la oficina de asistencia social de Varsovia, así que encomendé la tarea a mi mejor inspectora, y le pedí a Berman que delegara en uno de sus colaboradores que supiera cómo tratar a los niños. De este modo, dos personas recogerían a los niños y los llevarían a orfanatos judíos. Para los pequeños, cada etapa de sus vidas era más difícil, muchas veces trágica. Acostumbrados a sus nuevas familias, a sus profesores o a las monjas de los hospicios, sufrían mucho con la separación. Sobre todo si se descubría que ninguno de sus parientes más cercanos había sobrevivido. La situación tampoco resultaba fácil para las familias adoptivas que habían acogido a los niños durante años y que los trataban como a sus propios hijos».

20. La posguerra

103. UNRRA (United Nations Relief and Rehabilitation Administration, en inglés), Administración de las Naciones Unidas de Socorro y Reconstrucción, fundada en Atlantic City en 1943 por iniciativa de Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia y China. Su función era prestar ayuda a los países aliados más afectados por la guerra, entre otros Polonia.

104. En septiembre de 1997 Irena Sendler fue galardonada con la Cruz de Comendador de la Orden del Renacimiento de Polonia. El 11 de noviembre de 2001

recibió La Cruz del Comendador con Estrella de la Orden del Renacimiento de Polonia, en reconocimiento por sus méritos al ayudar a los necesitados. El 16 de junio de 2002, su hija Janina Zgrzemska recibió en su nombre la Orden Ecce Homo.

22. ¿Si nos acordamos? ¡Nos acordaremos!

105. La televisión polaca emitió la película en abril de 2003.

106. Aleksandra Zawlocka, Dzieci Sendlerowey, «Los niños de Sendler». Wprosi n° 7. 16 de febrero de 2003.

107. Szarota, Cisi bohaterowie, «Héroes silenciosos», Tygodnik Powszechny n° 51- 52, 22-29. Diciembre de 2002.

108. Aleksandra Zawlocka, Dzieci Sendlerowey, «Los niños de Sendler». Wprost n° 7. 16 de febrero de 2003.

109. La cita procede de una extensa entrevista de Szewach Weiss a Joanna Szwedowska. Se publicó en forma de libro con el título Ziemia i chmury, «Tierra y nubes», Sejny 2002, págs. 107 y 120.

110. Todas las personas con las que he hablado mientras escribía este libro, subrayan que el interés por Irena Sendler surgió gracias al grupo de estudiantes americanas, y por la noticia de que le habían otorgado el premio Jan Karski. Elzbieta Ficowska, Elzbieta Zielińska-Mundlak (desde Caracas) y Renata Skotnicka-Zajdman (desde Montreal) hablaron del tema en una reunión de la Polish-Jewish Heritage Foundation de Montreal el 24 de octubre de 2004. En las actas de la reunión se dice lo siguiente: «El objetivo de esta reunión es rendir homenaje a Irena Sendler. Es un símbolo vivo de todos aquellos a los que hemos dedicado esta velada: los miembros del Żegota, el Consejo secreto de Ayuda a los Judíos de Polonia de 1942 a 1945, y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que salvaron del exterminio a niños judíos, arriesgando sus vidas y las de sus familias. Su comportamiento ejemplar hace que nos sintamos orgullosos de ser personas».

23. Identidades divididas

111. Michail Głowiński escribió, entre otras obras: Czarne sezony, «Tiempos oscuros», Magdalenka z razowego chleba, «Una magdalena de pan negro», Historia jednej topoli, «Historia de un álamo».

112. Entrevista de Dorota Szuszkiewicz a M. Gtowiński Kolorcierpimiii, «El color del sufrimiento», Stolica, revista de Życie Warszawy, n° 16, I) de abril de 2003.

113. Michał Glowinski, Historia jednej topoli, «Historia de un álamo», Cracovia 2003, págs. 69 y 112.

114. Jadwiga Kotkowska, Mala szmuglerka, «Pequeña contrabandista», en Dzieci Holocausta mówią, «Hablan los niños del Holocausto», vol. 2, pág. 95.

115. Ziemia i chmury, «Tierra y nubes», pág. 123. Sejny 2002.

116. Magdalena Grodzka-Guzkowska, Szczeciara, «Buena estrella», Cracovia 2003, págs. 130-131.

24. La vida familiar después de la guerra

117. Frank Morgens (Mieczysław Morgenstern), nacido en todz en 1911, se trasladó a Nueva York en 1948, donde falleció en agosto de 2004. Publicó sus memorias de la época de la ocupación Lata na skrajuprzepasci, «Años al borde del abismo», Varsovia

1994. En ellas dice lo siguiente: «No estoy seguro de quienes no han vivido el Holocausto sean capaces de imaginarse lo que significa vivir al límite de la propia existencia y enfrentarse cara a cara con la muerte, día y noche, año tras año. El apetito desesperado del alma y del cuerpo, alimentado por los escasos momentos de felicidad, que dan fuerzas y ganas de vivir, es algo abstracto para ellos. (...) Estoy convencido de que las personas que sobrevivimos al Holocausto estaremos siempre en deuda con aquellos que tuvieron el valor de ayudarnos arriesgando sus vidas. Tenemos el deber de prometerles que, a pesar de que han pasado cincuenta años desde entonces, su heroísmo no caerá en el olvido».

25. Voces de los niños salvados

118. Bogdan Wojdowski (1930-1994), escritor, crítico de teatro y de literatura. Autor de la extraordinaria novela biográfica *Chleb rzucony umarłym*, «Pan para los muertos», (Berlín 1974), 1971, en el que describe la vida y el día a día de las personas prisioneras en el gueto de Varsovia.

119. El autor describe las circunstancias en las que abandonó el gueto en sus memorias *Czarne sezony*, «Tiempos oscuros». Al principio se escondió con sus padres en distintos conventos, pero poco después ambos murieron y siguió ocultándose, solo.

120. El 27 de junio de 1941 comenzaron las ejecuciones en masa, que continuaron el 3 y el 11 de julio. Fueron asesinados más de 6.000 judíos.

121. Jadwiga Deneka fue detenida el 27 de noviembre de 1943 y trasladada a la prisión de Pawiak, donde fue fusilada el 8 de enero de 1944.

122. Jan Dobraczyński (1910-1944), escritor, publicista, activista voluntario. En su obra autobiográfica *Tylko w jednym życiu*, «Sólo en una vida», describe la institución de Turkowice: «La institución se encontraba en unos edificios construidos durante la Primera Guerra Mundial y destinados a un monasterio ortodoxo ruso. Eran imponentes, con un estilo arquitectónico original. En 1920 se fundó en Turkowice una institución educativa para niños a cargo de la hermana Stanisława (Aniela Polechajtto). En 1935 asumí la dirección, y la Unión Municipal se ocupaba de la administración. La institución acogía a cientos de niños (...) Para conseguir un certificado de trabajo, me hice funcionario de la oficina municipal de Bienestar Social. Me lo gané; trabajaba diez horas al día por un sueldo miserable. Como es normal, no me pasaba diez horas allí sentado: me molestaba en ir por la oficina al principio y al final de día, y pude hacerlo gracias a un equipo muy patriótico y eficaz (...) En teoría, el ayuntamiento no tenía ningún derecho a ayudar al pueblo judío. Los trabajadores sociales se saltaban las reglas redactando informes falsos. De este modo, algunos padres adoptivos obtenían ayuda financiera para sus niños judíos. Unos cuantos, con nombres falsos, fueron enviados a orfanatos. Pero el problema era cada vez más grave. Si los alemanes descubrían que se estaban falsificando los informes, las acciones esporádicas de las trabajadoras sociales podían provocar una catástrofe de dimensiones incalculables. Un día, las chicas de la oficina acudieron a mí para que solucionara la situación. El grupo llevaba bastante tiempo salvando niños del gueto y trasladándolos a orfanatos. Lo formaban, entre otras: Irena Sendler, Jaga Piotrowska, Nonna Astrajewska, Halina Kozłowska, Janina Barczakowa y Halina Szablakówna (...) pero sus posibilidades no tardaron en agotarse». Págs. 181, 182, 229, 239.

123. Partido Socialista Obrero Polaco, RPPS; partido socialista de izquierdas.

124. Michał Glowinski recuerda lo siguiente: «La superiora decidió que se permitiera participar en todos los ritos religiosos a los niños judíos de Turkowice, y que se les tratara como a los demás, católicos de nacimiento. Era necesario para que no se les descubriera: por motivos de seguridad los niños judíos no podían diferenciarse en nada

del resto. Czarne sezony, «Tiempos oscuros», Cracovia 2002, págs. 162-163.

125. Stanisława Bussoldowa (1886-1968), nombre en clave Adela, era comadrona que acudía al gueto a ayudar en los partos. Dirigía los primeros auxilios domésticos para los niños que huían del gueto. También ayudaba a judíos adultos que vivían escondidos. La pequeña Elzunia se quedó con ella poco tiempo, hasta que le encontraron una familia adoptiva. Su madre de acogida estaba tan contenta con su precioso bebé que decidió quedárselo para siempre. Recibió la medalla Yad-Vashem a título póstumo, el 28 de abril de 1970.

Epílogo

126. Barbara Engelking-Boni, Jacek Leociak, Getto warszawskie, Przewodnik ponieistniejacym miescie, «El gueto de Varsovia. Guía de una ciudad inexistente», Varsovia 2001, pág. 529.

127. Rafael F. Scharf, Leckja Oswiecimia, «Lección de Auschwitz», en: Comnie i tobie Polsko... Eseje bez uprzedzeń, «Polonia, lo que a ti y a mí... Ensayos sin reservas», Cracovia 1996, pág. 106.

128. Robert Szuchta/Piotr Trojański, Holokaust, zrozumiec dlaczego, «Comprender el porqué del Holocausto», Varsovia 2003, pág. 284.

129. Order Oria Biaiego día Ireny Sendlerowej, Orden del Águila Blanca para Irena Sendler, programa de Bogna Kaniewska en Radio Polonia, el más importante del país, 11 de noviembre de 2003.

130. El 10 de julio de 1947, en la pequeña ciudad de Jedwabne, al noreste de Polonia, tuvo lugar un asesinato en masa: los polacos asesinaron a entre 1.200 y 1.600 judíos, sus vecinos. Hombres, mujeres, niños y ancianos fueron quemados vivos en un granero, golpeados con azadas y hachas hasta morir. A mediados de 2000 se publicó en Polonia el libro del historiador polaco estadounidense Jan Tomasz Gross Los vecinos, que desencadenó un controvertido debate histórico. El 10 de julio de 2001 se inauguró en Kwasniewski un monumento a las víctimas. El entonces presidente de Polonia, Aleksander Kwasniewski, pidió perdón a los judíos en nombre de todos los polacos, «cuyas conciencias se han conmovido a la vista de semejante crimen»

ÁLBUM FOTOGRÁFICO

LA MADRE DE LOS NIÑOS DEL HOLOCAUSTO



Irena en 1943, después de escapar de la prisión de Pawiak. En las torturas que sufrió en el cuartel general de la Gestapo, los nazis le rompieron los pies y las piernas. Ella no delató a nadie.



Los padres de Irena Sendler, Janina Grzybowska y Stanislaw Krzyzanowski en una fotografía tomada en 1902.

ANNA MIESZKOWSKA



«Podría haber hecho más, y este lamento me seguirá hasta el día en que yo muera», repitió siempre Irena Sendler a lo largo de su vida. Los niños fueron escondidos en maletas, transportados por bomberos o en camiones de basura o, sencillamente, debajo de los abrigos de aquellos con permiso a entrar y salir del gueto, como la propia Sendler y su equipo de asistentes sociales.



Irena Sendler en 1944, en su época de mayor activismo.



Arriba: Desde el otoño de 1940, Irena Sendler puso en peligro su vida para llevar alimentos, ropa y medicamentos a las 450.000 personas que se hacinaban en el gueto de Varsovia.

LA MADRE DE LOS NIÑOS DEL HOLOCAUSTO



Junto a Stefan Zgrzembki, su estrecho colaborador que más tarde se convertiría en su esposo.



Arriba: Irena Sendler en 1945. Su trabajo le permitió salvar la vida de más de 2500 niños judíos.

Izquierda: Irene y su hija Ganka, en el verano de 1950.

ANNA MIESZKOWSKA



Izquierda: Irena Sendler recibiendo en octubre de 1958 de manos del ministro polaco de Salud la Medalla al Servicio Social. Pese a su reconocimiento social la verdadera historia de Irena Sendler no se dio a conocer hasta 1998.

Abajo: 1 de mayo de 1948. Irena Sendler en la marcha por el Día del Trabajador. Al terminar la guerra Irena trabajó para el Ministerio de Salud del gobierno polaco.



LA MADRE DE LOS NIÑOS DEL HOLOCAUSTO



Arriba: Irena en la estancia donde vivía recluida. Falleció en Varsovia el 12 de mayo de 2008 a los 98 años de edad. Aunque ella no se reconoció como tal fallecía una heroína silenciosa de la historia europea.



Izquierda: Irena Sendler en septiembre de 1996 recibiendo uno de sus múltiples reconocimientos. En noviembre de 2003 el presidente de la República, Aleksander Kwasniewski, le otorgó la más alta distinción civil de Polonia: la Orden del Águila Blanca. Le acompañaba Elzbieta Ficowska, una de las niñas salvadas, *la niña de la cuchara de plata*.



Carta de Juan Pablo II dirigida a Irena Sendler en agradecimiento por su labor humanitaria.



Irena Sendler planta un árbol en Yad Vashem (1983), el monumento en memoria de las víctimas del Holocausto ubicado en Jerusalén.

AGRADECIMIENTOS

Este libro se escribió por iniciativa de Lili Pohlman y Peter Janson-Smith, de Londres. Jolanta Migdalska Barañska nos ayudó de manera muy generosa a recopilar material. Los autores de las memorias que aparecen en este libro nos proporcionaron importante información: Elzbieta Ficowska, Teresa Kórner, Karazyna Meloch, Irena Wojdowska, Michal Glowiriski, Piotr Zettinger y Janina Zgrzemska. Les damos las gracias a aquellos que compartieron sus recuerdos con nosotros y que prefirieron permanecer en el anonimato. Estamos muy agradecidos a todos ellos por el tiempo que nos han dedicado.

Irena Sendler y Anna Mieszkowska

Me gustaría expresar un agradecimiento especial a la intermediaria entre la organización judía y el Zegota, Wanda Rotenberg, con la que hoy en día mantengo una gran amistad.

Irena Sendler